EL MISTERIO DE LA CENA DEL SEÑOR

ROBERT BRUCE

Editado por THOMAS F. TORRANCE

EL MISTERIO DE LA CENA DEL SEÑOR

ROBERT BRUCE

Editado por THOMAS F. TORRANCE

MISTERIO DE LA CENA DEL SEÑOR

Sermones sobre el sacramento, predicados en la Iglesia de Edimburgo

ROBERT BRUCE

1589

Título: El misterio de la Cena del Señor
Título original:
Autor: Robert Bruce

© Thomas F. Torrance 1958
First English edition published 1958
Second English edition published in 2005
In the Christian Heritage Imprint

By Christian Focus Publications, Ltd.
Geanies House, Fearn, Tain, Ross-shire, IV20 1TW, Scotland
www.christianfocus.com
and Rutherford House
17 Claremont Park, Edimburgo, EH6 7PJ, Escocia
www. rutherfordhouse.org.uk

British Library Cataloguing in Publication Data. A catalogue record for this book (English) is available from the British Library. The right of Thomas F. Torrance to be identified as author of this work has been asserted by him in accordance with the Copyright, Designs, and Patents Act 1988.

English Typeset by David Searle, Edinburgh, English Cover Design by Alister MacInnes

English version printed and bound by Norgaven Paperback A/S, Denmark

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form, by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise without the prior permission of the publisher or a license permitting restricted copying. In the UK such licenses are issued by the Copyright Licensing Agency, 90 Tottenham Court Road, London, W1P 9HE

Spanish rights granted exclusively to Reformation Translation Fellowship (RTF-USA)

© RTF-USA First Spanish Edition, published 2023
Reformation Translation Fellowship (RTF-USA)
6023 6th Ave.
Beaver Falls, PA 15010
www.rtf-usa.com
Contact Information: rtfdirector@gmail.com

Revisado y editado por Credo Press
Traducción: Alejandro González V.
Edición: Bernardo Collao C.
Diseño de portada: Albert Rodriguez
Credo Press
4216 SE 45th St. Oklahoma City, OK
www.credopress.org
Contacto: ventas@credopress.org

Tabla de contenidos

Prefacio a la edición de 1958 09

Prefacio a la edición de 2005 12

Introducción 15

Carta para el Rey Jacobo VI 41

Sermones

Los Sacramentos en general 45

La Cena del Señor en particular parte 1 79

La Cena del Señor en particular parte 2 111

La preparación para la Cena del Señor parte 1 159

La preparación para la Cena del Señor parte 2 195

Prefacio a la primera edición (1958)

Desde muy temprana edad, los sermones históricos de Robert Bruce sobre el sacramento de la Cena del Señor formaron parte esencial e inolvidable de mi dieta teológica. Crecí con ellos en casa, y cuando llegué al New College, en la Universidad de Edimburgo, como un estudiante de divinidades, me encontré estudiándolos más a fondo por recomendación del profesor H.R. Mackintosh. Sus propias conferencias sobre los sacramentos, que tanto se inspiraron en los sermones de Bruce, me enseñaron a valorarlos aún más como la médula misma de nuestra tradición sacramental en la Iglesia de Escocia. Desde que se entregaron por primera vez en la Gran Iglesia de St. Giles, Edimburgo, en febrero y marzo de 1589, su doctrina ha pasado al alma de la Iglesia, edificando su fe y transmitiendo su adoración en la Mesa del Señor, a pesar del hecho de que comparativamente se han publicado pocas ediciones de los sermones durante trescientos años.

La edición original de los sermones fue publicada en 1590 y 1591 con una epístola dedicada a Jacobo VI, rey de Escocia, que he dejado en su forma original para dar al lector cierta idea de la lengua escocesa utilizada por Bruce. Los sermones se tomaron tal como se recibieron de boca de Bruce y se publicaron sin reescribirlos ni pulirlos. Al leerlos con la riqueza de su lenguaje y la fuerza con que fueron pronunciados, se aprecia el comentario de John Livingstone, un joven contemporáneo: «He escuchado varias veces al maestro Robert Bruce y, en mi opinión, ningún hombre ha

hablado con mayor fuerza desde los días de los apóstoles». En 1614, el librito de sermones fue «enseñado a hablar inglés», como se decía, y publicado en Londres bajo el título de The Mystery of the Lord's Supper[1]. Tres años después, la misma traducción, aparentemente realizada por un tal M.S. Mitchell, fue revisada y reeditada junto con los otros 11 sermones publicados primeramente en 1591, también en inglés, bajo el título de The Way to true Peace and Rest, delivered at Edinborough in Sixteen Sermons on the Lord's Supper, Hezekiah's Sickness, and other select Scriptures, by that reverend and faithful Preacher of God's Word, Mr. Robert Bruce, for the present Minister of the Word in Scotland[2]. El texto escocés de todos estos sermones fue republicado por William Cunningham en Edimburgo en 1843, junto con una biografía de Bruce escrita por Wodrow, y un número de documentos relevantes y cartas de Bruce y otros. Otra traducción en inglés de los primeros cinco sermones sólo del sacramento preservaba algo de lo pintoresco del original; esta fue publicada en 1901 por el predecesor de H.R. Mackintosh, el profesor John Laidlaw, junto con un esbozo biográfico basado en el de Wodrow.

Ahora como sucesor de Cunningham, Laidlaw y Mackintosh en New College, es mi privilegio ofrecer esta nueva traducción de estos sermones para así pasar este tesoro de nuestra herencia escocesa a otra generación, bajo el título de la edición de 1614. Estoy consciente de que los sermones publicados bajo esta forma más moderna no hacen justicia al vigor y poder del antiguo discurso escocés, pero espero

1 El Misterio de la Cena del Señor (trad.)

2 El camino a la verdadera paz y descanso, pronunciado en Edimburgo en dieciséis sermones sobre la Cena del Señor, la enfermedad de Ezequías y otras selectas Escrituras, por el reverendo y fiel predicador de la Palabra de Dios, Sr. Robert Bruce, para el actual ministro de la Palabra en Escocia (trad.).

que permitan que el trabajo de Bruce sea más ampliamente leído y apreciado que antes. Los eruditos querrán volver al texto original. Esta edición no es para ellos, sino para los miembros comunes en la iglesia, los sucesores de aquellos a quienes se entregaron los primeros sermones.

Aunque he intentado mantenerme lo más cerca posible del texto original y conservar el estilo llamativo de Bruce, me he tomado la libertad de reorganizar cláusulas y frases una y otra vez para resaltar más claramente la lógica del argumento, y con frecuencia también de acortarlas cuando la exposición parecía innecesariamente repetitiva, al menos de acuerdo con los estándares modernos. Las citas de las Escrituras que Bruce tomó como norma de la Biblia de Ginebra, las he dado de acuerdo con nuestras conocidas versiones autorizadas y revisadas.

Quisiera reconocer mi gran deuda con la Sra. E.R. Olbrycht por su paciencia y atención al ayudarme con la transcripción.

Thomas F. Torrance.
New College.
Edimburgo, 1957.

Prefacio a la edición del 2005

Estoy profundamente agradecido con el profesor T.F. Torrance por su amable permiso para que Rutherford House reimprima esta importante obra de Robert Bruce sobre la Cena del Señor. También estoy en deuda con William Mackenzie, de Christian Focus Publications, por aceptar la coedición de este volumen, garantizando así una distribución lo más amplia posible. La traducción del profesor Torrance del texto original publicada en 1590 permanece sin cambio alguno. Sin embargo, en adición a dos pequeñas notas al pie de página, me he tomado la libertad de insertar en el texto epígrafes ocasionales con la esperanza de ayudar a los lectores a orientarse en algunos párrafos bastante largos y facilitarles la comprensión de los sermones de Bruce, cuidadosamente presentados con su profundo contenido teológico.

Mi segundo cargo en la Iglesia de Escocia fue la «vieja iglesia de Larbert», donde se cree que, en 1626, Bruce construyó una casa pastoral —ahora conocida como «la vieja casa pastoral» que sigue en pie como la casa habitada más antigua de Stirlingshire— y donde ese mismo año restauró a sus expensas la iglesia original, que se encontraba en un estado de deterioro. Bruce predicó ahí con regularidad por seis años (desde 1625 hasta su muerte en 1631) y no es de extrañar que grandes multitudes viajaran a Larbert cada domingo para escuchar su poderosa proclamación de la Palabra de Dios.

Fue enterrado al pie del púlpito dentro del edificio donde había ejercido su ministerio en estos últimos años

de su vida, y una gran lápida fue colocada horizontalmente sobre su tumba. Sin embargo, como la construcción de la iglesia original fue demolida en 1820 cuando se erigió el actual y hermoso santuario georgiano, la lápida con la inscripción —que ya no estaba bajo el techo de la iglesia, sino expuesta a los elementos— se empezaba a erosionar gravemente. Por ello, pedí permiso a Lord Elgin, descendiente directo de Bruce, para llevar la lápida a la protección de la nueva iglesia.

Allí, justo dentro de la entrada principal, se encuentra ahora junto con su desafiante inscripción: Christus vita et in norte lucrum, esto es, «Cristo es vida y en la muerte es ganancia» (c.f., Filipenses 1:21)[3]. Los lectores de la introducción del profesor Torrance a este libro comprenderán rápidamente la relevancia de tales palabras. Que esta segunda edición sea una contribución significativa a la comprensión y práctica por parte de la Iglesia del siglo XXI del inestimable regalo que Cristo le hizo con el misterio de la Cena del Señor.

David C. Searle.

Edimburgo, 2005.

3 Se considera que las palabras en latín proceden de la versión de Beza de Filipenses 1:21, en la que se basó la versión de la Biblia de Ginebra que el mismo Bruce utilizó; sin embargo, la redacción es ligeramente diferente, probablemente para facilitar la tarea del escultor al tallar la piedra. Su ejemplar personal de la Biblia de Ginebra sigue en posesión de Lord Elgin.

Introducción por Robert Bruce de Kinnaird

Robert Bruce, el sucesor de James Lawson y John Knox en St. Giles, Edimburgo, fue uno de los ministros del Evangelio más profundamente espirituales y poderosos que Escocia haya conocido. Nacido en los turbulentos tiempos justo antes de la Reforma, y dotado de singulares dones, la providencia le asignó un papel difícil en el reino de Cristo, que cumplió con tanta gracia e integridad al llevar el Evangelio a las multitudes hambrientas y a través del puro valor personal en medio de la intriga y la amargura en la Iglesia y el Estado, que la Iglesia tiene con él una deuda inconmensurable. Fue en gran parte, bajo su liderazgo, que se le dio a la Reforma en Escocia la estabilidad y firmeza que no había alcanzado ni siquiera bajo el liderazgo de Knox, mientras que la tradición evangélica en la Palabra y los sacramentos y en el cuidado pastoral del rebaño de Cristo recibió un carácter duradero a través de sus destacados ministerios.

Bruce fue el segundo hijo de Sir Alexander Bruce de Airth, Stirlingshire, uno de los antiguos barones de Escocia, y afirmaba descender de la sangre real; su madre, Janet Livingstone, una bisnieta de Jacobo I y una fiel católica romana. En 1568, su padre, un adherente a la causa de la Reforma, envió a Robert a estudiar humanidades en St. Salvator's Co-

llege, St. Andrews, cuando George Buchanan todavía era director de St. Leonard's, Andrew Melville enseñaba en St. Mary, y su amigo James Melville llegó posteriormente como compañero de estudio. En estas circunstancias, Robert no pudo sino caer bajo la poderosa influencia de la enseñanza reformada, mientras que su último año antes de comenzar como maestro de Artes en 1572 coincidió con el último año de vida de John Knox, que pasó por St. Andrews predicando y enseñando. Como Juan Calvino, Robert Bruce fue orientado por su padre para el derecho civil, yendo desde St. Andrews a Francia y los Países Bajos en busca de estudios adicionales, especialmente en Lovaina.

A su regreso del continente, se dedicó al ejercicio de la abogacía y rápidamente adquirió una considerable reputación, de modo que su padre le concedió la baronía de Kinnaird, cerca de Larbert, con vistas a que se convirtiera en senador del Colegio de Justicia. Pero durante todo este tiempo, Bruce se había sentido atraído por el estudio de la teología por una «poderosa obra interior», como le confió a Melville, que no le permitía descansar y le llevó a una terrible agonía de conciencia mientras luchaba contra él. También es evidente que su alto sentido de justicia e integridad se oponía al tipo de vida que se veía obligado a llevar como cortesano en Edimburgo, y le hizo estar más dispuesto a renunciar a ello para servir a la Iglesia. Sus padres se opusieron firmemente, pero finalmente, con la renuente aquiescencia de su padre, regresó a St. Andrews y comenzó sus estudios para el ministerio. Pero hay que dejar que Bruce cuente su propia historia, en un relato que data de 1624 y que nos han conservado Calderwood y Wodrow:

«Respecto a mi vocación al ministerio, fui llamado primeramente a la gracia antes de obedecer mi llamado al ministerio. Él primero me hizo un cristiano antes de hacerme ministro. Durante mucho tiempo me opuse a mi llamado

al ministerio. Por diez años, al menos, nunca monté ni me apeé del caballo, sin que mi conciencia se opusiera y me acusara justamente. Finalmente, Dios quiso, en 1581, en el mes de agosto, en la última noche del mes, mientras yacía en la nueva cámara del desván en Airth, herirme interior y judicialmente en mi conciencia, y presentar todos mis pecados delante de mí, de tal manera que no omitió ninguna circunstancia, sino que trajo a mi mente, el tiempo, lugar y conciencia tan vívidamente como en la hora en que los cometí. Hizo que el demonio me acusara de manera tan audible, que escuché tan claramente su voz, como nunca lo había hecho; y esto estando no dormido, sino despierto. En cuanto decía la verdad, mi conciencia le daba la razón y testificaba contra mí muy claramente; pero cuando se convertía en un falso acusador y me acusaba de cosas que yo nunca había hecho, entonces, mi conciencia le fallaba y se negaba a testificar con él. Pero en las cosas que eran verdad mi conciencia me condenaba y el condenador me atormentaba, y me hacía sentir la ira de Dios presionándome, por así decirlo, hasta el fondo del infierno. De hecho, estaba tan terrible y extremadamente atormentado, que me hubiera gustado haber sido arrojado en una caldera caliente de plomo fundido, para que mi alma se librara de ese peso insoportable. Siempre, en la medida en que dijo la verdad, confesé y restituía a Dios su gloria, y clamaba a Dios por su misericordia por los méritos de Cristo. En todo momento apelé a su misericordia comprada por la sangre, muerte y pasión de Cristo. Por la insondable misericordia de Dios, este tribunal de justicia puesto sobre mi alma se convirtió en un tribunal de misericordia para mí, porque esa misma noche, antes de que amaneciera el día o saliera el sol, Él contuvo las furias y los gritos de mi justamente acusadora conciencia, y me permitió levantarme por la mañana.

Aquella noche, yacía a mi lado un hermano en el ministerio. Encomendé mi doloroso estado a sus oraciones,

pero encontré en él un consolador sin consuelo. Esta visita fue lo primero que me impulsó a la gracia. Mucho antes me había resistido, pero después de esto decidí ir a St. Andrews a ver al Sr. Andrew Melville y allí contarle mi problema, y comunicarle todas mis penas. Pasó mucho tiempo antes de que obtuviera permiso para ir, pues mi madre puso muchos impedimentos en mi camino. Mi padre finalmente accedió, pero mi madre se negó, hasta que renuncié a algunas tierras y derechos. Y eso hice de buena gana, despojándome de mis ropas, de mi vano y glorioso atuendo; envié mi caballo al mercado, me despojé de todos los impedimentos y me fui al New College. Allí permanecí mucho tiempo antes de atreverme a abrir la boca —estaba tan tímido y oprimido por la vergüenza y la afrenta—. El señor Andrew quería que participara en los ejercicios de clase, pero no me atreví a empezar por ahí. Finalmente, acepté que me escucharan en privado: fui a una habitación y pedí al Sr. James Melville, al Sr. John Dury y a algunos de los mejores hombres que me escucharan, y luego fui a tomar parte en la mesa; y finalmente fui a la sala de conferencias y tomé mi turno para dar la exposición ante una gran multitud, como todavía hay muchos que aún viven para testificar.

Por fin, en el año 1587, en el mes de junio, el Sr. Andrew Melville me llevó con él a una asamblea general celebrada en Edimburgo. En aquel tiempo, Edimburgo carecía de pastores, y redactaron una lista de nombres —entre ellos, el mío— y la entregaron a la Asamblea General. Insistieron en que ocupara mi lugar entre los demás para enseñar un día antes de la asamblea. Tras largas súplicas por su parte, accedí y di una exposición sobre la armadura espiritual extraída del sexto capítulo de Efesios. La asamblea se reunió en sesión y estaba bastante llena, según recuerdo. El señor Udal, el inglés, estaba allí, y muchos otros extranjeros. Por fin, llegaron a considerar la lista de candidatos para decidir quién iba a ser nombrado. Fui elegido y nombrado con el

consentimiento prácticamente de todos; hubo muy pocos en contra. Por lo tanto, se me impuso el cargo severamente en contra de mi voluntad, porque al mismo tiempo tenía una llamada externa a St. Andrews, con el consentimiento de toda la universidad y todos los caballeros de los alrededores. Todavía tengo todas sus suscripciones para dar testimonio de eso, y ciertamente hubiera preferido ir a St. Andrews; no tenía ningún deseo por la Corte, porque sabía bien que la Corte y yo nunca podríamos estar de acuerdo.

Por lo tanto, por mucho tiempo rechacé a los hermanos de Edimburgo y me fui a St. Andrews. No permanecí allí mucho tiempo, pues el preboste y el Consejo de Edimburgo me mandaron a llamar de inmediato. Enviaron a buscarme a James Dalziel, yerno del preboste, y a otras personas. Me resistía a ir, pero me amenazaron con autoridad, así que tomé consejo con Dios y consideré correcto obedecer, no para asumir plenamente el cargo, sino solo para probarlo durante un tiempo y ver cómo el Señor bendeciría mi trabajo. Encontré tal barrera entre la cómoda presencia de su Majestad —es decir, la presencia de Dios— y yo, porque pensé que no era del agrado de su Majestad que yo tomara sobre mí toda la carga hasta que esta barrera fuera derribada y todo impedimento eliminado. Así, con el paso del tiempo, finalmente accedí y permanecí casi doce años en Edimburgo, cuando fui expulsado, y ahora he estado desterrado durante veintiséis años. Estuve dos veces en Francia: una, antes de que me llamaran al ministerio; la siguiente, cuando era ministro debido al señor de Gowrie. Aún no estoy libre de temores y de constantes intentos de desterrarme de nuevo.

Que el Señor, en su infinita misericordia, me conceda terminar bien mi trayecto, terminarlo con alegría, y pelear una buena batalla para mantener la fe, para perfeccionar mi ministerio, con la aprobación de Dios en Cristo, y de una buena conciencia. Amén».

Este breve bosquejo de su vida y ministerio, dictado por Bruce hacia el final de su vida, nos da una visión profunda y conmovedora del hombre que predicó estos sermones. Será suficiente para nuestro fin completar este bosquejo con un número de puntos significativos que tienen ciertos detalles de considerable interés.

Pasaron varios años desde su llamado inicial hasta que Bruce fuera persuadido de aceptar el cargo en Edimburgo de forma permanente, y varios años después de que fuera ordenado formalmente para el ministerio de la Palabra y los sacramentos. Muy reacio a asumir toda la carga del cargo mediante la imposición de manos del presbiterio, siguió ofreciendo sus servicios de predicación solo durante periodos limitados, aunque la congregación y el presbiterio le presionaban año tras año. Finalmente, se vio obligado a ceder en circunstancias totalmente excepcionales, de las que John Livingstone nos ha dejado un vívido relato:

> «Un día, uno de los ministros que daban la Comunión pidió al Sr. Robert Bruce, que iba a predicar por la tarde, que se sentara a su lado; y cuando él mismo había servido dos o tres mesas, salió de la iglesia como si fuera a regresar pronto, pero envió un mensaje al Sr. Bruce con algunos de los ancianos diciendo que no regresaría en ese momento. Y por lo tanto, el señor Robert se vio obligado a servir el resto de las mesas, o de lo contrario la ministración llegaría a su fin. Por eso, cuando los ojos de todo el pueblo estaban puestos en él —y muchos también le pedían a gritos que sirviera la mesa ya llena— siguió adelante y administró la Comunión a los demás, con tan singular servicio y con grandes afectos entre la gente, como no se había visto antes en aquel lugar».

Por supuesto, estaba fuera de lugar, pero una vez que Bruce se había visto obligado a tomar los elementos en sus manos y había celebrado el Sacramento, sintió que, junto con la aprobación ya plenamente dada tanto del ministerio como de la congregación, tenía «el material» de la ordenación; y después de eso, desempeñó en St. Giles los deberes de un ministro enteramente ordenado. Esto claramente refleja el concepto veterotestamentario de la consagración al sacerdocio a través de la «llenura de las manos» con las oblaciones, que durante muchos siglos tuvo un notable eco en la Iglesia occidental en la concepción de que en la ordenación «la llenura de las manos» era más importante que «la imposición de las manos». Sea como fuere, la omisión de la ordenación formal mediante la imposición de manos según la orden de la Iglesia se convirtió más tarde en la causa de una seria disputa entre Bruce y el rey, así como entre Bruce y el presbiterio.

La ocasión se presentó en 1598, cuando, a instancias del propio Bruce, entre otros, la ciudad se dividió en ocho parroquias con ocho ministros que podrían desempeñar adecuadamente su oficio pastoral, cada uno con una congregación particular. Cuando Bruce estuvo de acuerdo en hacerse cargo de un rebaño en particular, el rey insistió en que debía ser ordenado formalmente. Bruce insistió en que, aunque estaba dispuesto a recibir «la imposición de manos» al ser admitido a un cargo en particular, no podía someterse a una «nueva ordenación» que pusiera en tela de juicio el ministerio que Dios había bendecido de forma tan evidente durante ocho o nueve años. «La imposición de las manos» debía interpretarse en este caso como un acto de «confirmación» del ministerio que había ejercido hasta entonces en la Palabra y los sacramentos. El presbiterio simpatizó profundamente con Bruce, pero eventualmente, después de una larga discusión en la que Bruce tuvo claro que todos sus hermanos de confianza consideraban irregular su anterior

«ordenación», accedió a recibir «la imposición de manos» y fue formalmente incorporado a su cargo. Según Wodrow, se trata del único caso de irregularidad de este tipo conocido en la Iglesia.

Sus famosos sermones sobre el sacramento fueron predicados en St. Giles en 1589, nueve años antes, presuntamente después de haber sido impulsado por él mismo a administrar el sacramento. Aunque no podemos sino estar de acuerdo con el presbiterio en su insistencia en que Bruce tuviera que recibir la «común ordenación», hay que reconocer sin ninguna duda que su ministerio de la Palabra y los sacramentos desde el principio había sido bendecido de una manera sinigual con la poderosa eficacia del Espíritu. A la congregación le resultaba extremadamente difícil entender por qué su ministro había sido ordenado de esa manera, y Bruce, que tenía un corazón de pastor como ningún hombre, era profundamente consciente de la ofensa que podría causar a su rebaño, especialmente a la gente pobre y sencilla. Pero, de hecho, su ministerio fue viento en popa, y Dios no permitió que nada de lo que había hecho hasta entonces cayera por tierra. Como Melville dijo en su diario:

> «Los piadosos, por su potente y conmovedora doctrina, le amaban; los mundanos, por su linaje y posición, le reverenciaban; y los enemigos, por ambas razones, le temían». Similar es lo que cuenta Robert Fleming: «Mientras estuvo en el ministerio de Edimburgo, brilló como una gran luz por todo el país; el poder y la eficacia del Espíritu acompañaban de manera muy sensible la Palabra que predicaba. Era un terror para los malhechores, y la autoridad de Dios aparecía de tal manera en él y en su porte, con tal majestuosidad en su semblante, que imponía temor y respeto a los más grandes del país, incluso a aque-

> llos que eran enemigos declarados de la piedad. De hecho, era conocida la gran impresión que el propio rey Jacobo tenía de él; una vez, incluso dio testimonio ante muchos de que consideraba que el señor Bruce valía la mitad de su reino».

Un poco antes, Bruce se casó con Martha Douglas de Parkhead, que demostró ser una valiente y leal compañera de su marido en su agitada vida. El padre de Bruce, Sir Alexander Bruce de Airth, le devolvió en ese momento la propiedad de Kinnaird, que le proporcionó a él y a su familia un lugar de seguridad y retiro de la exigente vida al servicio de la Iglesia. De los Bruces nacieron dos hijas y dos hijos. Uno de los hijos, que más tarde sucedió a su padre como hacendado de Kinnaird, estuvo vinculado a la corte, mientras que el otro, al igual que los dos hijos de John Knox, se convirtió en ministro de la Iglesia de Inglaterra. No sabemos mucho de la vida familiar de Bruce, pero, a juzgar por los indicios y destellos de perspicacia autobiográfica en los sermones y cartas, su hogar debió de ser una verdadera casa de Dios y un refugio constante para los de espíritu atribulado. En Edimburgo, vivió en una casa frente a la iglesia de St. Giles.

Durante los primeros años de su ministerio, Bruce fue dos veces moderador de la Asamblea General. Se había convocado una reunión especial de la Asamblea en febrero de 1588, ante la amenaza de invasión de la armada española. Para todo el mundo, Bruce era claramente el hombre que estaba a la altura del momento; tan grande era su reputación de sabiduría y gestión, que fue elegido moderador con aclamación por todas partes. El vigor y el poder con que manejó la situación y la firmeza de sus medidas contra el papismo corrupto de aquellos días, dejaron una profunda impresión tanto en la Iglesia como en el Estado. Era evidente para todos que Dios había levantado a un hombre capaz de po-

nerse en la piel de John Knox y, como él, llenar de espíritu y valor a toda la nación. Los sermones que predicó a partir del Salmo 76 los dos domingos siguientes a la derrota de la armada española son ejemplos sobresalientes de su poder para proclamar la Palabra de Dios a la nación.

No cabe duda de que fue la impresión que causó Bruce como moderador de la Asamblea y ministro de St. Giles, llevando la carga de muchos asuntos públicos de la Iglesia, y demostrando ser útil al rey y a su canciller con sus sabios consejos, lo que llevó al rey a confiar los asuntos de Estado en gran medida a la sabiduría y el cuidado de Bruce cuando en noviembre de 1598 abandonó el país rumbo a Noruega para traer a casa a su novia, la princesa Ana de Dinamarca. Durante seis meses, Bruce fue virtualmente regente del país, aunque nunca ejerció ningún cargo formal de Estado, y fue en gran parte debido a su dirección y comprensión de los asuntos que el país se mantuvo en perfecta calma y paz.

Las cartas a Bruce, enviadas durante estos meses por el rey Jacobo y el Sr. John Maitland, el canciller, muestran la mayor consideración y estima por sus servicios, en particular por parte del rey, quien reconoció que Bruce «era digno de la cuarta parte de su pequeño reino». A la vuelta de la pareja real, correspondió a Bruce ungir a la reina en su coronación en la Iglesia de la Abadía, lo que hizo con «una buena cantidad de aceite», ¡después de que tres sermones en latín, francés e inglés fueran predicados, y de que Bruce y Craig, pronunciaran dos breves discursos a la pobre mujer!

La segunda ocasión en la que Bruce fue electo moderador de la Asamblea fue en 1592, un año destacado en la historia de la Iglesia de Escocia por los enérgicos actos de la Asamblea en relación con la disciplina y el patrimonio de la Iglesia, y por la ley del Parlamento reunido inmediatamente después de la Asamblea, que finalmente estableció la política de la Iglesia y ratificó la libertad de las asambleas,

sínodos y presbiterios. Así, el triunfo de la Reforma estaba firmemente asegurado. No es de extrañar, entonces, que estos actos que legalizan los principios del Segundo Libro de Disciplina hayan llegado a ser considerados como la gran carta constitutiva del presbiterianismo escocés.

Mientras tanto, los choques entre la Iglesia y el rey habían ido creciendo constantemente. El rey estaba decidido a controlar los asuntos de la Iglesia y se había embarcado en una política de desgaste gradual. Se opuso al hecho de que los obispos reformados o superintendentes establecidos bajo Knox estuvieran sujetos a la autoridad de los presbiterios y sínodos provinciales, así como a la Asamblea General, y comenzó a entrometerse, por su cuenta, mediante otro tipo de obispo en la Iglesia investido con —y, por tanto, sujeto a— la autoridad del Estado. Al mismo tiempo, con el fin de tomar fuerzas para ir contra la Iglesia, comenzó a cultivar la amistad de los señores católicos, y así ser injustamente permisivo con su actividad subversiva, especialmente contra el establecimiento del ministerio reformado en todas las parroquias del país. Esto se agravó por el hecho de que el rey no tomara las medidas adecuadas en apoyo de los colegios y escuelas y en la provisión de ministros, «y las medidas adecuadas contra la corrupción generalizada», la injusticia y la violencia, y el aumento de la pobreza.

Las cosas empezaron a agitarse con el asesinato del conde de Moray, firme partidario de la Iglesia Reformada, a manos del conde de Huntly, un notorio católico favorecido por el rey. Cuando la Iglesia puso a Huntly bajo la maldición de la excomunión, el rey se enfureció y amenazó con romper la cabeza de los ministros, y aunque intentó recuperar algo de su apoyo haciendo que el Parlamento ratificara las actas de la Asamblea ese mismo año (1592), estaba aún más decidido a doblegar a la Iglesia.

El propio Robert Bruce, que hasta entonces había gozado del pleno favor del rey, se vio ahora directamente involucrado en la contienda entre el rey y la Iglesia cuando se presentó contra él una acusación malvada y sin fundamento, respecto a dar refugio con intenciones traicioneras al salvaje conde de Bothwell, que recientemente había intentado asesinar al rey. A continuación, el rey atacó la lealtad de los ministros acusándoles de denunciar a otros como traidores cuando ellos mismos estaban protegiendo a uno, y la principal amargura de su ataque recayó sobre Bruce. Tan pronto como se demostró que el cargo de traición en su contra era falso, el rey trató de dejarlo de lado y silenciar todo el asunto, pero Bruce se mantuvo firme e insistió en que su nombre se limpiara por completo. No sólo estaba en juego su propio honor, sino también el honor de su vocación ministerial. Lo que Bruce exigía era aparentemente demasiado para el orgullo del rey, con el resultado de que su profundo agravio hacia Bruce, y su conciencia de ello, condujeron a un amargo distanciamiento que el rey —ya celoso de la popularidad de Bruce— fomentó deliberadamente para finalmente, en 1600, desterrar a Bruce del púlpito de St. Giles y de su influencia dominante en la Asamblea General.

Ese año tuvo lugar un incidente desconcertante en Perth con motivo de una visita del rey al conde de Gowrie, que acababa de regresar del continente y era un ardiente partidario de la Iglesia Reformada. Según el rey, el conde de Gowrie y su hermano intentaron matarlo, pero ellos mismos fueron asesinados. A muchos les resultaba difícil creer que esta fuera una versión verídica de lo sucedido, pues años de intrigas e impopularidad habían contribuido a destruir la confianza en la palabra del rey.

A Bruce le resultó especialmente difícil decidirse al respecto, y se negó a proclamar desde el púlpito la versión del rey sobre el asunto. Esto, a su vez, perjudicó el honor del

rey, y aunque Bruce estaba cada vez más convencido de que Gowrie había conspirado realmente contra la persona de su majestad, y firmó un documento para ayudar a limpiar el nombre del rey, aun así, se negó a hablar sobre ello desde el púlpito, donde solo estaba llamado a proclamar la Palabra de Dios. Al predicar, era el embajador de Cristo, y tomaba sus instrucciones y su comisión de Él y no de otro. Ningún príncipe terrenal, argumentó, tenía poder para dar instrucciones al embajador de otro Príncipe. La reacción del rey fue suspender a Bruce de la predicación, sacarlo de Edimburgo y luego desterrarlo a Francia. Sin embargo, al año siguiente se le permitió regresar, por intercesión del conde de Mar, pero fue «protegido» en su propia casa en Kinnaird.

Durante los dos años que precedieron a su acceso al trono de Inglaterra, Jacobo consiguió que la mayoría de los principales ministros que seguían resistiéndose a su voluntad fueran silenciados o desterrados. En 1605, persuadió a la Asamblea para que Bruce fuera «destituido» de su cargo de ministro de Edimburgo y desterrado a Inverness para ser «custodiado» allí. A pesar de la considerable oposición y molestias personales, Bruce permaneció allí con su familia durante ocho años, ejerciendo un maravilloso ministerio que extendió su influencia por todo el norte. La gente recorría distancias increíbles para escuchar sus predicaciones. Al menos en las Tierras Altas realmente se les predicó el Evangelio y «muchos se convirtieron y multitudes fueron edificadas».

Según el primer relato de Robert Fleming, «cuando Bruce estaba confinado en Inverness, ese pobre y oscuro país fue maravillosamente iluminado: muchos fueron llevados a Cristo por su ministerio, y se sembró una semilla en estos lugares, que hasta el día de hoy no se ha agotado». En 1613, se produjo un cambio para Bruce cuando, gracias a la influencia de su hijo Robert en la Corte de Inglaterra,

se le permitió regresar a Kinnaird. Allí construyó, por su cuenta, la iglesia en ruinas de Larbert y ministró la Palabra y los sacramentos. Aunque nominalmente confinado en su casa, viajó mucho por el centro de Escocia predicando el Evangelio y visitando ministros, y se le encontró tan lejos como en Ayr, Cramond y Leuchars. Su reputación como hombre de Dios, como expositor y maestro de la Palabra, y como pastor con una maravillosa perspicacia en los problemas del alma, era tan grande que la gente acudía en gran número desde lejos y cerca para visitarle en Kinnaird, para gran aflicción de sus enemigos, por lo que se aprovecharon con entusiasmo los motivos para acusar a Bruce cuando se descubrió que realizaba una visita secreta a Edimburgo en 1621 con un propósito puramente familiar que requería su asistencia personal. Su fiel esposa, que le había hecho tales recados, había muerto recientemente, y se vio obligado a hacerlos él mismo.

Por esta ofensa fue encerrado en el castillo, a la espera de la voluntad del rey. Jacobo envió la noticia de que iba a ser desterrado una vez más a Inverness, y cuando se decidió en Edimburgo que se le permitiría pasar el invierno en Kinnaird, el Rey escribió de nuevo culpando a los responsables de la demora, alegando que «no era por amor al Sr. Robert, sino para mantener el cisma en la Iglesia», e insistió en que «no debería permitir más peregrinaciones papistas a Kinnaird».

Para entonces, Jacobo había conseguido imponer su forma erastiana de episcopado en la Iglesia, y no es de extrañar que la popularidad e influencia de Bruce provocaran los celos y la persecución de los hombres del rey en la Iglesia. Enviaron a sus agentes a espiar sus actividades, informaron contra él en la Corte y, finalmente, consiguieron su destierro una vez más a Inverness en 1622. Allí, retomó su ministerio con tanto éxito como siempre, pero al cabo de dos años se

le permitió regresar a Kinnaird para ocuparse de sus asuntos familiares. Poco después murió el rey, y Bruce no se vio obligado a regresar al norte. Allí vivió el resto de sus días, viajando por el campo como antes, pero ahora quizá su ministerio principal era el de un verdadero «padre en Dios» para muchos de los ministros más jóvenes, que acudían a sentarse a sus pies y a aprender de su devoción profundamente espiritual y orante a su Señor. Uno de ellos escribió de él:

> «Nadie en su tiempo habló con tanta evidencia y poder del Espíritu. Nadie tenía tantos signos de conversión; de hecho, muchos de sus oyentes pensaban que nadie, desde los apóstoles, había hablado con tanto poder. Tenía una notable facultad para escudriñar profundamente las Escrituras y aclarar los misterios más oscuros, pero especialmente para tratar con las conciencias de las personas. Él mismo estaba muy ejercitado en conciencia, tanto en público como en privado. Era muy breve en la oración cuando otros estaban presentes, pero cada oración era como un fuerte rayo al cielo. Le he oído decir que se fatigaba cuando otros estaban mucho tiempo en oración, pero que cuando estaba solo pasaba mucho tiempo luchando y orando».

Durante los dos o tres últimos años de su vida, sus apariciones en público fueron aparentemente muy pocas, pero una de ellas merece ser destacada: su visita a la Iglesia de Shotts en junio de 1630 para participar en los servicios de comunión, a los que acudió mucha gente de diferentes partes del país. Duraron cuatro o cinco días, pero es sobre todo por la predicación de John Livingstone, uno de los jóvenes amigos de Bruce, por lo que la ocasión es recordada. El sermón sobre Ezequiel 36:25-6: «Entonces rociaré sobre ustedes aguas limpias, y seréis limpios; os daré también

un corazón nuevo, y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo», fue una ocasión de grandísima bendición y de un extraordinario movimiento del Espíritu entre todos los presentes, cuya inspiración duró mucho tiempo en los días de los Pactantes.

Cuando John Knox agonizaba, le pidió a su esposa que le leyera el pasaje «donde echó el ancla por primera vez», es decir, el capítulo diecisiete del evangelio de Juan. Cuando Robert Bruce recibió la llamada, se dirigió al octavo capítulo de Romanos. Poco después del desayuno, el 27 de julio de 1631, le dijo a su hija Martha que su Maestro lo estaba llamando. Pidió la Biblia, pero encontrándose con que no podía leerla, le dijo: «Llévame al capítulo ocho de Romanos, versículo 38: "Porque estoy persuadido de que ni la vida ni la muerte me podrán separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, mi Señor"». Luego, poniendo sus dedos sobre las palabras que tenía delante, dijo: «Dios esté con ustedes, hijos míos. He desayunado con ustedes, y cenaré con mi Señor Jesucristo esta noche» e inmediatamente entregó su espíritu a Dios. Así —dice Wodrow— este gran campeón de la verdad, y la corona y el interés de su Maestro, que no sabía lo que era tener miedo de la cara del hombre, fue sacado del campo como más que un conquistador, y tuvo una tremenda entrada en el reino eterno de su Señor y Salvador. Fue enterrado al pie del púlpito de la Iglesia de Larbert, que él mismo había restaurado de las ruinas anteriores a la Reforma y donde había predicado con frecuencia en sus últimos años, pero sus enseñanzas han quedado grabadas para siempre en el corazón de la Iglesia que amó y que tanto hizo por reformar y elevar a la gloria de Dios.

Pocos hombres en la historia de la iglesia pueden compararse a Bruce en términos de piedad y fidelidad absoluta a sus convicciones. La audaz rectitud, la justa tenacidad con que vivió su vida de principio a fin, fue en sí misma una

gran contribución a la nación. Su ejemplo como verdadero ministro de la Palabra y los sacramentos, y como pastor fiel y tierno con su rebaño en todo momento y a pesar de todas las dificultades y desaires, enseñó e inspiró no sólo a los que le siguieron inmediatamente en el ministerio, sino a miles de otros que desde entonces han sido llamados al santo oficio del evangelio en Escocia. Aún mayor ha sido el impacto de su enseñanza en la que Bruce aplicó las eminentes doctrinas de la Iglesia Reformada directamente a la conciencia personal.

Ningún teólogo escocés, que yo sepa, tuvo más del sentido supremo de la majestad y misericordia de Dios que encontramos en Calvino; sin embargo, en la piedad de Bruce se hace hincapié en el sentimiento de esa majestad y misericordia de una manera que no se hace en Calvino. Bruce está mucho más cerca de la teología y la perspectiva bíblica de Calvino que los teólogos de Westminster de la siguiente generación, pero ya en Bruce hay un cambio de énfasis claramente evidente al centrar tanta atención en la «conciencia». Ello se manifiesta no sólo en la exigencia de un estricto autoexamen por parte del ministro y de la congregación por igual, sino en el concepto de «acceso consciente» a través de un espíritu arrepentido y orante a la presencia y el poder de Dios. Todo ello conllevaba una serie de implicaciones significativas, de las que cabe destacar tres:

La relación entre la eminente doctrina y la respuesta del corazón sentó las bases para esa integración entre la enseñanza doctrinal y la aplicación personal, entre la ministración sacramental y la vivificación evangélica tan característica de la tradición escocesa. Esa fue, sin duda, una de las marcas sobresalientes del ministerio de los amigos y colegas de Bruce, como Craig, Davidson, Pont, Simpson y Livingstone. Esto era evidente sobre todo en el sacramento de la Cena del Señor, porque el sacramento no sólo era la

ordenanza suprema de oración y adoración y de alimentarse de Cristo, sino enfáticamente una ordenanza evangélica a través de la cual el evangelio era proclamado de la manera más vívida y potente y a través de la cual muchas personas eran llevadas a Cristo y selladas por el Espíritu.

En el lenguaje de una época posterior, el sacramento era también una «ordenanza de conversión», ya que era en el sacramento, ante la graciosa presencia de la Majestad divina, donde los pecadores eran convencidos de pecado y se convertían a la piedad. Esta combinación de experiencia sacramental y evangélica protegió a esta última del pietismo subjetivista, y a la primera de un sacramentalismo doctrinario. Pero en este desarrollo el énfasis tendía a recaer en la conciencia más que en la Palabra del evangelio, en el autoexamen más que en el agradecimiento y la alabanza a Dios; se sentó la base para ese autocuestionamiento reprobatorio de la fe, y el miedo casi insano a la majestad de Dios y a sus requerimientos en el sacramento, que todavía son características marcadas de la piedad escocesa en algunas partes de las Tierras Altas.

En su propio caso, el énfasis en el sentimiento interior de la majestad y misericordia de Dios expuso a Bruce a las tentaciones de la duda que a veces asaltaron a Lutero, pero nunca a Calvino o Knox. Citando una vez más a Robert Fleming: «Era un hombre que se había ejercitado mucho interiormente sobre su estado personal, y había sido asaltado a menudo sobre esa gran verdad fundamental, la existencia de un Dios, lo que le costó muchos días y noches de lucha. Cuando subía al púlpito, después de haber estado un rato en silencio, como era su costumbre, a veces decía: "Creo que es un gran asunto creer que existe Dios»; diciendo a la gente que otra cosa era creer lo que juzgaban».

En Bruce, esta tendencia a pasar por épocas de duda no se debía a una mente escéptica por naturaleza, sino más

bien a una seria lucha con el problema de la conciencia, y siempre estuvo relacionada a su experiencia evangélica. Esto fue lo que ayudó a Bruce a comprender de una manera profunda los temores de aquellos que viven acusados por sus conciencias, y le ayudó a predicar como ningún otro sobre el descanso de la conciencia en la misericordia de Dios. Pero una vez que esa conciencia se aleja del mensaje evangélico y se empieza a moralizar, como sucedió con el exagerado moralismo del Catecismo Mayor, podría desembocar con demasiada facilidad en la duda moral y filosófica que tan a menudo ha caracterizado a las universidades escocesas, sin exceptuar siempre a sus teólogos.

Una vez más, en el propio caso de Bruce, el asombroso sentido de la Majestad divina unido a su celosa cultura de una conciencia recta, desembocaron en un sentido del honor excesivamente alto. Aquí la grandeza de Bruce fue también la ocasión de su debilidad, como incluso M'crie admitió al «conceder que cedió a la escrupulosidad, que exigió un grado de evidencia en cuanto a la culpabilidad de Gowrie, que no era necesario para justificar la parte que iba a tomar en anunciarla, que había una mezcla de orgullo en sus motivos y que se mantuvo demasiado en el punto de honor». Es difícil resistirse a la conclusión de que si Bruce no se hubiera apoyado tanto en las presunciones del honor ofendido ante el rey y hubiera ataviado menos su conciencia para la entera satisfacción de sus propios escrúpulos, habría mantenido durante todo el tiempo una poderosa influencia sobre el rey y habría permanecido en Edimburgo para guiar todo el curso de la Iglesia y el evangelio a través de un período muy difícil.

Así las cosas, la obstinada y casi irrazonable conciencia de Bruce contribuyó, sin duda, innecesaria y fatalmente a la tensión entre la Iglesia y el rey. Por supuesto, no era el único —y ciertamente no el más franco— de los ministros en su protesta contra el rey, pero como ministro principal de

Edimburgo ocupaba una posición de gran responsabilidad en relación con el rey y la Corte, y no podía sino atraer sobre sí toda la oposición del rey si se le resistía. Ciertamente, el trato infligido a Bruce fue escandaloso y vergonzoso, pero gran parte de ello no se habría producido si hubiera tenido una mayor simpatía y un mayor respeto por la conciencia de los demás, incluso cuando esta pudiera contradecir sus propios escrúpulos. Tendía a vivir demasiado por los juicios privados de su propia conciencia y no lo suficiente por la pura Palabra del Evangelio, olvidando, tal vez, que si nuestro corazón nos condena, Dios es más grande que nuestro corazón, infinitamente más grande. Esa es la majestad de su misericordia.

Por el contrario, la conciencia cristiana no es algo que un hombre posee en sí mismo, sino algo que comparte con sus hermanos en la fe, y sobre todo lo que ellos comparten en unión con Dios, una «conciencia» que es su conocimiento conjunto de la voluntad divina en Cristo anunciada a ellos a través del Evangelio. La tendencia de la conciencia a depender de sí misma como un principio autónomo o semiautónomo fue característica del humanismo del Renacimiento, y tendió, en la segunda y tercera generación de la Reforma, a ocupar un lugar importante en el protestantismo, notablemente en el puritanismo inglés. De hecho, fue un lapso de regreso a la virtud estoica en lugar de a la primitiva virtud cristiana. En el calvinismo, esta tendencia volvió a través de su fuerte agustinianismo tan evidente en Bruce, aunque aquí también sin duda debió algo a la perspectiva fomentada por los estudios clásicos de George Buchanan y Andrew Melville en St. Andrews.

Robert Bruce estaba relacionado con una naturaleza espiritual extraordinariamente profunda, y ciertamente contribuyó en gran medida a su comprensión del arrepentimiento, aunque a menudo lo inquietaba desesperadamente

y lo hacía sentir hambriento de una seguridad absoluta que encontró sobre todo en el sacramento de la Cena del Señor. Si la conciencia indomable de Bruce también era evidencia de una debilidad que tenía en común con tantos de su generación, no deja de ser cierto que se destaca entre todos ellos como un hombre supremamente grande y santo con una firme fidelidad a Su Maestro y una fidelidad inquebrantable a su divino llamado como ministro del Evangelio. Sin embargo, es sobre todo como teólogo que debemos apreciarlo hoy. No escribió obras de teología, pero, sin duda, por lo que nos ha dejado, fue un hombre de imponente poder teológico y perspicacia espiritual, como también un hombre de una fe excepcional. En comparación con todos los hombres de su generación —excepto, quizás, con John Craig—, su teología calvinista seguía siendo genuinamente la misma de Juan Calvino y de la Confesión Escocesa, y no la del «calvinismo», que fue una amalgama de la lógica aristotélica y la fe reformada, que estaba detrás del Sínodo de Dort (1618), y por la cual llegó a ser considerado como «calvinismo clásico». Además, aunque aparentemente Bruce estaba familiarizado con las obras del más grande de todos los teólogos escolásticos protestantes, Amandus Polanus de Basilea, no hay rastro de esa escolástica académica en su propia teología. ¿Se debió esto por casualidad a la preocupación supremamente evangélica y pastoral de John Knox, quien escribió desde St. Andrews en 1572, en su última carta a la Asamblea General, una advertencia contra el sometimiento del púlpito al juicio de las escuelas? «Sobre todas las cosas, ¡preserven la iglesia de la esclavitud de las universidades!».

De todos modos, la alianza de la teología con la predicación y el culto, en la gran tradición de Knox y Calvino, fue una característica básica de Robert Bruce. Al igual que Calvino, Bruce se empapó del saber de los Padres de la Iglesia primitiva, especialmente de Agustín y de Ireneo —«ese escritor antiguo», como lo llamaba Bruce—. Fue probable-

mente esta combinación de teología bíblica y patrística lo que le mantuvo tan cerca de Calvino, especialmente en una serie de puntos significativos en los que el calvinismo racionalista perdió el contacto con el propio Calvino, debido a su combinación de teología con un aristotelismo resucitado, y más tarde, ciertamente, con la filosofía cartesiana, ambos tan marcadamente evidentes en los grandes teólogos de los Países Bajos que llegaron a ocupar una influencia dominante sobre muchos teólogos escoceses.

Este no es el lugar para ofrecer una exposición de la teología de Robert Bruce, pero debe notarse y considerarse un asunto muy importante, relacionado con lo que se ha dicho anteriormente y relacionado con su enseñanza sobre el sacramento de la Cena del Señor. Me refiero a la doctrina de la unión con Cristo y nuestra participación en su salvadora y santificadora humanidad. Esto es tan fuerte tanto en Bruce como en Calvino, o en cualquiera de los Padres de la Iglesia que a ambos les encantaba citar. En esto, la preocupación se centra no sólo en el acto sustitutivo y representativo-activo de Cristo por nosotros en la cruz, y en la imputación de la justicia de Cristo que no sólo nos declara sino que nos constituye hijos justificados de Dios, sino también en la humanidad del encarnado Hijo de Dios, que en su propia Persona es toda nuestra salvación. La vida santa y eterna de Dios reside en la humanidad de Cristo, y se nos da a participar en ella al estar unidos a Cristo. Por el Espíritu Santo somos hechos miembros de Cristo y de su cuerpo, y así participamos de su naturaleza humana santificada y nos nutrimos de la vida de Dios que reside en su carne.

En otras palabras, esta es la doctrina de que la constitución de la Persona de Cristo, el Mediador, pertenece a la esencia de su reconciliación expiatoria; que la expiación implica no sólo el acto de Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, sino la obediencia humana y la vida

de Jesús el Siervo del Señor y el Hijo del Padre. Fue porque Calvino y Bruce comprendieron el lugar apropiado en nuestra salvación de la humanidad obediente de Jesús crucificado y resucitado, que le dieron pleno lugar en la doctrina de la Santa Comunión del Espíritu en la «carne de Jesús», y por tanto como nuestra vivificación y alimento con la nueva humanidad que Dios nos ha provisto en Cristo. Está claro, entonces, que detrás de la enseñanza de Bruce en estos sermones sobre la Cena del Señor se escondía una concepción poderosa y adecuada de las Personas y la obra salvadora de Cristo, que concuerda perfectamente con la enseñada por Calvino.

Un pasaje muy interesante a este respecto se encuentra en el sexto sermón de Bruce sobre Isaías 38, publicado en 1591, que es muy esclarecedor para nuestra comprensión de esta concepción de la unión con Cristo en el Sacramento. Al hablar de la salvación que Cristo ha realizado para nosotros como Dios y como Hombre, el único Mediador entre Dios y el hombre, dijo lo siguiente: «En primer lugar, nos libró de los pecados que llamamos "actuales", mediante la satisfacción perfecta por la que satisfizo plenamente, al sufrir el infierno en su alma, y la muerte en su cuerpo, en la cruz, y así nos libró de los pecados actuales y de su castigo. En esta obra es un Mediador perfecto». Este es el aspecto de la obra expiatoria de Cristo que los teólogos denominaron su «obediencia pasiva». Luego, Bruce pasó a hablar de ese aspecto que los teólogos llamaron la «obediencia activa» de Cristo. «Ahora, en segundo lugar, también, es un perfecto Mediador, porque no solamente satisfizo nuestros pecados, sino que cumplió toda la ley por nosotros, y verdaderamente aún más de lo que la ley demandaba, porque la segunda tabla requiere solamente que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Pero Cristo hizo más que eso, porque nadie ama tanto a su prójimo como para morir por él. Cristo, al morir por nosotros, demostró que Él nos ama más de lo que la ley

demanda. Por tanto, no sólo ha cumplido la ley por nosotros, sino que hizo más de lo que esta demandaba. Ahora bien, esta perfecta justicia suya interviene entre nosotros y el Padre, y cubre nuestra rebelión y desobediencia; de lo contrario, tampoco aquí estaríamos libres de condenación».

Estos son los dos aspectos que abarcan la obra expiatoria de Cristo en el calvinismo escolástico, su obediencia pasiva y activa en nuestro favor. Pero Bruce, siguiendo a Calvino, no podía contentarse con eso, por lo que entre ambos expuso otro aspecto principal, y no menos esencial, de la reconciliación expiatoria de Cristo. Y esto es lo que tiene que decir al respecto: «En tercer lugar, nos liberó del desorden y de la raíz podrida de la que procedemos, porque, como ves, Cristo Jesús fue concebido en el vientre de la virgen, y eso por el poderoso poder de su Espíritu Santo, de modo que nuestra naturaleza en Él fue plenamente santificada por ese mismo poder. Y esta perfecta pureza de nuestra naturaleza en su Persona cubre nuestra impureza, pues Él no fue concebido en pecado y corrupción como nosotros, sino por el poder del Espíritu Santo, que santificó perfectamente nuestra naturaleza en Él, incluso en el momento de su concepción. Así, al ser purificado completamente, su pureza cubre nuestra impureza». Si Bruce pensaba que la satisfacción de Cristo nos liberaba de nuestros pecados actuales, es claro que pensaba que su perfecta pureza en la encarnación y el nacimiento cubría nuestro pecado original, o santificaba nuestra naturaleza humana. Este énfasis en la redención encarnada en Cristo, Bruce lo intercaló entre sus relatos de la obediencia pasiva y activa de Cristo, ya que pertenece al corazón mismo de su obra salvadora. Y así lo resumió diciendo que todo esto, es decir, la satisfacción, la pureza y la justicia perfecta, se encuentra en Cristo perfectamente.

Es este «Cristo completo» del que se nos da a participar en el sacramento de la Cena del Señor; y, por tanto,

se nos da a participar no solo en los beneficios de su muerte en la cruz y su justo cumplimiento de la voluntad de Dios, sino también en su santificada naturaleza humana, para que seamos santificados en la pureza de su encarnación a través de la unión con Él en su humanidad.

Esta doctrina de la unión salvadora y santificadora con Cristo no fue peculiar a Bruce en la Iglesia de Escocia. Forma un esencial e importante elemento en la Confesión Escocesa de 1560; está clara y bellamente expuesta en los tres grandes catecismos oficialmente autorizados y usados por la Iglesia antes de que fueran desafortunadamente desplazados por los Divinos de Westminster, a saber, el Catecismo de Ginebra de Calvino, el Catecismo de Heidelberg y el Catecismo de Craig. Es significativo que el último nombrado, autóctono y tan característicamente escocés, escrito por John Craig, colega de Bruce en el Canongate, fuera ordenado por la Asamblea de 1592 —que Bruce presidió como moderador— «para ser utilizado en todas las familias y escuelas». Es a ese catecismo, así como a los otros dos, al que debemos recurrir si queremos tener un panorama más completo de la teología que se esconde tras los sermones de Bruce. Si acaso, la concepción de Bruce en estos sermones es un poco más subjetiva que en cualquiera de esos catecismos, lo que se explica no sólo por el hecho de que es expuesto por él en la predicación, sino por el hecho de que está influido por su característica predicación directa a la conciencia y por su énfasis en el sentimiento de la misericordia divina. A pesar de eso, en sus sermones, la doctrina de la unión con el Cristo completo como realidad objetiva y subjetiva es expuesta tan poderosa y claramente como en cualquier otro lugar de los Padres o de los reformadores. En esta obra, Robert Bruce nos ha dejado un legado que, en palabras del editor de la edición de 1614, es «digno de ser escrito con letras de oro».

Al más distinguido, eminente y cristiano príncipe, Jacobo VI, Rey de los escoceses. Gracia y paz del Padre, y nuestro Señor Jesucristo

Su majestad:

No tenía en mente que esta obra saliera a la luz en este momento, pues la conciencia de mi propia debilidad me testifica que nada digno de luz puede proceder de alguien como yo. Sin embargo, vencido al fin por la solícita demanda de nuestra iglesia y de nuestro consistorio, me contenté con que su autoridad me ordenara hacerlo. Y si place al Señor bendecir esta obra de tal manera que los pobres y sencillos puedan encontrar consuelo o instrucción en ella, suponiendo que los oídos eruditos no encuentren satisfacción, me consideraré grandemente complacido. Porque, viendo que Dios me ha santificado en alguna medida para su obra, debe ser una razón de su bendición eterna que, mientras dure la vida, pueda ser empleada siempre en beneficio de su Iglesia; porque ¿quién soy yo para no emplear sus gracias para su gloria? Y ruego a Dios que en aquel gran día se

descubra que, por mezquinos que hayan sido alguna vez, sin embargo, fueron acompañados de esta gracia especial, de la que fueron bien aprovechados. Y suponga, señor, que ahora es rey de este reino y aparente de otro, pero piense que toda su magnificencia, honor, riqueza, libertad y todos los dones que Dios, por su misericordia, le ha concedido, no pueden ser bien empleados de otro modo que no sea en la defensa de la verdad y de la disciplina pura y sincera basada en ella, la cual, para gran alabanza de su majestad y para nuestro singular consuelo, ha sido establecida en este país durante tanto tiempo por la autoridad de su majestad; porque este modo de obrar demuestra que Dios no sólo le ha hecho heredero de los reinos terrenales, sino que también lo ha nombrado coheredero con Jesucristo, de ese reino inmortal y de esa corona gloriosa que no puede desvanecerse ni caer. Y como la vida y la libertad de su majestad han estado hasta ahora unidas a la posición y a la libertad del reino de Jesucristo dentro de su país, siga aferrándose a esta libertad y, sin duda, Jesucristo se aferrará a usted.

No llamaré la atención de su majestad con muchas palabras; sólo esto hago, a saber, que no revestiré esta obra con el nombre y la autoridad de su majestad por ningún valor que yo creyera que tuviera, pues está expuesta coloquialmente, es decir, en términos sencillos y familiares, tal como fue recibida de mi boca, y tal como Dios quiso dármela en su momento; pero tuve este respeto, que como es la primera cosa que sale de mí, así creí conveniente hacer de él el primer testimonio de mi agradecimiento y sincero cariño, tanto a la verdad de Dios como al servicio de su majestad, que, bajo Dios, ofrezco mi vida misma y me alegraría que Dios me bendijera con la influencia que pudiera promover el nombre o la estimación de su alteza, tanto aquí en este mundo presente como en el mundo venidero.

Y, mientras tanto, porque no puedo como quisiera, haré como pueda, en mis oraciones recordar continuamente su real persona, junto con la reina, su compañera de lecho, y anhelar continuamente por su descendencia, a manos del Dios Todopoderoso, por los justos méritos de Jesucristo, bajo cuya protección, por ahora y para siempre, dejo a su majestad.

Desde Edimburgo, el 9 de diciembre de 1590.

El más humilde y obediente súbdito de su majestad,

Sr. Robert Bruce,

Ministro del evangelio de Cristo.

1

Los Sacramentos en general

Porque yo recibí del Señor lo que también os he entregado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan...

1 Corintios 11:23

No hay nada en este mundo, ni fuera de este mundo, que deba ser más buscado y anhelado por cada uno de ustedes que estar unidos a Jesucristo, el Dios de gloria, y ser uno con Él para siempre. Esta unión divina y celestial es llevada a cabo por dos medios especiales: es lograda por medio de la Palabra y la predicación del evangelio, y por medio de los sacramentos y su administración. La Palabra nos lleva a Cristo a través del oído, y los sacramentos por medio de la vista; estos son los dos sentidos que Dios ha escogido como los más adecuados para instruirnos y llevarnos a Cristo. La doctrina más eficaz y conmovedora es aquella que despierta y agita la mayor parte de los sentidos externos, ya que aquello que despierta no sólo el oído, sino también la vista, el gusto, el sentimiento y todos los demás sentidos externos, mueve el corazón de manera más intensa y penetra en el alma. Así es. Esta doctrina de los sacramentos conmueve, agita y despierta la mayoría de los sentidos ex-

ternos. Por tanto, si nos acercamos a ella bien preparados, debe ser la más efectiva para despertar los sentidos internos del corazón apático. Pero hay una cosa debemos recordar siempre: no hay doctrina ni de la simple Palabra ni de los sacramentos, que pueda movernos si Cristo nos quita su Espíritu Santo. Por eso, siempre que vayas a oír la doctrina, ya sea de los sacramentos o de la simple Palabra, pide que Dios esté presente por su Espíritu Santo. De lo contrario, de nada nos servirá toda la doctrina que existe. Sin embargo, esta doctrina de los sacramentos agita y despierta la mayor parte de los sentidos externos, y no cabe duda, por tanto, de que es un instrumento efectivo y poderoso para despertar, preparar y conmover nuestros corazones.

EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA «SACRAMENTO»

Para mostrarles el significado de la palabra «sacramento», y para quitar toda ambigüedad, déjenme recalcar el hecho —ciertamente una verdad incuestionable— de que los más antiguos teólogos latinos interpretaron la palabra griega «mystérion» como la palabra «sacramento». Ellos usaron la palabra griega «misterio» no sólo para significar toda la acción —es decir, toda la acción del Bautismo y de la Cena del Señor—, sino también para significar todo lo que era oscuro y oculto en sí mismo, y no la emplearon según el uso común de los hombres. De este modo, el apóstol llama al llamamiento de los gentiles un «misterio» (Efesios 3:9). Esta unión entre Cristo y nosotros que se inicia aquí se llama «misterio» (Efesios 5:32), y los intérpretes latinos la llaman «sacramento». En resumen, no encontrarás en el Libro de Dios una palabra más frecuente que la palabra «misterio».

Por su parte, la palabra «sacramento», por la que traducen la palabra griega, no es muy usada por los mismos

teólogos, ni tampoco se usa ampliamente en ningúna parte del Libro de Dios. Sin embargo, la palabra «sacramento» es muy ambigua en sí misma, lo que ha llevado a consecuencias desastrosas que aún no han llegado a su fin, ni lo harán, hasta que el mundo se acabe. Si hubieran mantenido las palabras del apóstol, y llamado a los sacramentos «señales» y «sellos», toda esta controversia, lucha y contienda probablemente nunca habría ocurrido; pero donde los hombres se creen más sabios que Dios, y dan nombres a las cosas, confiando no en Dios sino en su propia sabiduría —que es mera locura—, suceden estos problemas.

«SACRAMENTO» SE USA EN CUATRO SENTIDOS

Para llegar al punto, entonces, los antiguos teólogos usaron la palabra «sacramento» aparentemente de cuatro maneras. (1) A veces la usaban para toda la acción, es decir, para todo el ministerio de los elementos. (2) Otras veces no la usaban para toda la acción, sino para las cosas externas que se utilizan en la acción del Bautismo y la Cena, es decir, para el agua y su aspersión, para el pan y el vino y su partición, distribución y comida. (3) En tercer lugar, no la usaban para todas las cosas externas que se utilizan en la acción, sino sólo para las cosas materiales y terrenales —los elementos—, como el pan y el vino en la Cena, y el agua en el Bautismo. En este sentido es que Agustín dice: «Los impíos comen el cuerpo de nuestro Señor, en lo que concierne al sacramento solamente, es decir, en lo que concierne a los elementos solamente». (4) Finalmente, la usaron no sólo para los elementos, sino también para las cosas señaladas por los elementos. Es en este sentido que Ireneo dice que el sacramento consiste en dos partes: la primera, terrenal; la otra, celestial. En este sentido, los antiguos usaron la palabra, y no puede haber duda de que la usaron correctamente.

LA PALABRA Y LOS SACRAMENTOS SIEMPRE DEBEN ESTAR UNIDOS

Dejando la ambigüedad de la palabra, uso la palabra «sacramento» como es entendida y utilizada actualmente en la Iglesia de Dios; es decir, como un señal y sello sagrado que se anexa a la Palabra de Dios predicada para sellar y confirmar la verdad contenida en la Palabra misma, pero de tal manera que no llamo «sacramento» al sello separado de la Palabra. Y es que no puede haber sello si no va acompañado de una evidencia, porque separado de la evidencia el sello ya no es sello, sino simplemente es lo que es y nada más. Así pues, no puede haber sacramento sin que se adhiera a la evidencia de la Palabra. Piensen en lo que un sacramento es por naturaleza. No es nada más que lo que realmente es por naturaleza. ¿Era un trozo de pan común? Sigue siendo pan común, excepto que está unido a la evidencia de la Palabra.

Por tanto, ni la sola Palabra, ni el solo elemento puede llegar a ser un sacramento, sin embargo, la Palabra y el elemento, juntos, hacen un sacramento. Como bien dijo Agustín: «Que la Palabra llegue al elemento y, entonces, tendrás un sacramento». Por tanto, la Palabra debe llegar al elemento, es decir, que la Palabra clara y totalmente expuesta y predicada debe ir antes del sacramento; como un sello, debe seguirle y serle añadido. Por eso, a la Palabra y al sello conjuntamente, el uno unido al otro es a lo que llamo «sacramento».

No hay controversia o debate sobre el hecho de que todos los sacramentos son señales. Ahora bien, si un sacramento es una señal, puesto que la señal está en relación —pues debemos hablar de ella en esa categoría—, entonces, el sacramento debe situarse en la misma categoría de relación. Ahora, toda relación debe necesariamente implicar dos

cosas, ya que una cosa no puede ser correlativa de sí misma, sino que en toda relación propia debe haber dos cosas que se ajusten perfectamente la una con la otra. Si quitan una de esas dos cosas del sacramento, se pierde la relación; y perdiendo la relación, se pierde el sacramento. Confundan una de estas cosas con la otra, sea que hagan una confusión o mezcla de ellas, y perderán el sacramento; conviertan la una en la otra de modo que la sustancia de la una se escabulla y desaparezca en la otra, y perderán la relación, y por tanto perderán el sacramento. Por eso, como en todo sacramento, hay una relación, para mantener la relación deben mantener distintamente las dos cosas en el sacramento.

Ahora bien, para una mejor comprensión y apreciación de estas dos cosas diferentes, que no obstante son relativas entre sí, guardaremos, por la gracia de Dios, el siguiente orden.

(I.) En primer lugar, les mostraré lo que significa una señal en el sacramento;

(II.) Luego, les explicaré lo que se entiende por la cosa señalada.

(III.) En tercer lugar, les mostraré cómo estas dos se unen, por cuál poder y virtud están unidas, y de dónde procede su poder y virtud.

(IV.)En cuarto lugar, y finalmente, les explicaré si un mismo instrumento da la señal y la cosa señalada, o no; si son dadas en una acción o dos, o si se ofrecen a un instrumento o dos, o si son dadas en una o dos maneras a ambos instrumentos.

Observa estas diversidades: la diversidad de recepción, la diversidad de los instrumentos, y la diversidad de los dadores, y encontrarás poca dificultad en el sacramento.

I. EL SIGNIFICADO DE UNA SEÑAL EN EL SACRAMENTO

Empecemos con las señales. Puesto que todos los sacramentos son señales, ¿cómo llamamos a las señales en los sacramentos? Todo aquello que percibo y capto con mis sentidos externos, especialmente por la vista, es a lo que llamo «señales» en los sacramentos. Ahora bien, como verás, en este sacramento hay dos clases de cosas sujetas a los sentidos externos, y especialmente a la vista.

Los elementos del pan y el vino están sujetos a la vista; por tanto, deben ser señales. Aún más, los ritos y ceremonias por las cuales estos elementos son distribuidos, partidos y dados, son también sujetos a la vista. Debe haber, entonces, dos clases de señales: una, el pan y el vino, que llamamos «elementales»; otra, los ritos y ceremonias por los cuales son distribuidos, partidos y dados, que llamamos «ceremoniales». No se dejen engañar por la palabra «ceremonia», no piensen que llamo ceremonias al hecho de partir el pan y beber vino. No piensen que su uso es vano, como cuando usan la palabra «ceremonia» para cosas vanas, que no llevan consigo gracia ni beneficio alguno. No; aunque las llame «ceremonias», no hay una ceremonia que Cristo instituyera en esta Cena, sino que es tan esencial como lo son el pan y el vino, y no puedes omitir ni un ápice de ellos sin pervertir toda la institución, porque todo lo que Cristo encomendó, todo lo que habló o hizo en toda esa acción, es esencial y debe hacerse. No puedes omitir una jota[4] sin pervertir toda la acción.

La razón por la que los llamo «señales» es esta: no por el hecho de que los hombres comúnmente los llaman señales porque solamente representan algo, como el pan representa

4 El autor se refiere a la décima letra del alfabeto hebreo, la más pequeña. Una referencia a las palabras de nuestro Señor en Mateo 5:18.

el cuerpo de Cristo, y el vino representa la sangre de Cristo; no los llamo así simplemente porque representen algo. Los llamo señales porque llevan unidos el cuerpo y la sangre de Cristo. Ciertamente, es tan verdadero que el cuerpo de Cristo está unido al pan, y la sangre de Cristo está unida al vino, que mientras recibes el pan en tu boca —si eres un hombre o mujer creyente— recibes el cuerpo de Cristo en tu alma, y eso por medio de la fe. Y mientras recibes el vino en tu boca, recibes la sangre de Cristo en tu alma, y eso también por medio de la fe.

Es principalmente por esta función de que son instrumentos para dar y exhibir las cosas que significan que se les llama señales, y no sólo por su representación. Porque si no hicieran otra cosa que representar o significar una cosa ausente, entonces, cualquier cuadro o imagen muerta sería un sacramento, pues con cada cuadro la cosa señalada viene a tu mente. Por ejemplo, al ver una imagen del rey, el rey vendrá a tu mente y significará para ti que es la imagen del rey. Si, por tanto, la señal del sacramento no hace más que eso, todas las imágenes serían sacramentos; pero el sacramento exhibe y da la cosa que representa al alma y el corazón, mientras la señal es entregada en la boca. Es por esta razón, especialmente, que es llamado una señal. Ninguna imagen del rey te traerá al rey; por tanto, no hay otra imagen que exhiba la realidad de lo que es la imagen, de modo que ninguna imagen puede ser un sacramento. Así, en lo que respecta a los sacramentos, el Señor los ha designado como manos para entregar y exhibir la cosa señalada, y es principalmente por esta entrega y exhibición que se les llama señales. Como la Palabra del evangelio es un poderoso y potente instrumento para nuestra salvación eterna, así, el sacramento es un potente instrumento designado por Dios para entregarnos a Cristo Jesús para nuestra salvación eterna.

Porque esta carne espiritual se prepara y se nos sirve en platos espirituales, esto es, en el ministerio de la Palabra y el ministerio de los sacramentos, y aunque este ministerio es externo, sin embargo, se dice que el Señor entrega cosas espirituales y celestiales por estas señales externas. ¿Por qué? Porque Él los ha designado como instrumentos por los cuales nos entregará a su propio Hijo; porque es tan cierto que nadie tiene el poder de darnos a Cristo Jesús, sino Dios mismo y su Espíritu Santo. Y, por tanto, propiamente hablando, nadie puede dar a Cristo excepto Dios mismo por su propio Espíritu. Él es dado por el ministerio del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo quien lo sella en nuestros corazones, y nos confirma más y más en Él, como dice el apóstol de Él (2 Co. 1:22).

Estrictamente hablando, nadie tiene el poder de dar a Cristo excepto el Padre, o Él mismo. Nadie tiene el poder de dar al Mediador, sino su propio Espíritu. Sin embargo, a Dios le ha placido usar algunos instrumentos y medios por los que nos entregaría a Cristo Jesús. Los medios son estos: el ministerio de la Palabra, y el ministerio de los sacramentos; y porque Él usa estos medios para entregar a Cristo, se dice que lo entregan. Pero aquí tienes que distinguir entre el dador «principal» eficiente y el dador «instrumental» eficiente, que son la Palabra y los sacramentos. Si mantenemos esta distinción, ambas cosas son verdad: Dios, por su Palabra y por su Espíritu, te entrega a Cristo. Los llamo señales, entonces, porque Dios los ha hecho potentes instrumentos para dar la misma cosa que significan.

II. LO QUE SIGNIFICA LA COSA SEÑALADA

Procedemos ahora a la cosa señalada, y llamo «cosa señalada» a las señales del sacramento que Ireneo —ese antiguo escritor— llama la «cosa espiritual y celestial», a saber:

el Cristo completo con todos sus dones, beneficios y gracias, aplicados y dados a mi alma. No llamo a la cosa señalada por las señales del pan y del vino los beneficios de Cristo, las gracias de Cristo, o la virtud que fluye de Cristo solamente, sino que llamo a la cosa señalada junto con los beneficios y virtudes que fluyen de Él, la sustancia misma de Cristo, de la cual fluye esta virtud. La sustancia, con sus virtudes, dones y gracias que fluyen de esta, es la cosa señalada aquí.

En cuanto a la virtud y gracias que brotan de Cristo, no es posible que participes de la virtud que brota de su sustancia, sin antes participar de la sustancia misma. Porque, ¿cómo es posible para mí participar del fluido que mana de cualquier sustancia sin primero participar de la sustancia misma? ¿Puede mi estómago saciarse con carne, cuya sustancia nunca llega a mi boca? ¿Se puede saciar mi sed con una bebida que nunca pasa por mi garganta? ¿Puedo succionar la virtud de cualquier cosa sin obtener primero la sustancia? Por tanto, es imposible para mí obtener el fluido y virtud que mana de Cristo sin obtener primero la sustancia, que es Cristo mismo.

No puedo, pues, llamar cosa señalada a la gracia y virtud que fluyen de Cristo solamente, ni Cristo mismo y su sustancia sin su virtud y gracias, sino la sustancia junto con las gracias. Esto es lo que yo llamo la cosa señalada por las señales en el sacramento: el Cristo completo, Dios y Hombre, sin separación de sus naturalezas, sin distinción de su sustancia ni de sus gracias. ¿Por qué? Si el pan no significa más que la carne y el cuerpo de Cristo solamente, y el vino no significa más que la sangre de Cristo solamente, entonces, no puedes decir que el cuerpo de Cristo es Cristo, porque no es sino un pedazo de Cristo; ni puedes decir que la sangre de Cristo es el Cristo completo, porque no es sino una parte de Él. No fue sólo un pedazo de tu Salvador el que te salvó, ni fue una parte de tu Salvador la que hizo la

obra de tu salvación, y así, aun si obtuvieras un pedazo de Él en el sacramento, eso no te haría ningún bien.

Por tanto, para que el Sacramento te alimente para la vida eterna, debes obtener en él, a tu Salvador completo, el Cristo completo, Dios y Hombre, con todas sus gracias y beneficios, sin separar las gracias de su sustancia, o una naturaleza de la otra. Y, ¿cómo lo obtengo? No por mi boca (es vano pensar que obtendremos a Dios por nuestra boca), sino por la fe. Puesto que Él es Espíritu, lo como por la fe en mi alma, no por los dientes de mi boca, lo cual sería una locura. Te concedo que puedas comer la carne de Cristo con tus dientes, lo cual sería una forma absurda de actuar, pero no puedes comer la Divinidad con tus dientes. Esta es una forma repugnante de hablar. Así que, si alguna vez vas a extraer algo bueno del sacramento, debes obtener al Cristo completo. Además, no hay otro instrumento con el cual puedas tomarte de Él, sino la fe. Por tanto, ven a la Cena del Señor con un corazón devoto, es decir, creyente.

LA CARNE DE CRISTO ES ALIMENTO ESPIRITUAL

¡Oh!, pero me preguntarás —y aparentemente la definición establecida de la cosa señalada le da fundamento—: «Si la carne y la sangre de Cristo son un parte de la cosa señalada, ¿cómo puedo llamar a su carne una cosa espiritual, y a Cristo con respecto a su carne una cosa celestial? No dirás que la sustancia de su carne es espiritual, o que la sustancia de su sangre es espiritual. ¿Por qué, pues, lo llamas una cosa celestial y espiritual?». Te lo diré. La sangre de Cristo es llamada una cosa espiritual, y Cristo es llamado espiritual con respecto a su carne, no porque su carne se haya convertido en espíritu, o porque la sustancia de su carne se haya vuelto espiritual. ¡No! Sigue siendo verdadera carne y

su sustancia es la misma que la que estaba en el vientre de la virgen. Tampoco su carne es llamada espiritual porque esté glorificada en los cielos a la diestra del Padre. No se dejen engañar por eso, porque, aunque esté glorificada, sigue siendo carne verdadera, la misma carne que heredó del vientre de la virgen. Tampoco es espiritual porque no la veas en la Cena; si estuvieras donde está, podrías verla. En cambio, se le llama espiritual por el fin espiritual que sirve para mi cuerpo y alma, porque la carne y la sangre de Cristo sirven para alimentarme, no para una vida temporal, sino para una vida espiritual y celestial.

Ahora bien, debido a que esta carne es una comida espiritual, ministrando a mi vida espiritual, es llamada una cosa espiritual. Si me alimentara como lo hace la carne de los animales, sólo para la vida temporal, entonces sería llamada una cosa temporal. Pero porque alimenta mi alma, no para la vida terrenal y temporal, sino para un fin divino, celestial y espiritual, la carne de Cristo —y Cristo, con respecto a su carne— es llamada una cosa espiritual en el Sacramento. También se le llama la cosa espiritual en el sacramento por el instrumento espiritual por el cual se recibe. El instrumento por el cual la carne de Cristo es recibida no es corporal (no son los dientes o la boca del cuerpo), sino espiritual, la boca del alma, que es la fe. Debido a que el instrumento es espiritual, Cristo, quien es recibido, es llamado también espiritual. De nuevo, debido a que el modo de recepción es divino, espiritual y celestial, no uno natural o externo, debido a que la carne de Cristo que es dada en el Sacramento es recibida por una vía secreta espiritual, que no es vista por los ojos del hombre, por tanto, por esas razones llamo a Cristo Jesús la cosa celestial y espiritual que es señalada por los medios de las señales en el Sacramento.

EL TRINO DIOS DEBE APLICAR LA COSA SEÑALADA

Ahora, finalmente, la cosa señalada debe ser aplicada a nosotros. ¿De qué me sirve ver mi medicina en una caja en una botica? ¿De qué puede servirme si no se aplica? ¿De qué me sirve ver mi salvación de lejos, si no se me aplica? Por tanto, no es suficiente ver a Cristo, sino que debe dársenos o, de lo contrario, no puede producir sanidad y salvación en nosotros. Y puesto que esta salvación es dada a nosotros, debemos tener una boca con la cual podamos tomarla. ¿De qué me sirve tener carne frente a mí sin tener boca para comerla? Así, la cosa señalada en el sacramento debe ser dada por Dios, por las tres Personas de la Trinidad, un Dios. Debe ser dada por Cristo Jesús, quien debe darse a sí mismo, y como se da a sí mismo, debemos tener una boca para recibirlo. Aunque se presente y se ofrezca a sí mismo, no puede beneficiar ni ayudar a nadie excepto a aquellos que tienen una boca para recibirlo. Ves, pues, lo que llamo la cosa señalada: el Cristo completo, aplicado a nosotros y recibido por nosotros; el Cristo completo, Dios y Hombre, sin separación de sus naturalezas, sin distinción de su sustancia de sus gracias, todo aplicado a nosotros.

DEBEMOS ACERCARNOS A LA MESA DEL SEÑOR CONFESANDO NUESTRA NECESIDAD DE MISERICORDIA

Por tanto, sabiendo que venimos al Sacramento para ser alimentados de su carne y refrescarnos con su sangre, para ser alimentados para una vida espiritual y celestial, y viendo que no hay beneficio alguno en esta Mesa sin ningún tipo de preparación, ¡qué nadie se atreva a ir a la Santa Mesa sin estar en alguna medida preparado! Algunos es-

tarán mejor preparados que otros; sin embargo, que nadie se atreva a ir a menos que tenga un corazón en alguna medida santificado. Por tanto, mi exhortación respecto a la manera en que cada uno de ustedes debe prepararse y así capacitarse mejor para venir a la Mesa, es la siguiente: ninguno se acerque a la Mesa del Señor trayendo delante de Él su integridad, justicia y rectitud; el que vaya a la Mesa debe ir reconociendo y confesando su necesidad. Debe ir con un corazón afligido por los pecados con que ha ofendido a Dios; debe ir odiando esos pecados, no para profesar que es santo, justo y recto, sino para profesar y confesar que es miserable, y la más miserable de todas las criaturas. Y, por tanto, debe ir a la Mesa para obtener fuerza en su debilidad, aferrarse a la misericordia del trono de la gracia para obtener la remisión y el perdón de sus pecados, para obtener el don del arrepentimiento, que debe perseguir más y más para vivir sobria, justa y santamente en estos días.

Por tanto, a menos que hayas entrado en este camino y estés decidido a continuar con él, a enmendar tu vida pasada, a arrepentirte de tus pecados, y por la gracia de Dios, a vivir más recta y sobriamente de lo que has hecho, por amor de Dios, no vayas a la Mesa. Donde no hay propósito de hacer el bien y arrepentirse, necesariamente debe haber un propósito de hacer el mal. Quienquiera que venga a esta mesa con un mal propósito y sin intención de arrepentirse, viene a burlarse de Cristo, a escarnecerlo en su cara y a comerse su propia condenación presente. Por eso, que nadie venga a esta Mesa, si no se ha propuesto en su corazón mejorar, si no ha humillado su corazón por sus pecados pasados, y si toma con ligereza su insensatez y locuras pasadas. Que nadie venga a la Mesa sin tal propósito de arrepentimiento, bajo pena de juicio. Pero si tienes en tu corazón algún propósito de mejorar, aunque tu vida anterior haya sido disoluta y liberal, y si te conmueve en tu corazón algún sentimiento o remordimiento por tu vida pasada, no te alejes de la Mesa,

sino ven quejándote por tu miseria y maldad, ven con el corazón dispuesto a recibir la gracia. Pero si vienes con una vida disoluta —no hablo de maldad pública— y no tienes intención de enmendarte, sino que continúas en el pecado, entonces, por amor de Dios, abstente.

Queda mucho por explicar. Hasta ahora, hemos tratado la cosa señalada. Bajo esta consideración general, quedan algunas cosas por explicarte. Primero, cómo las señales y la cosa señalada están unidos entre sí, cómo están vinculados. A continuación, queda por decir cómo la señal es dada, y cómo la cosa señalada es dada, y cómo estos son recibidos, así como dados. Luego, hablaré brevemente de la otra parte del sacramento, que es la Palabra, y luego de todo esto, mostraré los errores que pervierten el sacramento y hacen que no sea efectivo. Y si hay tiempo, diré algo sobre este sacramento que tenemos entre manos.

III. LA SEÑAL Y LO SEÑALADO VAN UNIDOS

Volviendo al tema, pues, corresponde considerar cómo las señales y la cosa señalada están unidas entre sí. Es de este vínculo de lo que se ocupa todo el debate; toda la lucha que hemos tenido con aquellos que se apartan de la estricta verdad tiene que ver con el modo de este vínculo. Algunos insisten en que la señal y la cosa señalada se unen de una manera, y otros de otra manera; la gente lucha muy amargamente sobre este asunto, y continúa luchando de tal manera que, a través de la amargura de su contención, pierden la verdad. Porque cuando el corazón contencioso se levanta, y especialmente en debate, ellos no se preocupan por la verdad, sino por la victoria. Mientras salgan victoriosos, incluso a través de la pura palabrería, no les importa si pierden la verdad. Lean sus obras y sus libros sobre este vínculo, y descubrirán que allí no hay conciencia ni conocimiento.

Incluso si tuvieran una cuarta parte de la conciencia que tienen del conocimiento, esta controversia podría resolverse fácilmente. Pero cuando el hombre es falto de conciencia, si bien tiene conocimiento, una mala conciencia pervierte su conocimiento, y lo conduce hacia un fin malvado.

LA UNIÓN ESPIRITUAL DE CRISTO Y EL CREYENTE

Para hablar sobre cómo estos están unidos, será mucho más fácil para mí, y mejor para tu comprensión, si primero te digo cómo estos no están unidos: te lo dejaré muy claro de esta manera, pero no es posible mostrarte de manera clara cómo ellos están realmente unidos. Puedes percibir claramente por tus propios ojos que la señal y la cosa señalada no están localmente unidos, es decir, que ambos no están en un mismo lugar. Puedes percibir incluso por tus sentidos externos que el cuerpo de Cristo, que es la cosa señalada, y las señales no están unidos corporalmente; sus cuerpos no se tocan el uno con el otro. Puedes percibir también que no están visiblemente unidos; ambos no están sujetos al ojo exterior. Es fácil, entonces, que veas cómo no están unidos, porque si la señal y la cosa señalada estuvieran visible y corporalmente unidos, ¿qué necesidad habría de una señal? ¿Para qué fin nos serviría la señal en el sacramento? ¿No está la señal en el sacramento designada para conducirme a Cristo, y para señalarme a Cristo? Si lo veo físicamente con mis propios ojos mientras veo el pan, ¿qué necesidad habría del pan? Por tanto, ves claramente que no hay tal cosa como una unión corporal, natural o física alguna, entre la señal y la cosa señalada. Es por eso que, dije que es fácil mostrar cómo no están unidas.

¿Cómo, entonces, están unidas? No podemos preguntar aquí sobre otro tipo de unión que el que corresponde y está

de acuerdo con la naturaleza del sacramento. Porque una cosa no puede estar unida a otra de ninguna otra manera que su naturaleza lo permita. Por tanto, aquí no puede haber otra unión que la que permita la naturaleza del sacramento. Ahora bien, la naturaleza del sacramento permitirá una unión sacramental.

Cada sacramento es un misterio. No hay sacramento si no contiene un elevado y divino misterio. Debido a que el sacramento es un misterio, entonces, se sigue que una mística, secreta y espiritual unión corresponde muy bien a la naturaleza del sacramento. Puesto que la unión entre nosotros y Cristo está llena de misterio, como el apóstol nos muestra (Efesios 5:32), implica una unión mística y espiritual. Así que, sin duda, la unión entre el sacramento y la cosa señalada en el sacramento debe ser de la misma naturaleza, mística y espiritual. No es posible mostrarles mediante ninguna demostración visible cómo Cristo y nosotros estamos unidos. Quien quiera entender esa unión debe tener su mente iluminada con una visión celestial; así como tiene un ojo en la cabeza para ver las cosas corporales, así debe tener en la mente y en el corazón, un ojo celestial para percibir esta secreta y mística unión entre el Hijo de Dios y nosotros en el sacramento. Así que no necesito insistir más: a menos que tengas una iluminación celestial puedes entender tu propia unión con Cristo y la unión entre la señal y la cosa señalada en el sacramento.

Sostengo, entonces, que el sacramento es un misterio, así que la unión que implica el sacramento debe ser, sin ninguna duda, mística, secreta y espiritual. Además, te mostraré por una deducción general que en todo sacramento hay dos cosas que tienen una relación y mutuo respeto entre sí. Así, una unión relativa concuerda bien con la naturaleza del sacramento. «¿Qué tipo de unión es esa?», preguntarás. Te respondo: la unión que se corresponde con su naturaleza, a

saber, una unión relativa y respectiva, es decir, una unión en la que la señal tiene una sumisión continua a la cosa señalada, y la cosa señalada a la señal. Luego, preguntarás qué tipo de unión se da aquí entre la señal y la cosa señalada. A esto respondo: la llamo una secreta y mística unión que consiste en una mutua relación entre la señal y la cosa señalada.

LA UNIÓN DE LA PALABRA Y LA COSA SEÑALADA

Aparte de la unión entre Cristo y nosotros, hay otra unión que hace que esta unión entre la señal y la cosa señalada en el sacramento sea más clara. Esta es la unión entre la palabra que escuchamos y la cosa señalada por la misma palabra. Nota el tipo de unión que hay entre la Palabra que escuchas y el significado que viene a tu mente. Hay una similar unión entre la señal que ves y la cosa señalada en el sacramento. Fácilmente puedes percibir que hay una unión por efecto, aunque no sepas qué tipo de unión es. ¿Por qué? Mientras escuchas la palabra hablada por mí, inmediatamente la cosa que mi palabra significa viene a tu mente. Si hablo de cosas pasadas, de cosas por venir, o de cosas cercanas, tan pronto te hablo de ellas te viene a la mente la cosa señalada, porque indudablemente hay una unión entre la palabra y la cosa señalada. Por tanto, cada uno de ustedes puede fácilmente percibir que hay una unión entre la palabra y la cosa señalada por la palabra. Por ejemplo, aunque París esté lejos de nosotros, si hablo de París, tan pronto como se pronuncie la palabra, el pueblo vendrá a tu mente. Si hablo del rey, aunque esté lejos de nosotros, tan pronto como se pronuncie la palabra, la cosa señalada viene a tu mente. Esto de que la cosa señalada viene a tu mente y corazón, muestra claramente que hay una unión entre la palabra y la cosa señalada por la palabra.

No es fácil decir qué tipo de unión es esta, porque la cosa señalada no está presente a la vista como lo está la palabra al oído. Si todo lo señalado estuviera tan presente a tus ojos como la palabra lo está a tu oído, sería fácil ver la unión; pero puesto que la unión es mística, secreta y espiritual, es difícil que lo entiendas. El mismo tipo de unión existe entre el sacramento y la cosa señalada por el sacramento, porque el sacramento no es nada más que la Palabra visible. ¿Por qué lo llamo «Palabra visible»? Porque transmite su significado de la vista a la mente. Así como en la palabra audible el significado de esta es transmitido del oído a la mente, así en el sacramento, cada vez que lo veas, tan pronto como mires el pan con tus ojos, el cuerpo de Cristo vendrá a tu mente; tan pronto como mires el vino, entonces con la predicación y exposición del sacramento, la sangre de Cristo vendrá a tu mente.

LA ANALOGÍA ENTRE LA SEÑAL Y LA COSA SEÑALADA

Esta unión entre la señal y la cosa señalada en el sacramento consiste principalmente en dos cosas. Primero, en una relación entre la señal y la cosa señalada, que viene de la semejanza y proporción entre estas dos, porque si no hubiera proporción y analogía entre la señal y la cosa señalada por la señal, no podría haber sacramento ni relación alguna entre ellas. Por tanto, en primer lugar, esta unión consiste en una relación que viene de una certera similitud y semejanza que tienen entre sí. Esta semejanza puede ser fácilmente percibida. Piensa que el pan es capaz de alimentar tu cuerpo para esta vida terrena y temporal; así la carne de Cristo, señalada por el pan, es capaz de alimentar tanto el cuerpo como el alma para la vida eterna. Así, puedes percibir algún tipo de proporción entre la señal y la cosa señalada.

LA MUTUA CONCURRENCIA DE LA SEÑAL Y LO SEÑALADO

Primero, esta unión consiste en una continua y mutua concurrencia de la una con la otra, de tal modo que la señal y la cosa señalada son ofrecidas juntas, recibidas juntas en el mismo instante y en la misma acción: la una, externamente; la otra, internamente, si es que tienes una boca en tu alma —que es la fe— para recibirla. Así, en segundo lugar, la unión consiste en un ofrecimiento conjunto y en una recepción conjunta; y esto es lo que llamo una concurrencia. Si me preguntas, entonces, qué tipo de unión hay entre la señal y la cosa señalada, respondo: es una unión relativa, secreta y mística que consiste en una mutua relación.

Hay una cosa que observar aquí, y es que mientras unes estas dos —es decir, la señal y la cosa señalada— debes tener cuidado de confundirlas. Cuídate de convertir el uno en el otro, pero mantén cada uno de ellos en su propia integridad, sin confusión ni mezcla de uno con el otro. Así tienes la unión legal requerida en el sacramento.

LA BENIGNIDAD Y BONDAD DE DIOS

En mi opinión, la principal lección que se puede sacar de todo esto es la de la benignidad y la bondad del Dios eterno que ha inventado tantos modos maravillosos de unión, todo para que podamos estar unidos a Él, y para que esta gran y mística unión entre el Dios de la gloria y nosotros pueda aumentar. Sólo en esta unión consiste nuestro bien, felicidad y dicha en esta vida y en la venidera: que Él es tan cuidadoso de unirse a sí mismo con su Palabra y Sacramentos para que nosotros, en su Palabra y Sacramentos, estemos unidos a Él.

Si fuéramos conmovidos por el cuidado y amor de Dios expresados en estas uniones, aunque fuera muy débilmente de nuestra parte, ciertamente no nos defraudaríamos del fruto de esa feliz unión, ni lo llevaríamos a tal disgusto y desdén como hacemos hoy; porque siguiendo y prefiriendo nuestros propios placeres a Cristo y su consejo, hemos hecho los estómagos de nuestras almas tan sucios e indispuestos que no lo reciben en absoluto, o si lo reciben, no puede quedarse. Y, ¿por qué? Porque un estómago inmundo no es capaz de retener a Cristo, pues inmediatamente lo obstruimos, ya sea con los placeres de la carne o los afanes de este mundo; por eso se ve obligado a partir. Si Cristo no es ni comido ni digerido, no puede hacernos ningún bien, pero esta digestión no puede existir donde no hay un apetito insaciable para recibirlo. Si no estás hambriento de Cristo, Él no está listo para ti. Estoy seguro de que si todos en este país fuéramos examinados por este parámetro —a saber, que nadie puede recibir a Cristo si no tiene un estómago hambriento de Él— pocos se encontrarían para recibirlo. Me temo que hemos tomado tal repugnancia y desdén por ese manjar celestial, que no hay tal cosa como hambre o apetito por él en nuestras almas.

NUESTROS PECADOS NOS ROBAN EL APETITO POR CRISTO

¿Cuál es la causa de esto? Te la diré. Aunque hemos renunciado a la idolatría corporal y grosera en que fueron ahogados y sumergidos nuestros padres, y que en algunas partes los hombres aún pretenden instaurar, sin embargo, como atestigua nuestra forma de vivir en este país y el comportamiento de cada uno de nosotros, no hay ni un hombre que haya renunciado a ese ídolo condenable que tiene en su propia alma, o a la idolatría invisible que tiene en su propio corazón y mente. Todo hombre sigue dando

su servicio al ídolo que tiene desde su misma concepción y nacimiento, y al que es adicto y esclavo de sí. No te sorprendas, pues, cuando hayas rendido tu servicio, entregado tu afecto y derramado tu corazón a ese placer tuyo, tu ídolo, tu propia lujuria y maldad, no te sorprendas, entonces, si no tienes apetito por Cristo, o por la comida celestial. Cuando has derramado tu alma en alguna villanía y maldad, y la has enviado lejos, ¿cómo puedes recuperarla y traerla de nuevo a casa para emplearla donde debes, en Cristo Jesús?

Por tanto, que cada uno, a su nivel, piense en su propio ídolo que se aloja dentro de su corazón, y luche por deshacerse de él, de lo contrario no podrá ver el rostro de Cristo para ser partícipe de su reino. No existe otra lección en el cristianismo que esta, la primera y última lección: despójate de tu lujuria y afectos cada vez más para renunciar a ti mismo y así abrazar a Cristo. Concedo que hay más progreso en unos que en otros. Algunos aprovechan menos en esto, y otros más; pero a menos que en alguna medida se despojen de ustedes mismos y de lo que tengan por más precioso a sus propios ojos, para venir a Cristo, no son dignos de Él. Esto es muy difícil de hacer. Es muy fácil pedirle a un hombre que renuncie a su propio ídolo, lo que yo llamo su afecto, pero no se hace tan pronto. Seguramente, el más fuerte debe entrar para expulsar estos afectos; sí, uno más fuerte que el diablo debe entrar para expulsar al diablo, que hace su residencia en los afectos. De otra manera, él estará ahí para siempre. No hay muchos, por tanto, que hayan renunciado a sí mismos. Examina tu propio corazón cuando quieras: si hay algo en el mundo que amas mejor que a Cristo; si no estás listo para dejar a padre y madre, esposa e hijos, o lo que sea más preciado para ti en este mundo, por causa de Cristo, no eres digno de Él. ¿Es esto un asunto de menor importancia? Si no hay parte o poder de nuestras almas que se oponga y reaccione contra esta unión celestial, ¿es cosa fácil desechar y renunciar a nosotros mismos, por causa de Cristo? No hay

nada más grande como llegar a conocer esto; no ha entrado en todos los corazones considerar esto, porque esta obra de una nueva creación es diez mil veces mayor que la obra de nuestra primera creación.

LAS ARTIMAÑAS DEL DIABLO

Por tanto, es muy necesario que cada hombre preste atención a sí mismo porque el diablo es tan astuto en esto, que siempre está erigiendo algún ídolo u otro en nuestras almas, y a veces bajo la apariencia de virtud, que es lo más peligroso de todo. En toda obra que emprendamos, incluso la más sagrada, está a nuestra diestra y se interesa por ella. No se contenta con engañarlos bajo el disfraz de la virtud, pues está tan alerta que incluso en sus mejores momentos, cuando están ocupados en sus actos más virtuosos, los mezcla con los pecados, y hace todo lo posible para que pierdan su ganancia y pierdan su recompensa. Porque cuando están mejor ocupados, busca engendrar una alta opinión de ustedes mismos y así despojar a Dios de su gloria. O, por el contrario, los hace tan flojos y negligentes en las buenas obras, que, si las hacen, las hacen con mezquindad y con tal falta de discernimiento, que llegan a preocuparse principalmente de lo de menos importancia, y dejan las cosas más importantes hasta el final, como Marta. Ella estaba atareada y tan ocupada con esas cosas que no son tan necesarias como las cosas de las que María estaba ocupada, porque ella debería haber preferido primero el oír la Palabra, a la preparación de la cena de Cristo.

Esto no es más que para darte una idea de la astucia del diablo, que o bien nos da una falsa opinión de nosotros mismos al hacer el bien, o bien nos hace hacer de último lo que debería ser primero, o nos hace en conjunto tan perezosos y negligentes que hacemos la obra del Señor fría-

mente. Así, de una forma u otra, siempre está obrando con nosotros, de modo que no podemos estar lo suficientemente vigilantes a medias. Tenemos que lidiar con principados y poderes, con malicia espiritual que está arriba de nosotros, e incluso dentro de nosotros, porque no hay hombre que tenga corrupción en su interior, sin que satanás esté en él también. No podemos, pues, estar suficientemente vigilantes, esforzándonos siempre por echar fuera al demonio, por renunciar a nosotros mismos y por someternos a la obediencia de Cristo. Hasta aquí, nuestra unión y conjunción con Cristo.

IV. CÓMO LA SEÑAL Y LA COSA SEÑALADA SON DADAS

Ahora bien, viendo que la señal y la cosa señalada son diversas, queda por considerar cómo ambas son dadas y en qué modo son recibidas. Aquí tenemos que considerar las siguientes interrogantes: (1) primera, si la señal y la cosa señalada te son dadas por el mismo hombre o no; (2) segunda, si te son dadas en una acción o no; (3) tercera, si ambas son dadas por un instrumento o no; (4) cuarta, si la señal y la cosa señalada son ofrecidas y recibidas del mismo modo, o no.

Después de haber considerado todas estas cosas, encontrarás al final: primero, que la señal y la cosa señalada no son dadas por una persona; segundo, que no son dadas en el mismo tipo de acto; tercero, encontrarás que no son ofrecidas y dadas por un instrumento; y cuarto, que no son dadas ni recibidas del mismo modo. Por tanto, en vista de la diversidad, deberías notar la diversidad entre los oferentes y los dadores, la diversidad entre las acciones, la diversidad entre los instrumentos, y los diversos modos de recibir. Toma nota diligentemente de todo esto, y encontrarás poca dificultad en comprender los sacramentos.

(1) Primero, déjenme aclararles que la señal y la cosa señalada por la señal no son dadas por un hombre. Esto lo ven claramente por ustedes mismos. En cuanto a la señal, el pan y el vino, es el ministro quien se los ofrece; él les da el sacramento. Como la señal es una cosa terrenal y corporal, es un hombre terrenal y corporal quien la da. La cosa señalada, sin embargo, es de otra naturaleza, porque es una cosa celestial y espiritual; por tanto, esta cosa espiritual no es dada por un hombre terrenal; esta cosa incorruptible no es dada por un hombre natural y corruptible. Pero Cristo Jesús ha encerrado y reservado el ministerio de esta cosa celestial para Él solo.

Por tanto, hay dos dadores en este sacramento, Cristo Jesús, el Mediador, da la cosa celestial en este sacramento. Porque Cristo, para dar la cosa terrenal, no usa su propio ministerio inmediatamente, o el ministerio de un ángel, sino solamente el ministerio de un hombre terrenal. Y en cuanto a la administración de su propio cuerpo y sangre, tampoco se lo dará a ninguna criatura celestial, ni mucho menos a un hombre terrenal, sino que guarda para sí este ministerio, y dispensa su propio cuerpo y sangre a quien y cuando le place. ¿Por qué? Si cualquier hombre en el mundo tuviera poder para dar el cuerpo y la sangre de Cristo, sin duda tendría poder para limpiar el corazón y la conciencia —porque la sangre de Cristo tiene este poder con ella— y consecuentemente tendría poder para perdonar pecados.

Ahora bien, solo Dios puede perdonar los pecados, y por lo tanto no es posible que el ministerio de lo celestial esté en poder de ningún hombre. Tenemos un ejemplo en Juan el Bautista (Mt. 3:11). ¿No dice él: «El ministerio que yo tengo es del elemento; se me ordena administrar el elemento del agua solamente, pero Cristo se ha reservado el ministerio del fuego y del Espíritu»?

No piensen, por tanto, que recibirán el Espíritu a manos de los hombres; lo recibirán de la mano de Cristo mismo solamente. Sin este ministerio interior, el ministerio exterior no vale nada. Porque, aunque mi ministerio exterior fuera el ministerio de un ángel, y aunque Cristo estuviera presente en la carne para ministrarles estas cosas exteriores, si Él no le uniera el ministerio interior de su Espíritu, de nada serviría. Bien puede ser causa de acusación y juicio contra ustedes en el día de esa asamblea general, pero nunca servirá para su salvación. Por lo tanto, deben orar siempre para que el Señor riegue sus corazones con su Espíritu Santo, así como riega sus oídos al oír la Palabra.

(2) Hay, entonces, dos oferentes, dos personas que ofrecen y dan el sacramento, y la cosa señalada por el sacramento; por tanto, estas dos son ofrecidas y dadas en dos acciones. Cristo, que es la cosa celestial, les es ofrecido y dado por una acción interior, secreta y espiritual, que no está sujeta al ojo externo. La señal, de nuevo, es ofrecida por el ministro y dado en una acción externa de un modo corporal y visible.

(3) Como hay dos tipos de acción, entonces, hay dos tipos de instrumentos con los cuales la señal y la cosa señalada son ofrecidos; porque la cosa señalada, que es Cristo, nunca es ofrecida a la boca de mi cuerpo; la sangre de Cristo, la carne de Cristo, el Cristo completo, o el Espíritu de Cristo, no se ofrecen ni en la Palabra ni en el sacramento a la boca de mi cuerpo. Muéstrame algún pasaje en la Biblia donde se encuentre otra forma de recibir a Cristo que no sea por la fe. Como les dije, no hay instrumento, ya sea de mano o de boca, por el cual podamos asirnos de Cristo, sino sólo la fe. Así como Cristo, que es la cosa señalada, es captado por la mano y la boca de la fe, así la señal, que representa a Cristo, es captada por nuestra propia boca y mano naturales. Tienen una boca en sus caras, y en sus cuerpos, que

es el instrumento adecuado para apropiarnos de la señal; por tanto, la fe es el instrumento adecuado para apropiarnos de Cristo. Por eso, la señal y la cosa señalada son ofrecidas y dadas no sólo por un instrumento, sino por dos, el uno la boca del cuerpo, y el otro la boca del alma.

(4) Ahora, veamos cómo estas cosas son ofrecidas y dadas, en la misma forma en que son recibidas. Como la señal es corporal y naturalmente ofrecido a un instrumento corporal, por tanto, es recibido de forma natural y corporal, porque debes tomar el pan y el vino ya sea con tus manos o con tu boca. Sin embargo, la cosa señalada no es tomada de una forma corporal, sino de una forma secreta y espiritual. Es tomada en la misma forma en que es ofrecida. No puede haber algo más claro que esto: la una es tomada de forma natural, la otra de una forma secreta y espiritual.

Por eso, esto es lo que tienen que hacer: distinguir entre la acción externa e interna, entre la señal y la cosa señalada, y mantener una proporción y analogía entre las acciones externas e internas. Puedes estar completamente seguro de que, si eres creyente, Cristo está obrando arduamente en lo interno de tu alma, como el ministro está obrando exteriormente con respecto a tu cuerpo. Observen cuán afanado está el ministro partiendo el pan, vertiendo el vino y sirviéndoles el pan y el vino. Cristo está igual de afanado, partiendo su propio cuerpo para ustedes, dándoles la esencia de su propio cuerpo de una forma espiritual e invisible. Preserven entonces esta distinción y pueden estar seguros de que, por la fe, Cristo está tan plenamente ocupado nutriendo sus almas, así como el ministro lo está exteriormente con sus cuerpos. Guarda esto y tendrás todo el sacramento.

De esto que hemos dicho, se sigue que el sacramento consiste en dos o una doble forma. Consiste en dos tipos de materia, es decir, *una terrenal y una celestial:* la señal y la cosa señalada. Y así como hay una doble materia en el sa-

cramento, entonces, el sacramento debe ser ministrado de doble forma, por una acción externa y por una acción interna. Preserven esta distinción entre la señal y la cosa señalada, y no te confundirás fácilmente en la comprensión del sacramento.

LA PALABRA EN EL SACRAMENTO ES TANTO UN MANDATO Y UNA PROMESA

Hasta ahora, todo lo que hemos dicho se refiere a los elementos, pero aparte de esas consideraciones generales, queda por decir algo sobre la Palabra, que llamo la otra parte del Sacramento. Quiero decir y entiendo por «la Palabra», a la que se unen los elementos, aquello que vivifica, lo que suple como si fuera un alma, por así decirlo, y da vida a toda la acción. Porque por la Palabra y el nombramiento de Cristo en la Palabra, el ministro sabe cuál es su parte, quien escucha sabe cuál es su parte, y cada uno está preparado para su acción apropiada: el ministro para dar, y quien escucha para recibir. La institución de Cristo es la que vivifica toda la acción, porque toda la acción deriva su garantía de la institución establecida en su Palabra.

Hay dos cosas a considerar en la institución de Cristo: *un mandato y una promesa.* El mandato lo encontrarán en sus palabras: «Toma, come». El mandato demanda y requiere obediencia. También hay una promesa en la institución, y está contenida en estas palabras: «Este es mi cuerpo». Así como el mandato requiere obediencia, la promesa requiere creer. Entonces, no vengas al sacramento a menos que vengas en fe y obediencia. Si no vienes con un corazón dispuesto a obedecer a Cristo, al menos más de lo que has estado acostumbrado a hacer, vienes a tu propio juicio. Y si traes un corazón vacío de fe, también vienes a tu propio juicio. Por tanto, que todo el que venga al sacramento traiga

con él un corazón determinado a hacerlo bien, esto es, a obedecer y creer a Cristo mejor que en el pasado. A menos que traigas estas dos en alguna medida, no vengas al sacramento, porque de nada aprovecha lo que sea que hagas apartado de la fe. Hasta aquí, pues, brevemente, la Palabra.

¿POR QUÉ EL SACRAMENTO ESTÁ UNIDO A LA PALABRA?

Ahora se preguntarán: «¿Qué necesidad hay de que el sacramento y los sellos estén unidos a la Palabra? ¿Por qué se unen, si en el Sacramento no recibimos más de lo que recibimos en la Palabra? ¿Obtenemos lo mismo en la mera Palabra que en el sacramento?» Viendo, pues, que no obtenemos nada nuevo en el sacramento, sino lo mismo que obtenemos en la mera Palabra, ¿por qué se designa el sacramento para ser unido a la Palabra? Es cierto que no obtenemos nada nuevo en el sacramento; no obtenemos en el sacramento nada distinto de lo que obtenemos en la Palabra. Pues, ¿qué más pedirías que recibir realmente al Hijo de Dios mismo? Tu corazón no puede desear ni imaginar un regalo más grande que el Hijo de Dios, quien es el Rey del cielo y la tierra. Por tanto, digo, ¿qué cosa nueva tendrías? Si lo tienes a Él, tienes todas las cosas con Él. ¿Por qué, pues, se designa el sacramento? No para que se obtenga algo nuevo, sino para que se obtenga lo mismo pero mejor de lo que lo tenías en la Palabra.

> (1) El sacramento está designado para que podamos tener una mejor comprensión de Cristo que la que tenemos en la mera Palabra, para que podamos poseer a Cristo en nuestros corazones y mentes más plena y ampliamente de lo que lo hacíamos antes con la simple Palabra. Que Cristo pueda tener más lugar para residir en nuestros corazones estrechos de lo que podría

tener al escuchar la mera Palabra, y que podamos poseerlo más plenamente, es algo mejor. Aunque Cristo es el mismo en Sí mismo, cuanto mejor lo tengas, más seguro estarás de su promesa. Los sacramentos son designados para que pueda tenerlo a Él plenamente en mi alma, para que pueda tener ampliados los límites de esta, y para que haga mejor residencia en mí. Esta, sin duda, es la razón por la que los sellos están unidos a la evidencia de la mera Palabra.

(2) Los sacramentos también sirven para sellar y confirmar la verdad que está en la Palabra. El oficio del sello unido a la evidencia no es para confirmar ninguna otra verdad que la que está en la evidencia. Aunque hayan creído en la evidencia antes, empero, por los sellos, la creen mejor. Pero, con todo, los sacramentos no te aseguran otra verdad que la contenida en la Palabra. Sin embargo, debido a que es un sello adjunto a la Palabra, te persuade mejor de su verdad, porque cuanto más se despiertan los sentidos externos, tanto más se persuaden a creer el corazón y la mente internos.

Ahora bien, el sacramento despierta todos los sentidos externos, como los ojos, la mano, y todos los demás; y cuando los sentidos externos son conmovidos, no hay duda de que el Espíritu Santo, concurriendo a ello, conmueve aún más el corazón. Los sacramentos están, por tanto, unidos a la Palabra, para sellar la verdad contenida en la Palabra, y confirmarla aún más y más en tu corazón. La Palabra está designada para obrar la fe, y los sacramentos para confirmarte en esta fe, pero a menos que sientan la verdad de esto interiormente en su corazón, a menos que tengan sus corazones tan preparados como sus bocas, no piensen que les servirá de nada.

Todos los sellos del mundo no funcionarán a menos que el Espíritu de Dios concurra y selle la misma verdad en tu corazón, esa verdad que el sacramento sella externamente; a menos que Él aclare la vista de tu mente interiormente, y obre un sentir en tu corazón, la Palabra y el sacramento perderán sus frutos y efectos que deberían tener. Las Escrituras están llenas de esto. Toda la divina Escritura no es para ti más que «letra que mata», a menos que el Espíritu de Dios concurra a vivificar interiormente. Así, todo su empeño debe consistir en esforzarse por sentir a Cristo vivo en sus corazones para que, encontrándolo en sus corazones y viéndolo en sus mentes, tanto la Palabra como los sacramentos sean eficaces. De lo contrario, sus almas permanecerán muertas y no podrán ser trasladadas de la muerte en que fueron concebidas. Por tanto, toda la preocupación de los cristianos debe ser, cuando ven los sacramentos y escuchan la Palabra, encontrar y sentir en sus corazones y mentes lo que oyen y ven. A esto me refiero cuando te hablo de encontrar a Cristo vivo en tu propia alma, lo cual no puede suceder a menos que santifiques su morada; pues si todos los recovecos de tu alma siguen siendo un muladar, Cristo no puede habitar allí. Por tanto, a menos que se esfuercen por santificarse continuamente, y se separen de todo lo que los separa de Cristo, no es posible que Él viva o more en ustedes.

NUESTRA FE, FORTALECIDA; NUESTRA DEBILIDAD, ASISTIDA

Y lo anterior es imposible llevarlo a cabo a menos que, como he dicho, uno más fuerte venga y nos posea, y nos haga renunciar a nosotros mismos. Así, los sellos se han anexado a la Palabra sólo por nuestro bien, porque Dios por su parte no tiene necesidad de jurar ni de confirmar con sellos lo que ha dicho. Su Palabra es tan buena como cualquier juramento o sello; pero es necesario para nuestro bien. Tan

grande es la debilidad en nosotros, que cuando ha jurado y puesto su sello a su propia Palabra, estamos tan lejos de creer como si nunca hubiera pronunciado una Palabra. Por tanto, para ayudar a nuestra fe, a nuestra inherente debilidad e incapacidad —porque somos tan incapaces por naturaleza de creer en nada que no sea de nosotros mismos, y cuanto más nos apoyamos en nosotros mismos, más lejos estamos de Dios—, para ayudar a esta asombrosa debilidad en la que estamos dispuestos a desconfiar de Dios en cada palabra, Él ha anexado sus sacramentos a su Palabra; y junto con sus sacramentos, jura las cosas que más conciernen a nuestra salvación —como oímos con respecto al sacerdocio de Cristo, en el Salmo 110:4—. Dios no sólo habla; Él jura, pero es por el bien de nuestra debilidad e inestabilidad. Sin embargo, si aparta el ministerio de su Espíritu, todos estos medios no nos servirán de nada.

¿CÓMO SE PUEDE HACER INEFICAZ EL SACRAMENTO?

La última pregunta para considerar es: ¿Cómo se pervierte el sacramento y cómo se nos despoja de su fruto y efecto? Dos tipos de errores pervierten los sacramentos y nos despojan de su uso y provecho. Estos son errores, ya sea con respecto a la fórmula o con respecto a la persona. Con respecto a la fórmula: si esta forma esencial es destruida, no obtendremos nada, porque cuando el sacramento es despojado de su forma esencial, ya no es un sacramento. Hay una fórmula esencial en el Bautismo, y una fórmula esencial en la Cena. Si son quitadas, pierdes el uso del sacramento. La fórmula esencial del Bautismo es: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Deja fuera a uno de estos tres, o hazlo solamente en el nombre de uno, y perderás la fórmula esencial del Bautismo.

En la Cena del Señor, si se deja fuera la más mínima ceremonia, se pierde la fórmula esencial y por tanto no es Sacramento. En cuanto a la fórmula esencial, diría que los papistas la conservan en el bautismo, aunque han traído sus propias nimiedades y las han mezclado con el Bautismo; pero puesto que conservan la fórmula sustancial, no es necesario que los que estaban bautizados bajo ellos deban ser rebautizados. Si, en efecto, la virtud de la regeneración brotara de la persona, sería algo para tener en cuenta; pero como Cristo mismo da la regeneración a quién y cuándo quiere, mientras se conserve la fórmula esencial, no es necesario que este sacramento sea reiterado.

Ahora bien, ¿cuáles son los errores en la persona que pervierte el sacramento? El error puede ser respecto a la persona dadora, o en la persona receptora —no hablo de aquellos errores comunes, sino de aquellos que descalifican a la persona dadora de ser un dispensador del sacramento, y aparta el oficio de él—. Por tanto, cuando la persona dadora es descalificada, en este modo, no hay sacramento sin lugar a duda. De nuevo, el error puede estar en la persona receptora. Si sus hijos no están en el Pacto, sino que están fuera de él, no se les da el sacramento. En cambio, si los padres entran posteriormente en el Pacto, los hijos pueden recibirlo, aunque hayan sido engendrados fuera del Pacto. De manera similar, en la Cena del Señor, si un hombre viene con alguna carga de pecado sin tener la intención de arrepentirse de los pecados con los que está cargado, no debe recibirla. Por tanto, si no tienen la intención de arrepentirse, pierden el sacramento. Sólo esta intención de arrepentimiento me permite al recibir el sacramento, recibir también su fruto y efecto. Por tanto, todo el que viene al sacramento, debe examinar la intención de su corazón. ¿Tienes la intención de derramar sangre, de continuar en la prostitución o de cometer cualquier otro vil pecado que haya en tu corazón y no estás resuelto a arrepentirte? Al mostrarte sin arrepentimiento, te

muestras sin fe, y en consecuencia llegas a tu condenación, y no a tu salvación. Examina, entonces, la intención de tu corazón, porque si con una vida disoluta tienes un propósito disoluto, llegas a tu condenación.

Tenía la intención de hablar más particularmente de este sacramento, pero como el tiempo se ha ido y algunos de ustedes sin duda deben comulgar, añadiré sólo esto: recuerden que no deben conducirse a la Mesa a menos que sus corazones se encuentren de alguna forma preparados. El primer paso en la preparación es la contrición, aflicción por el pecado, un sentir de tus propios pecados, en los cuales has ofendido a un Dios lleno de gracia. Si eres capaz, como aquella mujer, de lavar los pies de Cristo con las lágrimas de un corazón contrito, de besarlos humildemente y de asirlos, aunque no te atrevas a presumir tan alto como para asir a Cristo completamente, estás en un estado mental apropiado. Pero si te faltan todas estas cosas, si no las tienes en ninguna medida, no estás preparado en absoluto. Por tanto, que nadie venga a esta Mesa si no las tiene al menos en alguna medida. Pero donde hay disgusto por el pecado, una intención de hacer algo mejor, un dolor sincero y un anhelo de recibir lo que deseas, entonces, en esa alma donde Dios ha puesto este deseo por Cristo, el Espíritu de Dios está obrando, y Cristo entrará.

Por lo tanto, aunque esa alma esté lejos de lo que debería estar, que no se niegue a ir a la Mesa del Señor, sino que vaya profesando su propia enfermedad y debilidad, y con el deseo de lo que busca. Que cada uno de ustedes que se encuentre dispuesto de esta manera, vaya en el nombre de Dios a la Mesa del Señor. Que el Señor obre esto en cada uno de sus corazones, para que este ministerio sea eficaz en ustedes en este tiempo, por el justo mérito de Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria, ahora y por todos los siglos. Amén.

2

La Cena del Señor en particular Parte 1

Porque yo recibí del Señor lo que también os he entregado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan...

1 Corintios 11:23

En nuestra última sesión, amado en Cristo Jesús, terminamos nuestra consideración de los sacramentos en general; ahora debemos pasar a considerar el sacramento de la Cena del Señor en particular. Para que puedas conocer mejor y considerar las grandes riquezas contenidas en este sacramento de la Cena del Señor, trataré, según Dios me dé la gracia, de poner delante de ti algunas cosas para hacer su entendimiento más fácil.

I. Primero, los nombres que se le dan al sacramento en la Biblia, y algunos nombres que también le dieron los Padres.

II. Segundo, el fin principal y las razones por las que el sacramento fue instituido y designado por Cristo Jesús.

III. En tercer lugar, las cosas contenidas en el sacramento: cómo estas están unidas, cómo son dadas, y cómo son recibidas.

IV. Por último, responderé a ciertas objeciones que pueden oponerse a esta doctrina, y, según Dios me dé gracia, las refutaré, y así terminaré mi labor.

I. DISTINTOS NOMBRES DADOS AL SACRAMENTO

1. EN LA ESCRITURA

Encontramos varios nombres dados al sacramento de la Cena en el Libro de Dios, y cada uno lleva consigo una razón especial.

(1) Encontramos que este Sacramento es llamado «el cuerpo y la sangre de Cristo». Sin duda, se le da este nombre porque es un nutriente celestial y espiritual; contiene una comida para el alma que es capaz de alimentar y edificar el alma para la vida espiritual, para la vida eterna. Por tanto, es llamado «el cuerpo y la sangre de Cristo».

(2) Es también llamado «la Cena del Señor» para distinguirlo de la cena común. Esta es la Cena del Señor: *una santa Cena*, no una profana y común, sino una designada para el crecimiento de la santidad, para la comida del alma en santidad, para alimentar el alma para la vida eterna. No es una cena designada para el cuerpo físico, porque el Señor había terminado aquella cena para el vientre antes de comenzar esta Cena que estaba destinada para el alma; una «Cena» llamada así sin duda porque fue instituida en el tiempo en que solían cenar.

(3) Es también llamada en la Biblia «la Mesa del Señor». No es llamada el «altar» de la Cena, sino que el apóstol la llama una *Mesa* para sentarse y no un altar para estar de pie; en otras palabras, una mesa para tomar y recibir, y no un altar para ofrecer y presentar.

(4) Es también llamada «la comunión y participación del cuerpo y la sangre de Cristo».

Estos son los nombres dados a ella, junto con algunos otros, en las sagradas Escrituras.

2. EN LOS PADRES

Los Padres de las iglesias latinas y griegas le dieron varios nombres por distintas razones. Le llamaron «un acto público», y este era un nombre muy general. Algunas veces le llamaron «acción de gracias», y a veces «un banquete de amor»; algunas veces le dieron un nombre, y en ocasiones otro; y finalmente, en el estado declinable de la Iglesia latina y el estado caído de la Iglesia de Roma, este sacramento empezó a pervertirse. Con este declive llegó un nombre perverso, y lo llamaron «misa». Se complican mucho con la procedencia de este nombre: a veces lo derivan de una fuente hebrea, a veces de una griega, y a veces de una fuente latina. Juzgando por el sonido de la palabra, es claro que se deriva del latín. Es una palabra que podría haber sido tolerable cuando se instituyó por primera vez, pues sin duda el sacramento en la primera institución de esta palabra no estaba totalmente pervertido. Pero ahora, en el progreso del tiempo, la corrupción ha ido tan lejos que el sacramento se volvió un sacrificio. Nos hacen dar a Dios en vez de recibir de la mano de Dios. Esto es simple idolatría; por tanto, aunque la palabra fuera tolerable antes, no puede seguir siendo tolerada nunca más.

No tengo duda de que, si hubiéramos comido y bebido el cuerpo y la sangre de Cristo en nuestras almas tantas veces como hemos comido el pan y bebido el vino, que son señales de su cuerpo y de su sangre, nunca hubiéramos permitido que esta palabra «misa», y mucho menos su celebración, fuera tan común en este país. Pero debido a que sólo hemos actuado como hipócritas, y despojado nuestras almas del cuerpo y la sangre de Cristo, y tomado solo el sacramento externo, nuestro celo decae, y también nuestro conocimiento y luz decaen. A falta de verdadero celo, amor y conocimiento, se han acostumbrado a lo que resulta de abusar de la palabra «misa», y no solamente de la palabra, sino de su presente celebración. No seguiré con esto, sino que sólo quiero decirles lo que se deriva de la escucha de la palabra, y qué juicios se siguen de este abuso en la recepción de los sacramentos.

3. EL PROPÓSITO DEL SACRAMENTO

Procedo a hablar de los fines para los cuales el sacramento fue designado.

(1.) El primer fin para el cual el sacramento fue instituido en las señales del pan y el vino, es que fue designado principalmente para representar nuestro alimento espiritual, el alimento completo y perfecto de nuestras almas. Así como al que tiene pan y vino no le falta nada para la plena nutrición de su cuerpo, así, al que toma del cuerpo y de la sangre de Cristo no le falta nada para la plena y perfecta nutrición del alma. Para representar este completo y perfecto alimento, las señales del pan y el vino en el sacramento fueron ordenados e instituidos.

(2.) El segundo fin para el cual el sacramento fue instituido fue este: para que demos testimonio al

mundo y a los príncipes del mundo que son enemigos de nuestra profesión, para que abiertamente les declaremos y testifiquemos nuestra religión y manera de adorar, en la cual declaramos y adoramos a Cristo, y para que también testifiquemos nuestro amor hacia sus miembros, nuestros hermanos.

(3.) El tercer fin para el cual fue instituido es este: para servirnos como un especial consuelo y alivio, para servirnos como una soberana medicina para todas nuestras enfermedades espirituales, cuando nos encontramos listos para caer, o provocados a caer por el diablo, la carne o el mundo; o, una vez caídos y puestos en lucha por el demonio, buscamos vanamente escapar lejos de Dios. Dios en su misericordia y su infinita e inescrutable compasión, ha puesto este sacramento como una señal en lo alto de una colina, para que sea visto por todos lados, lejos y cerca, como un recuerdo para todos aquellos que se han escapado vergonzosamente; y los rodea como la gallina al pollo para reunirlos bajo las alas de su infinita misericordia.

(4.) El cuarto fin para el cual el sacramento fue instituido fue este: que en esta acción podamos dar gracias a Dios de todo corazón por sus beneficios, y ya que ha descendido tan familiarmente hasta nosotros, ha inclinado los cielos, por así decirlo, y nos ha dado el cuerpo y la sangre de su propio Hijo, para que le demos gracias de corazón y santifiquemos así sus beneficios para nosotros. Para esta acción de gracias se instituyó también este sacramento.

Hasta aquí, en pocas palabras, los fines para los que fue instituido el sacramento.

III. LAS COSAS CONTENIDAS EN EL SACRAMENTO

Hablaré ahora de las cosas contenidas en el sacramento. Ven con sus ojos que hay cosas corporales, cosas visibles, como el pan y el vino. Las hay también escondidas del ojo de tu cuerpo, pero presentes al ojo de tu mente, cosas espirituales, cosas celestiales e internas. Ambas, están en el sacramento.

Las cosas corporales, visibles y externas están designadas para representar las espirituales, celestiales e internas. ¿Por qué? Todo tiene una razón. Estas señales corporales son designadas para representar las cosas espirituales porque son corporales; somos terrenales en el cuerpo, tenemos nuestra alma alojada dentro del cuerpo carnal, un tabernáculo de barro, un riguroso tabernáculo que no puede ser movido o despertado excepto por las cosas que son como él mismo. No puede ser llevado a la consideración de las cosas celestiales, sino por medio de las cosas burdas, temporales y corporales. Si hubiésemos sido de la naturaleza de la cosa señalada, esto es, espiritual y celestial, hubiéramos sido siempre espirituales y celestiales y, por tanto, no hubiéramos necesitado de una cosa corporal. De nuevo, si la cosa señalada hubiese sido como nosotros, es decir, corporal, terrenal y visible, no habríamos necesitado una señal que nos llevara a considerarla. Pero debido a que la cosa señalada es espiritual y nosotros somos corporales, por tanto, para traernos a la vista estas cosas espirituales, Dios usa medios corporales y una señal externa. Esta es la razón por la que estas señales corporales son designadas para representar las cosas espirituales.

La cosa espiritual en ambos sacramentos es una y la misma, a saber: Cristo Jesús, representado en ambos sacramentos, pero de maneras distintas. Él es la cosa señalada en el Bautismo, y también en la Cena. Este Cristo Jesús, princi-

palmente en su sangre, es la cosa señalada en el sacramento del Bautismo. ¿Por qué? Porque por su sangre Él limpia la suciedad de nuestras almas; porque por la virtud de su sangre Él nos aviva en nuestras almas con una luz celestial; y porque por el poder de su sangre Él nos injerta y nos une a su Cuerpo. Por esto, el sacramento es un testimonio de la remisión de pecados, es decir, de la limpieza de nuestras conciencias, del hecho de que nuestras conciencias son lavadas internamente por su sangre. Asimismo, testifica de nuestro nuevo nacimiento, de que hemos sido engendrados en una vida celestial. Testifica aún más de nuestra unión con el Cuerpo de Cristo. Es tanto un sello como un testimonio: no sólo testifica, sino que sella esto en nuestros corazones, y hace que nuestros corazones prueben la vida celestial preparada para nosotros, es decir, ese hecho de que somos trasladados de la muerte en la cual fuimos concebidos y somos ahora insertados en el Cuerpo de Cristo. Nótese, pues, que Cristo en su sangre es la base de nuestra regeneración, y por tanto la cosa señalada en el Bautismo.

En el sacramento de la Cena, por otro lado, el mismo Cristo es la cosa señalada, aunque en otro aspecto, a saber: en que su cuerpo y sangre sirven para alimentar nuestra alma para la vida eterna, pues este sacramento no es nada más que la imagen de nuestra nutrición espiritual; porque en él, por la figura del alimento corporal, Dios testifica cómo nuestras almas son alimentadas y nutridas para la vida celestial. Así, de diferentes maneras, la misma realidad —Cristo Jesús mismo— es señalada en el Bautismo y en la Cena. En este sacramento tenemos los frutos de la muerte de Cristo, de los cuales hablé; la virtud de su sacrificio, la virtud de su pasión. No llamo a estos frutos y virtudes por sí solos la cosa señalada en el sacramento de la Cena; la cosa señalada la llamo más bien la sustancia, y la persona de cuya sustancia fluyen y proceden esta virtud y estos frutos.

Concedo, y sin duda es cierto, que por el correcto uso y participación del sacramento participas de todos estos frutos; sin embargo, los frutos mismos no son lo primero y primordial de la participación en el sacramento. Por encima de todo, debes obtener algo más. Es verdad que ningún hombre puede participar de la sustancia de Cristo sin al mismo tiempo participar también de los frutos que se derivan de su sustancia. Sin embargo, tienes que discernir entre la sustancia y los frutos derivados de la sustancia, y debes participar de la sustancia en primer lugar. Luego, en segundo lugar, debes participar de los frutos que derivan de su sustancia. Permítanme aclararles. En el Bautismo, los frutos del sacramento son la remisión de pecados, mortificación, la masacre del pecado, y el sello de nuestra adopción para la vida eterna. La sustancia de la cual derivan estos frutos es la sangre de Cristo. Por tanto, debes, por necesidad, distinguir entre la sangre, que es la sustancia, y la remisión de pecados, el lavado y la regeneración, que son los frutos que fluyen de su sangre. Asimismo, en el sacramento de la Cena, los frutos del sacramento son el aumento de la fe y el crecimiento en santidad. La cosa señalada es la sustancia, es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo, de la cual procede este crecimiento en la fe y santidad.

Ahora bien, ¿no ven que deben diferenciar entre la sustancia y los frutos, y deben colocar a la sustancia en primer lugar para que la sustancia de Cristo, que es Cristo mismo, sea la cosa señalada en el sacramento? Su propia experiencia lo hace más claro para ustedes. Antes de que tu estómago sea llenado con cualquier alimento, debes primero comer la sustancia del alimento. Antes de que te llenes con pan, debes primero comer la sustancia del pan. Antes de que tu sed sea saciada con cualquier bebida, primero debes necesariamente beber la sustancia de la bebida. De la misma manera, antes de que el hambre de tu alma sea satisfecha y tu sed saciada, debes primero comer la carne de Cristo y beber su sangre,

y esto por fe. Intenta, entonces, comprender lo uno a través de lo otro. Considera el uso del pan y el vino para el cuerpo; el cuerpo y la sangre de Cristo tienen el mismo uso para tu alma. El mismo Dios que designó que lo uno sirva para tu cuerpo, designó lo otro para que sirva para tu alma.

Piensa en lo imposible que es ser alimentado con comida que nunca llega a tu boca, o recuperar tu salud con medicamentos que nunca se aplican o se consiguen fuera de la botica. Igualmente es imposible para ti que seas alimentado por el cuerpo de Cristo, u obtener sanación por la sangre de Cristo, a menos que primeramente comas su cuerpo y bebas su sangre. Así, pueden ver que la cosa señalada en la Cena del Señor no es tanto los frutos del sacramento como el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús, que es la fuente y sustancia de la cual fluyen y proceden todos estos frutos.

Aún si Cristo, que es la cosa señalada, permanece siendo el mismo en ambos sacramentos, las señales por las cuales este Cristo es representado en los sacramentos no son los mismos, ni son iguales en número. En el Bautismo, la cosa que representa a Cristo es el agua; en la Cena, las cosas que representan a Cristo son el pan y el vino. El agua es designada para representar a Cristo en el Bautismo, porque es lo más apropiado para representar nuestro lavamiento con la sangre de Cristo. ¿Qué es lo mejor para lavar que no sea el agua? Por tanto, no hay nada más adecuado para lavar el alma que la sangre de Cristo. En el sacramento de la Cena del Señor, Él ha designado el pan y el vino, porque no hay nada más apropiado para alimentar el cuerpo que el pan y el vino.

Por eso, el Señor no ha escogido estas señales sin alguna razón. Como las señales en el sacramento no son siempre las mismas, así las señales en los dos sacramentos no son las mismas en número. En el Bautismo, tenemos un elemento; en este sacramento de la Cena, tenemos dos ele-

mentos. Ahora bien, ¿cuál es la razón por la que el Señor ha designado dos señales para un sacramento y sólo una para el otro? Te diré la razón.

Él ha designado un solo elemento en el Bautismo, a saber: el agua, porque el agua es suficiente para todo el acto. Si el agua no hubiese sido suficiente para representar la cosa señalada, Él hubiera designado otra señal, pero puesto que el agua es adecuada y representa completamente el lavamiento de nuestras almas en la sangre de Cristo, ¿qué necesidad tenemos de otra señal? Ahora, en el sacramento de la Cena del Señor no es suficiente una señal, sino que se requieren dos. El vino solo no puede ser suficiente, ni tampoco el pan; porque aquel que sólo tiene el pan o sólo tiene el vino, no tiene una perfecta alimentación corporal. Por ello, para que muestren y representen un alimento perfecto (pues la perfecta comida para el cuerpo consiste en comida y bebida), Dios nos ha dado tanto el pan como el vino para representar la perfecta y completa comida para el alma.

Vean cuán completo y perfecto alimento tiene para su cuerpo el que tiene pan y vino; así, el que tiene a Cristo no le falta el alimento completo y perfecto para su alma. Por tanto, ya ven la razón por la que dos señales fueron designadas para este sacramento y sólo una para el Bautismo.

Quedan dos preguntas más con respecto a estas señales: ¿Qué poder tiene el pan en el Sacramento para ser una señal, más de lo que se usa en las casas comunes? ¿De dónde procede ese poder? Si tiene un poder, ¿cuánto tiempo dura y se mantiene ese poder con el pan?

EL PODER DADO POR CRISTO AL PAN

Primero, permítanme hablar del poder que tiene este pan respecto a otro pan. Este pan tiene un poder dado por Cristo y su institución, por el cual está designado para sig-

nificar su cuerpo, para representar su cuerpo y para dar su cuerpo. Este pan tiene un poder derivado de Cristo y su institución, que otro pan común no tiene. Por tanto, si al momento en que el ministro en esta acción parte o reparte el pan, vierte y reparte el vino, alguno de ustedes pregunta: «¿Qué tipo de cosas son esas?», la respuesta es: son cosas sagradas. Este es el nombre que debes darle a las señales y sellos del cuerpo y la sangre de Cristo. El pan del sacramento es un pan santo, y el vino es un vino santo. ¿Por qué? Porque la bendita institución de Cristo los ha separado del uso que anteriormente se les daba, y les ha aplicado un santo uso no sólo para alimentar el cuerpo, sino para alimentar el alma. Hasta aquí el poder de este pan: tiene un poder que deriva de Cristo y de su institución.

¿POR CUÁNTO TIEMPO CONSERVA EL PAN ESTE PODER?

La segunda pregunta es esta: ¿Cuánto tiempo permanece este poder con el pan? ¿Cuánto tiempo tiene el pan este oficio? En una frase: este poder permanece con el pan durante el tiempo de la acción; durante el servicio de la Mesa. Observa cuánto tiempo dura y continúa esta acción y servicio de la Mesa; así, el pan continúa siendo santo, y así el poder continúa en el pan. Pero observa cuán rápido esta acción termina; la santidad de este termina al mismo tiempo. Observa cuán rápido el servicio de la Mesa termina; su santidad cesa al mismo tiempo, y, por tanto, el pan vuelve a ser nuevamente un pan común. Este poder, entonces, no dura para siempre, sino que permanece durante el tiempo de la acción, y el servicio de la Mesa. Hasta aquí los elementos.

EL SIGNIFICADO DEL PAN Y EL VINO

Aparte de los elementos, hay otro tipo de señal en el sacramento. Todo rito o ceremonia en el sacramento es una señal, y tiene su propio significado espiritual, basta mirar el partimiento del pan, que representa para ustedes el partimiento del cuerpo y la sangre de Cristo. Esto no quiere decir que alguna extremidad o hueso de su cuerpo fue quebrantado, sino que fue quebrantado en dolor, angustia y aflicción de corazón, bajo el peso de la indignación y la ira de Dios que Él soportó llevando nuestros pecados. Por tanto, el partimiento es una ceremonia esencial, así como el vertimiento del vino; porque, como se ve claramente, por el vino se significa la sangre de Cristo, de modo que al verter el vino se significa que su sangre fue derramada de su carne. La ruptura de estos dos lleva a la muerte, porque en la sangre está la vida. En consecuencia, atestigua su muerte.

Entonces, cuando se vierte el vino, te dice que Él murió por ti, que su sangre fue derramada por ti, razón por la cual esta es una ceremonia esencial que no debe ser omitida. Asimismo, la administración, el dar y comer del pan, son ceremonias esenciales. Y, ¿qué te atestigua el comer? La aplicación del cuerpo y la sangre de Cristo a tu alma. Por tanto, cada uno de estos ritos tiene su propia significación; ninguno de ellos puede ser omitido sin pervertir toda la acción. Hasta aquí, las señales.

Ahora bien, ¿qué aprendes de todo esto? Aprende esta lección y te beneficiarás de estas cosas. Debido a que cada señal y ceremonia tiene su propio significado espiritual, y no hay ceremonia en toda esta acción que carezca de significado espiritual, cuando estés en la Mesa del Señor mirando lo que el ministro hace externamente —partiendo y distribuyendo el pan, vertiendo y distribuyendo el vino— piensa en esto: Cristo está igualmente ocupado haciendo estas cosas de manera espiritual en tu alma. Él está tan ocupado dán-

dote su propio cuerpo, con su propia mano; Él está ocupado dándote su propia sangre, con su poder y eficacia. De igual manera, en esta acción, si eres un fiel comulgante, piensa en lo que hace la boca, y así cómo la boca del cuerpo está ocupada externamente, así la mano y boca del alma, que es la fe, están ocupadas internamente. Mientras tu boca toma el pan y el vino, así la boca de tu alma toma el cuerpo y la sangre de Cristo, y eso por la fe. El único camino para comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo internamente es por la fe y una constante persuasión. Al hacer esto, no puede sino seguir una fructífera alimentación. Hasta aquí nuestra consideración de las señales.

LA UNIÓN DE LOS ELEMENTOS DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

Llegamos al punto de mayor dificultad, del que, por la gracia de Dios, hablé generalmente en el último sermón, pero que ahora debo hablar más en particular, aunque brevemente. Para informar a sus conciencias y preparar sus almas, tienen que entender cómo el pan y el vino, como señales, son unidas al cuerpo y la sangre de Cristo, como lo que señalan. Debemos tratar de entender qué tipo de unión es esta y de dónde viene. Si quieren entender cómo las dos cosas son unidas de este modo, deben, primero que nada, observar la naturaleza de la señal y la naturaleza de la cosa señalada. Sus naturalezas deben ser consideradas. ¿Por qué? Porque nada puede unirse a otra cosa excepto en la medida en que su naturaleza lo permita. Por otro lado, si su naturaleza no permite la unión, tienes que considerar hasta dónde se puede llevar a cabo tal unión.

Primeramente, considera la cosa señalada y su naturaleza. Observa que la cosa señalada es de una naturaleza espiritual, de una naturaleza celestial y mística; luego, con-

cluye, sin duda, que esta cosa espiritual permitiría una unión espiritual, una mística y secreta unión. De nuevo, observa la señal y su naturaleza. La señal, por su naturaleza, tiene una relación con la cosa señalada; y la cosa señalada, por su naturaleza, tiene una relación con la señal. Así pues, la señal y la cosa señalada pueden estar unidas en mutua relación, una con la otra; ambas pueden unirse por una unión relativa.

Si me preguntas qué tipo de unión hay entre el pan y el vino, y el cuerpo y la sangre de Cristo, diría que es una unión secreta y espiritual con una mutua relación entre el pan y el cuerpo de Cristo, y entre el vino y la sangre de Cristo. Esta unión no despertaría tanta curiosidad si fuera corporal, visible o local; es decir, si pudieras verla ante tus ojos y en un solo lugar, no preguntarías cómo están unidas. Pero puesto que sólo ves la una con tus ojos, y la otra está oculta, la unión es mucho más difícil de expresar y entender. ¿Cómo puedes comprender esta unión secreta y oculta si los ojos de tu mente no son iluminados por el Espíritu, por el cual puedes llegar a un verdadero entendimiento de ella? Pero si tienes alguna percepción de estos asuntos espirituales, que vienen por la fe, esta unión aparecerá tan claramente al ojo de tu fe como la unión física aparece al ojo de tu cuerpo.

UNA ILUSTRACIÓN DE LA UNIÓN

Hay otro vínculo que ayuda a clarificar esta unión, a saber, la unión entre la palabra que hablo y la cosa señalada por la misma palabra. Ahora les hablo en un idioma que por la gracia de Dios entienden, de modo que, si hablo de cosas pasadas, aunque sea hace poco tiempo; de cosas por venir, aunque no estén lejos; o de cosas ausentes, aunque no estén tan distantes, tan pronto como pronuncie la palabra, sea de cosas pasadas o por venir, la cosa misma vendrá a sus mentes. Tan pronto como tu oído oye la palabra, la cosa

señalada por la misma palabra viene a tu mente. ¿Qué hace que la cosa señalada, aun si está ausente, venga a tu mente? Esto sería imposible a menos que hubiese una unión entre la palabra y la cosa señalada por la palabra. Por ejemplo, si hablo del rey, quien ahora está lejos de nosotros —Dios lo salve—, tan pronto como oyes la palabra, el rey, quien es señalado por esta palabra, vendrá a tu mente. Si hablo de cosas pasadas, aún si estas ya no existen, sin embargo, la cosa señalada vendrá siempre a tu mente. Por tanto, hay una unión entre la palabra y la cosa señalada por la palabra.

A partir de este vínculo entenderás la naturaleza del vínculo y la unión entre la señal y la cosa señalada en el sacramento. Entre el sacramento, que es visto por el ojo del cuerpo, y la cosa señalada por el sacramento, que es vista solamente por el ojo del alma, hay un mismo tipo de unión, así como lo hay en la palabra y la cosa señalada por la palabra. Por ejemplo, mientras ves el pan en la mano del ministro, inmediatamente el cuerpo de Cristo debe venir a tu mente; estos dos están tan unidos que se presentan juntos: el uno para los sentidos externos, y el otro para los sentidos internos. Incluso esto no es suficiente, porque en la institución se te ordena ir más allá, no sólo mirar el pan y el vino, sino tomar el pan y el vino; tan pronto como tus manos toman uno, tu corazón toma el otro. Mientras tu boca come el uno, la boca de tu alma, que es la fe, come el otro, es decir, aplica a Cristo a tu alma.

Como ves, entonces, aquí hay una unión mística y secreta; por tanto, Cristo no puede estar unido a ti excepto por una unión mística y secreta. Esta unión entre Cristo y nosotros es la unión espiritual de la que habla el apóstol como el gran misterio (Ef. 5:32). Esta unión no se puede comprender de inmediato, ya que es secreta y espiritual, y no es percibida excepto por el Espíritu de Dios; todo es en vano a menos que tengas una porción o medida de su Espíritu. Nada de

lo que se enseña en la Palabra y el sacramento te hará bien o elevará tu alma al cielo, a menos que el Espíritu de Dios ilumine tu mente, y te haga encontrar en tu alma la cosa que escuchaste en la Palabra.

Aprende, pues, esto: debido a que la Palabra no puede entenderse excepto por el Espíritu de Dios, pide que el Señor ilumine los ojos de tu mente por su Espíritu; y, por tu parte, sé tan cuidadoso en recibir su Espíritu como lo eres ahora en la escucha de la Palabra. Hasta aquí la unión.

RECIBIENDO LA SEÑAL Y LA COSA SEÑALADA

Ahora que ya has escuchado cómo la señal está unida a la cosa señalada, resta que sepas cómo ambas son recibidas; si los dos son recibidos por una sola boca, o no; si la señal y la cosa señalada son recibidas del mismo modo, o no. Si notas los diferentes modos de recibir y los diferentes instrumentos, no errarás tan fácil en la comprensión del sacramento.

La señal y la cosa señalada son recibidas por dos bocas, porque ves las señales, es decir, el pan y el vino, y a qué son dadas, a saber, la boca del cuerpo. La boca del cuerpo es el instrumento que recibe el pan y el vino, que son las señales. Puesto que el pan y el vino son visibles y corporales, la boca y el instrumento por los cuales son recibidos son también visibles y corporales. La cosa señalada por el pan y el vino no es recibida por la boca del cuerpo, puesto que las Escrituras claramente niegan eso. Es recibida, en cambio, por la boca del alma. Existen, entonces, dos bocas: el pan y el vino, que son las señales, son recibidos por la boca del cuerpo; Cristo, quien es la cosa señalada, es recibido por la boca del alma, es decir, por la fe verdadera. Entonces, no traigas a la Mesa del Señor solamente una boca —porque si solamente traes la boca de tu cuerpo, todo está mal—, sino trae contigo tam-

bién la boca del alma, es decir, una constante persuasión en la muerte de Cristo, y todo irá bien.

Ahora bien, en cuanto a la forma en la que estas señales se reciben y el modo en que se recibe la cosa señalada, puedes fácilmente saber que estas señales corporales y naturales deben ser recibidas de una forma corporal y natural, deben tomarse con la mano o la boca del cuerpo; pero una cosa sobrenatural, por otro lado, debe recibirse de una forma espiritual. Por tanto, como las señales son corporales y son recibidas de forma corporal, con la mano o la boca del cuerpo, entonces, la cosa señalada es recibida de una forma espiritual, con la mano y la boca del alma, que es la fe verdadera. De este modo, se te ha dado todo lo que es requerido para prepararte para la comprensión del sacramento.

Llegamos ahora a otro punto. Cuando digo que Cristo es la cosa señalada y no puede ser percibido sino por la fe, no puede ser recibido o digerido por un alma creyente, ¿a qué tipo de percepción me refiero? No enseño nada más que una percepción espiritual de Cristo. Él sólo puede ser recibido o percibido por la fe, y la fe es espiritual. En el sacramento hay sólo una percepción espiritual, no una oral, carnal o superficial percepción de Cristo. Esto es la cuestión fundamental; ahora veamos si se puede mantener de forma consistente.

IV. OBJECIONES COTESTADAS

OBJECIÓN 1: Los papistas dicen que no es consistente basándose en lo siguiente: si no hay percepción de Cristo, excepto una percepción espiritual, entonces, dicen ellos, su sacramento es en vano; el Sacramento de la Cena fue instituido en vano. ¿Cuál es su razón? Si no hay modo, dicen los papistas, de percibir a Cristo excepto por la fe, ¿qué necesidad tienes del sacramento? Percibes a Cristo

por fe en la Palabra; por la simple y clara predicación de la Palabra, obtienes fe. Por tanto, la simple Palabra puede lograrlo. ¿Qué necesidad tienes del sacramento si no obtienes nada nuevo de lo que puedes obtener por la Palabra? Este es su argumento, y su conclusión es evidente: no recibimos nada nuevo en el sacramento aparte de lo que recibimos en la Palabra, si no hay percepción que no sea espiritual. Por tanto, el sacramento es superfluo.

Admitimos que hay algo de verdad en el argumento, pues no obtenemos otra cosa o una nueva cosa en el sacramento, sino que obtenemos lo mismo que obtenemos de la Palabra. Intenta imaginarte qué cosa nueva obtendrías. Sin importar cuánto conciba, imagine y desee el corazón del hombre, nunca se atreverá a imaginar otra cosa como el Hijo de Dios. Nunca podrá presumir de atravesar las nubes, de subir tan alto, de pedir que el Hijo de Dios, en su carne, sea el alimento de su alma. Si tienes al Hijo de Dios, tienes al heredero de todas las cosas, al Rey del cielo y la tierra, y en Él tienes todas las cosas. ¿Qué más, entonces, puedes desear? ¿Qué otra cosa mejor pudieras pedir? Él es igual con el Padre, uno en sustancia con el Padre, verdadero Dios y verdadero hombre. ¿Qué más puedes desear? Por tanto, digo, no obtenemos otra cosa en el sacramento que la que obtenemos en la Palabra. Conténtate con eso.

¿Entenderías, entonces, qué cosa nueva obtienes, qué otras cosas obtienes? Te lo diré. Aún si obtienes la misma cosa que tienes en la Palabra, obtienes la misma cosa, pero mejor. ¿Qué quiere decir «mejor»?

En el sacramento se capta mejor la misma cosa que con la escucha de la Palabra. Esa misma cosa que posees por escuchar la Palabra, la posees ahora de manera más completa. Dios tiene mayor morada en tu alma, de la que podría obtener por la sola escucha de la Palabra. Preguntarás: «¿Cuál, pues, es la nueva cosa que obtenemos?» Obtenemos

a Cristo mejor que antes. Recibimos de forma más completa la cosa que teníamos, es decir, con una aprehensión más segura que la que teníamos antes. Tenemos un mejor agarre de Cristo ahora, porque por el sacramento mi fe es nutrida, los huesos de mi alma engrandecidos, y donde antes tenía un pequeño agarre de Cristo, como si fuera entre mis dedos y mi pulgar, ahora lo tomo a Él con toda mi mano, y verdaderamente entre más crezca mi fe, entonces, mejor será el agarre con el que me aferro de Cristo.

Si fuera verdad que el sacramento es superfluo, por la misma razón se seguiría que la repetición del sacramento es superflua, porque cuando vienes al sacramento por segunda vez no obtienes otra cosa sino la misma de la primera vez; cuando vienes al sacramento por tercera vez, no obtienes otra cosa sino también la misma de la primera vez. Y, sin embargo, nadie diría que participar por segunda y tercera vez fuese superfluo. ¿Por qué? Porque en la segunda vez mi fe es aumentada, entiendo mejor, crezco en conocimiento, crezco en aprehensión, crezco en sentir. Puesto que en la medida en que participo del sacramento crezco en todos estos sentidos, nadie diría que participar frecuentemente del sacramento es superfluo, aunque fuera una vez al día. Así, su primera acusación de inconsistencia falla en que no obtenemos nada nuevo en el sacramento, y por lo tanto el sacramento es superfluo. De aquí surge otro punto.

OBJECIÓN 2: Si Cristo no es percibido excepto por la fe, entonces, ningún impío puede percibirlo. El que carece de fe no puede percibirlo. El que carece de fe puede recibir el sacramento del pan y el vino, y puede comer el pan y el vino, pero no puede comer el cuerpo y la sangre de Cristo significados por el pan y el vino.

Así, con base en esto: ningún no creyente puede recibir a Cristo o comer el cuerpo de Cristo en el sacramento. Contra este fundamento descargan su artillería, y extraen su

argumento de las mismas palabras del apóstol que he leído: «Cualquiera que coma este pan y beba de la copa del Señor, indignamente, será culpable del cuerpo y la sangre del Señor». Su argumento, entonces, sigue así: ningún hombre puede ser culpable de aquello que no ha recibido. Él no ha recibido el cuerpo y la sangre de Cristo, por tanto, él no puede ser culpable del cuerpo y la sangre de Cristo. De acuerdo con el apóstol, sin embargo, es culpable, por cuanto ha recibido el cuerpo y la sangre de Cristo.

Como respuesta a esta proposición, afirmo: es muy falso decir que no pueden ser culpables del cuerpo y la sangre a menos que la hayan recibido, porque ellos serían culpables del mismo cuerpo y de la misma sangre, aunque nunca la hubieran recibido. Pero observe el texto. El texto no dice que comen el cuerpo de Cristo indignamente, sino que dice que comen el pan y beben el vino indignamente, y, sin embargo, porque comen el pan y beben el vino indignamente, son contados ante Dios culpables del cuerpo y la sangre de Cristo. Ahora, ¿por qué esto es así? No porque ellos lo hayan recibido, pues si lo recibieron, no podían sino recibirlo dignamente, porque Cristo no puede ser recibido por nadie excepto dignamente; antes bien son contados culpables del cuerpo y la sangre del Hijo de Dios porque lo rechazaron; porque cuando comieron el pan y bebieron el vino, si hubieran tenido fe, podrían haber comido y bebido la carne y la sangre de Cristo Jesús. Ahora, si rechazan el cuerpo de Cristo desprecian su cuerpo; no tienen ojos para discernir y juzgar el cuerpo que se les ofrece. Si hubieran tenido fe, podrían haber visto el cuerpo ofrecido con el pan; y por la fe habrían podido tomar el mismo cuerpo y la por la fe comérselo. Por tanto, faltándoles el traje de bodas, es decir, faltándoles la fe —que es el ojo del alma para percibir, y la boca del alma para recibir, pues el cuerpo se ofrece espiritualmente— son considerados culpables del cuerpo y la sangre de Cristo.

Permítanme aclararles esto por una ilustración. Es costumbre entre las princesas mundanas no permitir que su majestad se interese por la cosa más pequeña que tienen. ¿Qué hay que concierna a la majestad de un príncipe de menor importancia que un sello, pues su sustancia es sólo cera? Y, sin embargo, si usas ese sello desdeñosamente, si lo desprecias y lo pisoteas, eres considerado culpable de su cuerpo y de su sangre, como si hubieras puesto tu mano sobre él, y serías castigado en consecuencia. Mucho más, si vienes como una bestia ciega a manipular los sellos del cuerpo y de la sangre de Cristo, serás tenido por culpable de su cuerpo y de su sangre. Así, en cuanto a comer el cuerpo y la sangre de Cristo, debemos decir: los impíos no pueden comer el cuerpo de Cristo, pero pueden ser culpables de ello. El apóstol lo aclara de mejor manera en otro pasaje: en Hebreos 6:6 se dice que los apóstatas, aquellos que gravemente se desvían, crucifican «de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios». Su apostasía los hace tan culpables como los que lo crucificaron. Él ahora está en los cielos, no lo pueden traer de vuelta para crucificarlo, y sin embargo el apóstol dice que lo crucifican de nuevo. ¿Por qué? Porque su maldad es tan grande como la de aquellos que lo crucificaron, de tal manera que, si lo tuvieran en la tierra, harían lo mismo; por eso se dice que crucificaron al Hijo de Dios.

De manera similar, hay otro pasaje, Hebreos 10:29, en el cual se dice que los impíos pisotean la sangre del Hijo de Dios bajo sus pies. ¿Por qué? Porque su maldad es tan grande como la de los que pisaron su sangre, y por esta razón son contados culpables del cuerpo y la sangre de Cristo; no porque comen su cuerpo, sino porque lo rechazaron cuando podrían haberlo tenido.

Todavía está por llegar el momento en que podamos recibir el cuerpo y la sangre de Cristo. Este es un muy precioso tiempo. Permítanme recordarles que la dispensación

de estos tiempos es muy secreta y tiene sus propios límites; si no aprovechas este tiempo, se desvanecerá. Este tiempo de gracia y de comida celestial les ha sido dispensado desde hace mucho tiempo, y tu vida y tu comportamiento atestiguan cómo te has beneficiado de ello. Aférrate en el tiempo, redime el tiempo, que no sabes cuánto durará. Pide por una boca para recibir la comida que se ofrece a tu alma, así como la comida del cuerpo. Aprovecha el tiempo mientras lo tienes, o seguramente llegará el momento en que clamarás por él y no lo obtendrás; en lugar de la gracia y la misericordia, vendrá el juicio, la venganza y la dispensación de la ira.

OBJECIÓN 3: Ellos no dejarán el asunto así. Seguirán insistiendo y traerán más argumentos para probar que los impíos son participantes del cuerpo y sangre de Cristo. «Concedes —dicen— que el pan que el impío come no es mero pan, sino el pan del sacramento». Entonces, ellos argumentan: el sacramento está siempre unido con la cosa señalada; pero el sacramento es dado a todos, por tanto, la cosa señalada es dada a todos.

¿Qué pasa si les concedo este argumento? Nada inconsistente podría seguir, porque la cosa señalada puede ser dada a todos, es decir, ofrecida a todos, como se ofrece a todos, y, sin embargo, no es recibida por todos. No se sigue que lo que es dado a todos es recibido por todos. Puedo ofrecerte dos cosas, pero está en tu poder si las tomas o no; podrías tomar lo uno, y rechazar lo otro. Con todo, quien te las ofreció, te ofreció la cosa que rechazaste, tan verdaderamente como la que tomaste. Así que Dios no engaña a ningún hombre, sino que con la Palabra y el sacramento da con seguridad dos cosas si las quieren tomar: en su Palabra, ofrece la Palabra al oído, ofrece a Cristo al alma; en sus sacramentos, ofrece el sacramento al ojo, ofrece

a Cristo Jesús al alma. Ahora bien, puede ser que cuando dos cosas se ofrecen verdadera y conjuntamente, uno puede recibir una y rechazar la otra. Recibe la una porque tiene un instrumento para recibirla, y rechaza la otra porque carece de un instrumento. Yo escucho la Palabra porque tengo oídos para oírla; recibo el sacramento porque tengo una boca con la cual recibirlo. Pero en cuanto a la cosa que representan la Palabra y el sacramento, puedo rechazarla porque no tengo boca para tomarla, ni ojo para percibirla. Por tanto, la falta no es de parte de Dios, sino mía.

El impío tiene el cuerpo y la sangre de Cristo ofrecidas juntamente con la Palabra y los sacramentos, pero la falta es de ellos porque no tienen una boca para recibirlo, y Dios no está obligado a darles una. Toma nota de eso. Y si no fuera por su especial gracia y misericordia que me da un ojo para percibirlo y una boca para recibirlo, yo lo rechazaría igual que ellos. Así que este argumento tampoco se sostiene: Cristo es ofrecido a todos, por lo tanto, es recibido por todos. Felices ellos si lo recibieron. Hasta aquí el tercer argumento.

LAS EXPRESIONES SACRAMENTALES

¿Qué nos resta observar para el completo entendimiento del sacramento? Tenemos todavía que entender las expresiones sacramentales usadas en el sacramento: el uso que hacemos de ellas, el uso de Dios al hablar de ellas, y el uso que pensamos que los Padres hicieron de ellas. Las usamos para decir que el alma come el cuerpo de Cristo y bebe la sangre de Cristo, pero esto necesita ser expuesto y explicado a ustedes.

Cuando hablamos sobre comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo, estas son expresiones sacramentales.

Comer y beber, como saben, son acciones propias del

cuerpo solamente; pero se atribuyen al alma por una traslación, por una manera figurada de hablar: aquello que es propio del cuerpo es adscrito al alma, y se dice, pues, que el alma come y bebe. El comer del alma debe parecerse al comer del cuerpo. El comer del alma no es otra cosa que la aplicación de Cristo al alma, creyendo que Él ha derramado su sangre por mí y ha comprado la remisión de los pecados para mí. Pero, ¿por qué le llamas a esto comer? Veamos a qué nos referimos con el comer del cuerpo. Cuando tu cuerpo come, aplicas la comida a tu boca. Entonces, si el comer del cuerpo no es nada más que aplicar la comida a tu boca, el comer del alma debe ser nada más que aplicar el alimento al alma. ¿Ves, pues, a lo que se refiere el comer y beber del alma? Nada más que la aplicación de Cristo, la aplicación de su muerte y pasión a mi alma. Esto se hace sólo por la fe, por tanto, aquel que carezca de fe no puede comer a Cristo. Hasta aquí sobre el comer y beber del alma, que son expresiones sacramentales.

LA APLICACIÓN DE CRISTO AL ALMA

De todos estos grandes asuntos doctrinales, queda todavía una lección por aprender: cómo aplicar a Cristo correctamente a tu alma. Aprende eso y lo tienes todo. Si has aprendido bien esto, eres un buen teólogo. Porque la correcta aplicación de Cristo al alma enferma, a la conciencia herida, al corazón enfermo, es la fuente de toda nuestra felicidad, el manantial de nuestra alegría. Para entender cómo esta aplicación opera —siempre que quieras a Cristo en tu alma—, piensa en lo que la presencia de tu alma dentro de ti hace a este cuerpo terrenal, a este trozo de arcilla. Es por la presencia del alma que vive, se mueve y siente. Así como el alma da al cuerpo vida, movimiento y sensación, así Cristo hace lo mismo en tu alma. ¿Alguna vez lo has recibido y aplicado a ti mismo? Así como el alma vivifica

el cuerpo, Él vivifica el alma, no con una vida terrenal o temporal, sino con la vida que Él vive en el cielo. Te hace vivir la misma vida que los ángeles viven en el cielo. Te hace mover, no con movimiento mundano, sino con movimientos celestiales y espirituales. De nuevo, Él inspira en ti, no sensaciones externas, sino sensaciones celestiales. Él obra dentro de ti un sentimiento espiritual, para que en tu propio corazón y conciencia encuentres el efecto de su Palabra. Así, por la unión de Cristo con mi alma, obtengo un beneficio mil veces mayor que el que obtiene el cuerpo por el alma, pues el cuerpo por la presencia del alma solo obtiene una vida terrenal y temporal, sujeta a continua miseria; pero por la presencia de Cristo en mi alma, veo una vida bienaventurada, siento una vida bienaventurada, y esa vida aumenta diariamente en mí más y más. Por tanto, el fundamento de toda nuestra perfección y bienaventuranza consiste en esta unión; y así, aunque vivieras tanto como Matusalén y te pasaras toda la vida buscando, si en la última hora obtuvieras esta unión, considerarías que tu trabajo ha merecido la pena, pues lo habrías ganado todo con Él. Si ganas a Cristo, lo has ganado todo con Él. Así, la aplicación de Cristo a tu alma es la fuente de toda tu alegría y felicidad.

Veamos ahora cómo obtenemos tal unión. Esta es una unión espiritual, dura y difícil de ser procurada o adquirida. ¿Cómo se produce entonces? ¿Cuáles son los medios que Dios usa en esta unión y cuáles son los medios que el hombre usa para obtener a Cristo, para poner a Cristo en su alma y hacer a Cristo uno con nosotros? Hay sólo un medio empleado de parte de Dios con el que nos ayuda a obtener a Cristo, y otro medio empleado de nuestra parte. Por parte de Dios, está el Espíritu Santo, quien nos ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo. Por nuestra parte debe haber también un medio empleado, de lo contrario, cuando Él se ofrezca no podremos recibirle. Por tanto, debe haber fe en nuestras almas para recibir lo que el Espíritu Santo ofrece, para re-

cibir la comida celestial del cuerpo y la sangre de Cristo. Por tanto, la fe y el Espíritu Santo son los dos medios empleados en esta espiritual y celestial unión. Por estos dos medios, por la fe y el Espíritu Santo, recibo el cuerpo de Cristo, el cuerpo de Cristo es mío, y Él es dado a mi alma.

¿CÓMO CRISTO QUE ESTÁ EN LOS CIELOS NOS ES DADO EN LA TIERRA?

Surge aquí una pregunta. ¿Cómo puedes decir que el cuerpo de Cristo te es dado o entregado a sabiendas de que el cuerpo de Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre? Cuan grande es la distancia entre el cielo y la tierra, cuan grande es la distancia entre el cuerpo de Cristo y tu cuerpo. ¿Cómo entonces puedes decir que el cuerpo de Cristo te es dado? Los papistas no pueden entender esto, y, por tanto, imaginan una grosera y carnal unión. A menos que el Espíritu de Dios revele estas cosas, no pueden ser entendidas. El Espíritu de Dios debe iluminar nuestras mentes, y obrar en nuestros corazones, antes de que podamos considerar esto.

Entonces, ¿podrías entender cómo Cristo te es dado? Es verdad que el cuerpo y la sangre de Cristo está a la diestra del Padre; sin embargo, aunque hay una gran distancia entre mi cuerpo y el cuerpo de Cristo, así como la distancia entre el cielo y la tierra, el cuerpo de Cristo realmente me es dado. Él me es dado, porque su título me es dado; es porque el derecho y el título de su cuerpo y sangre me son dados, que soy hecho para poseer su cuerpo y sangre. La distancia del lugar no afecta a mi título ni a mi derecho. Si alguno de ustedes tiene un pedazo de tierra en la parte más lejana de Orkney, si tiene un buen título sobre ella, la distancia del lugar no puede perjudicarlo. De forma similar, la distancia de lugar no perjudica mi título ni mi derecho que tengo de Cristo. Aun si Él está sentado a la diestra del Padre, sin em-

bargo, el título y derecho que poseo lo hacen mío, y por eso verdaderamente puedo decir que Él es mi propiedad. Cristo no es mío porque yo lo arrebate de los cielos, sino que es mío porque tengo un título seguro y un derecho sobre Él; y puesto que tengo un título seguro y un derecho justo sobre Él, ninguna distancia, por grande que sea, puede hacer ninguna diferencia en mi posesión de Él. Además, este título me es confirmado: así como obtengo el título de Él que se me dio en la Palabra (y si no lo obtuviera, no me atrevería a venir al sacramento), así en el sacramento obtengo la confirmación de mi título, pues obtengo el sello que lo confirma.

Entonces, el cuerpo de Cristo está sentado a la diestra del Padre, y sin embargo es mío; y me es dado porque tengo el derecho a su cuerpo donde quiera que esté. Él nació para mí, y me fue entregado. Por lo tanto, así como la distancia del lugar no perjudica la certeza de mi título, la cercanía no lo secunda. Aunque Cristo inclinara los cielos y te tocara con su cuerpo, como hizo con el de Judas, esto no podría ayudarte en nada, pues si no tuvieras ningún título sobre Él, no podrías llamarlo tuyo. Por tanto, no es la cercanía ni la proximidad de lugar lo que hace a Cristo mío, sino el derecho que tengo sobre Él. Tengo el derecho sobre Él solamente por la fe; por tanto, por la fe sola Cristo es hecho mío.

Los papistas piensan que han ganado una gran ventaja sobre nosotros si estamos tan lejos de Cristo como el cielo lo está de la tierra; pero esto, por la gracia de Dios, también será respondido. Tengo un título para su cuerpo, el cual está distante de mi cuerpo; sin embargo, su cuerpo no está en realidad distante de mí, es decir, de mi alma. Su cuerpo y mi alma están unidos. Esa es una extraña escalera que se extiende entre el cielo y la tierra, pero permítanme decirles que hay una cuerda que tengo una cuerda que se extiende y nos une a Cristo y a mí, y esa es la cuerda de la fe verdadera.

Aún si Cristo está en los cielos, Él está unido a mí

aquí en la tierra por la fe verdadera. ¿Cómo puede ser esto? Permíteme mostrarte. ¿No está el cuerpo del sol en el firmamento? Es imposible para ti tocar el cuerpo del sol, y, sin embargo, el cuerpo del sol y tú están unidos por los rayos y por la luz que resplandece sobre ti. ¿Por qué, entonces, el cuerpo de Cristo, aunque esté en los cielos, no puede estar unido a mí aquí en la tierra, a través de los rayos, por la luz y la alegría que fluyen de su cuerpo? Mi cuerpo y el cuerpo de Cristo están unidos por la virtud y el poder que fluyen de su cuerpo; virtud y poder que vivifican mi alma muerta, me hacen vivir la vida de Cristo y comenzar a morir a mí mismo, y entre más muero a mí, más vivo para Él. Esta unión es la base de toda nuestra felicidad y alegría, como he tratado de explicarte tan claro como puedo, hasta donde Dios me ha dado perspicacia para hacerlo.

Esta unión entre nuestro cuerpo y el cuerpo de Cristo se realiza por dos medios especiales: por medio del Espíritu Santo y por medio de la fe. Y si no hay otros medios más que estos, ¿por qué requieres una unión carnal o visible? La fe es invisible, y el Espíritu es invisible. No puedes verlos o percibirlos con tu vista; el poder del Espíritu Santo es tan imperceptible, secreto e invisible que no puedes percibirlo o aprehenderlo con tu vista. Con todo, Él produce grandes efectos en tu alma, sin que puedas percibir su operación. Por tanto, porque los agentes de esta unión son imperceptibles, secretos y espirituales, ¿por qué piensas que puedes ver esta unión con el ojo de tu cuerpo? ¿Por qué imaginas una unión tan carnal como esta, que no te haría ningún bien, aunque la vieras? ¿No saben que el Espíritu que nos une a nosotros y a Cristo es infinito, de modo que es tan fácil para el Espíritu unir a Cristo y a nosotros, por distantes que estemos, como lo es para nuestra alma unir nuestra cabeza a los pies de nuestro cuerpo, aunque estén separados el uno del otro?

DEBES NACER DE NUEVO

Por tanto, viendo que esta unión es la base y fuente de toda nuestra felicidad, y viendo que esta base de felicidad es tan imperceptible y espiritual, ¿cuál es tu parte en esto? Remueve todos tus sentidos externos, todas tus nociones naturales, todos tus discursos y tu razón naturales, y sigue la visión y la información del Espíritu de Dios. Pide que le plazca iluminar tu entendimiento, que por la luz de su Espíritu puedas ver la unión espiritual claramente. A menos que el ojo del Espíritu te sea dado, para aprehender esta unión espiritual, no es posible para ti obtener alguna idea al respecto; pero si el Señor en su misericordia da alguna medida de su Espíritu Santo sobre ti, entonces, sin duda, llegarás a comprenderlo y te alegrarás del día en que escuches la Palabra. Sin un don del Espíritu, no es posible para ti ser espiritual. Lo que nace de carne y de sangre debe permanecer siendo carne y sangre, a menos que el Espíritu venga y lo haga espiritual.

Por ello, debes nacer de nuevo del Espíritu; debes nacer en el cuerpo de Cristo, y su Espíritu debe avivarte. Esto es llamado por Juan el Espíritu vivificante y viviente de Cristo. ¿Qué hace este Espíritu tan pronto viene a nosotros? Él ahuyenta la oscuridad de nuestro entendimiento. Mientras que antes no conocía a Dios, ahora lo veo, no sólo con un conocimiento general de que Él es Dios, sino sabiendo que, en Cristo, Él es mi Dios. ¿Qué más hace el Espíritu Santo? Él abre nuestro corazón, así como nuestra mente. Aquellas cosas a las que dediqué el afecto de mi corazón y empleé el amor de mi alma, ahora, por obra del Espíritu Santo, se me hacen vergonzosas; me hace odiarlas, así como al veneno. Él produce tal disposición interior en mi alma que me hace volverme y huir de aquello mismo en lo que antes derramé mi amor, y en cambio derramarlo sobre Dios. ¡Esta es una gran perfección! En cierta medida, Él me hace amar

a Dios mejor que a ninguna otra cosa; cambia los afectos, facultades y cualidades de mi alma. Y aunque la sustancia de nuestros corazones y mentes no cambian, se renuevan a tal punto que somos llamados nuevas criaturas. A menos que seamos nuevas criaturas, no estamos en Cristo.

Esta unión secreta, entonces, se realiza por la fe y por el Espíritu Santo. Por la fe nos aferramos al cuerpo y la sangre de Cristo, y aunque estamos tan lejos como el cielo y la tierra, el Espíritu sirve como una escalera para unirnos con Cristo como la escalera de Jacob, que llegaba desde el suelo hasta los cielos. Así, el Espíritu de Dios une el cuerpo de Cristo con mi alma. En una palabra, entonces, ¿qué es lo que te da algún derecho o título sobre Cristo? Nada más que el Espíritu, nada más que la fe. Entonces, ¿qué harán? Por todos los medios, traten de obtener fe, así como Pedro dice que sus corazones y conciencias sean santificadas por la fe (Hechos 15:9). Si no buscan obtener fe en sus corazones, así como en sus mentes, su fe no les servirá de nada. ¿De qué sirve la fe que sólo flota en la imaginación y trae un mero conocimiento sin la apertura del corazón y el consentimiento de la voluntad?

De este modo, debe haber una apertura de tu corazón y un consentimiento de tu voluntad para hacer lo que Dios ordena, pues de lo contrario tu fe no sirve de nada. Procuren, pues, tener fe en sus corazones y mentes, y así cumplirán el deber de los cristianos. Esto no se hace sin oír diligentemente la Palabra y recibir diligentemente los sacramentos.

Por tanto, sean diligente en estas tareas, sean diligentes en oración, orando en el Espíritu Santo para que nutra sus almas internamente con el cuerpo y la sangre de Cristo; que incremente la fe en sus corazones y mentes, y los haga crecer cada día más y más, hasta que lleguen a la plenitud de esa bendita inmortalidad. Que a esto nos lleve el Señor en su misericordia, por los justos méritos de Cristo Jesús, a quien

con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria, ahora y siempre. Amén.

3

La Cena del Señor en particular Parte 2

Porque yo recibí del Señor lo que también os he entregado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan...

1 Corintios 11:23

Apreciado amado en Cristo Jesús, en nuestra última lección escuchamos qué nombres le fueron dados al sacramento de la Cena, tanto en el Libro de Dios como por los Padres de las iglesias latinas y orientales. Escuchamos los fines principales para los cuales este santo sacramento fue instituido. Escuchamos acerca de las cosas contenidas en el sacramento: lo que eran, cómo están unidas, cómo son dadas y cómo son recibidas. Escuchamos también algunas objeciones que se han levantado en contra de esta doctrina: escuchamos lo que proponían y, por gracia de Dios, se refutaron. Finalmente, escuchamos cómo se dice que el alma del creyente come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre: escuchamos cómo Cristo es —o puede ser— recibido por nosotros, y llegamos a la conclusión de que Cristo Jesús, el Salvador de la humanidad, nuestro Salvador, no puede ser percibido o recibido excepto por una vía y apre-

hensión espiritual.

La carne y la sangre de Cristo, o Cristo mismo, no pueden ser percibidas excepto por el ojo de la fe, o ser recibidas excepto por la boca de la fe; ni pueden ser asidas excepto por la mano de la fe. Ahora bien, la fe es una cosa espiritual, porque es el regalo de Dios dado en los corazones y mentes de los hombres, y obrada en sus almas por la poderosa obra y operación del Espíritu Santo. Por tanto, puesto que la única manera de asirnos a Cristo es por la fe, y puesto que la fe, por su misma naturaleza, es espiritual, se concluye que no hay otra manera de asirnos a Cristo excepto espiritualmente. No hay mano para agarrar a Cristo sino una mano espiritual; no hay boca para alimentarse de Él sino una boca espiritual. En estos términos comunes, las Escrituras indican la naturaleza y eficacia de la fe.

En el sacramento, se dice que comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre por la fe, haciendo principalmente dos cosas. En primer lugar, recordamos la amarga muerte y pasión de Cristo, la sangre que derramó en la cruz, la Cena que instituyó en remembranza de Él antes de ir a la cruz, el mandamiento que dio: «Hagan esto en conmemoración mía». Comemos su carne y bebemos su sangre espiritualmente al recordar fielmente cómo murió por nosotros, cómo su sangre fue derramada en la cruz. Y este primer punto no puede ser verdaderamente recordado a menos que sea obrado por el gran poder del Espíritu Santo.

En segundo lugar, el comer espiritual consiste en esto: que yo, junto con cada uno de ustedes, creo firmemente que Él murió por mí en particular, que su sangre fue derramada en la cruz para una completa remisión y redención de mí y mis pecados. La cuestión principal en comer de la carne de Cristo y beber su sangre consiste en creer firmemente que su carne fue dada para morir por mis pecados, y su sangre fue derramada para remisión de mis pecados. A menos que cada

alma se acerque a Cristo mismo y consienta firmemente, y esté de acuerdo y se persuada de que Cristo murió por ella, no puede salvarse y no puede comer la carne ni beber la sangre de Cristo. Así pues, comer la carne y beber la sangre de Cristo consiste en una fiel memoria, en una firme creencia y en una verdadera aplicación de los méritos de la muerte y pasión de Cristo a mi propia conciencia en particular.

Se han formulado varias objeciones contra este tipo de percepción, las cuales no voy a repetir. Entre ellas, habrás escuchado esta objeción contra la percepción espiritual de Cristo por la fe: «Si la carne de Cristo y su sangre no son percibidas o recibidas excepto por el espíritu o por la fe, entonces —dicen ellos— lo recibes solo por tu imaginación. Si Él no es recibido carnalmente, o corporalmente, sino sólo por el Espíritu y la fe, entonces, no es recibido del todo, excepto por vía de la imaginación, pensamiento y fantasía». Así, consideran la fe como una imaginación de la mente, una fantasía y una opinión, flotando en el cerebro de los hombres. No puedo culparlos por pensar así acerca de la fe, porque, así como nadie puede juzgar la dulzura de la miel a menos que la haya probado, del mismo modo, nadie puede juzgar la naturaleza de la fe excepto quien la ha experimentado y gustado en su corazón.

Si hubieran, pues, probado y sentido en sus almas lo que la fe trae consigo, no llamarían —¡ay! — a esa joya espiritual, la única joya del alma, una imaginación. La llaman una imaginación, pero el apóstol, describiéndola en Hebreos 11:1, la llama una «certeza», y una «convicción». ¡Miren qué bien concuerdan estas dos! La llaman una opinión incierta flotando sobre el cerebro y la imaginación de los hombres, mientras que el apóstol, en la misma definición, la llama una evidencia y demostración. Observen cuán directamente opuestos son ellos y el apóstol con respecto a la naturaleza de la fe. De esto deducen que Cristo no puede ser entregado

excepto de la misma manera en que Él es recibido. «Observen cómo nada es recibido —dicen ellos— ni entregado de la misma manera; por tanto, si Cristo es recibido por vía de la imaginación, Él también —se imaginan ellos— es dado y entregado por esa misma vía». Entonces, según ellos, si Cristo no es dado a tu mano, a tu boca o a tu estómago corporal, no puede ser dado sino por la imaginación y la fantasía.

La razón por la que piensan que Cristo no puede ser de ellos ni serles dado verdaderamente a menos que se les dé carnalmente, es esta: que de aquello que está tan lejos y distante de nosotros como el cielo lo está de la tierra, no puede decirse que nos sea dado, o que sea nuestro. «Por su propia confesión —nos dicen— el cuerpo de Cristo está tan lejos de nosotros como el cielo de la tierra, por tanto, la carne de Cristo no puede sernos dada, ni verdadera ni actualmente».

NOSOTROS EN LA TIERRA TENEMOS UN «TÍTULO» DE CRISTO QUE ESTÁ EN EL CIELO.

Puesto de esta manera el argumento de ellos, a primera vista pareciera tener algo de fuerza, pero examinémoslo. La proposición es esta: que de aquello que está lejos de nosotros como el cielo lo está de la tierra, no puede decirse que nos sea entregado, dado, o de algún modo ser nuestro. Ahora bien, ¿esta proposición es falsa o verdadera? Afirmo que es completamente falsa, y lo contrario a ello, pues, es cierto. Una cosa nos puede ser dada y hacerse nuestra, aunque esta esté a una distancia de nosotros, así como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo puedo probar esto? ¿Qué hace que algo sea tuyo? ¿Qué hace que alguno de ustedes cuente como que se le ha dado algo? ¿No es acaso un título? ¿No es un justo derecho para esa cosa? Si tienes un justo derecho que te fue dado por Él, que tiene el poder de dártelo, y un título seguro concedido por Él, que tiene el poder de hacerlo también,

aunque la cosa que Él te da no es entregada en tus manos, sin embargo, por el derecho y el título que te ha concedido, ¿acaso la cosa no es tuya? No puede haber duda al respecto, porque no es la cercanía de la cosa a mi cuerpo y a mi mano lo que la hace mía. Puede estar en mi mano y, sin embargo, no ser mía. Tampoco es la distancia, o la ausencia de la cosa, lo que la hace mía; porque puede estar lejos de mí y, sin embargo, ser mía, debido a que el título es mío, y porque tengo un derecho sobre ella de aquel que tiene el poder para dármela.

Entonces, este es un verdadero principio: lo que hace nuestra a una cosa es un título seguro y un justo derecho sobre ella, aún si está ausente o lejos de nosotros. Damos por sentado, por lo tanto, que una fe viva y verdadera en la sangre y muerte de Cristo nos da un título seguro y un buen derecho a la carne y sangre de Cristo, y a sus méritos. Considera lo que Él mereció por su muerte y el derramamiento de su sangre en la cruz: todo eso, junto con Él, me pertenece debido a un título y un derecho sobre Él que he obtenido de Dios, a saber: la fe. Y cuanto más seguro es mi título, más seguro estoy de lo que me es dado por el mismo.

NUESTRO TÍTULO DE CRISTO ES CONFIRMADO POR LA CENA DEL SEÑOR

Ahora bien, este sacramento de la Cena del Señor fue instituido para confirmar nuestro título, para sellar nuestro derecho que tenemos del cuerpo y la sangre, de la muerte y la pasión de Cristo. Y así, se dice que el cuerpo de Cristo nos es dado, que la sangre de Cristo nos es entregada, cuando se confirma en nuestros corazones el título que tenemos de Él, de su muerte y de su cuerpo y sangre. Este sacramento es instituido para que nuestra fe crezca y se incremente, para el incremento de nuestra santidad y santificación. Cuanto mayor sea esta fe en nuestros corazones, más seguros es-

tamos de que la muerte de Cristo nos pertenece. Concedo, como he dicho, que la carne de Cristo no es entregada a mis manos, o puesta en mi boca, ni entra en mi estómago, pero Dios no quiera que llegues a decir que Él no es verdaderamente dado.

¿Por qué la carne de Cristo debe ser puesta en tu mano o en la boca de tu cuerpo? ¿Acaso Él no ha designado el pan y el vino para el alimento del cuerpo, y no puedes contentarte con eso? ¿No son suficientes para nutrirte en esta vida terrenal y temporal? Es Cristo a quien Él ha designado para ser administrado a la boca interior de tu alma, para ser entregado en la mano de tu alma, para que tu alma se alimente de Él y sea vivificada con la misma vida que los ángeles viven, que el Hijo de Dios y Dios mismo viven. Por tanto, la carne de Cristo no está designada para alimentar tu cuerpo, sino para nutrir tu alma, en la esperanza y crecimiento de la vida inmortal.

Por tanto, aún si la carne de Cristo no es puesta en las manos de tu cuerpo, se entrega a esa parte de ti que está destinada a nutrir, es decir, al alma. Ciertamente, el pan y el vino no son dados a la mano y boca de tu cuerpo más realmente de lo que la carne de Cristo es entregada a la mano y boca de tu alma, que es la fe. Así pues, no busques una administración carnal, y no pienses en ninguna recepción carnal de Cristo. No debes pensar que Dios administra la carne de Cristo a la boca de tu cuerpo, o que por la boca de tu cuerpo recibes la carne de Cristo. Debes entender este principio de la Escritura de Dios: nuestras almas no pueden estar juntas o unidas con la carne de Cristo, ni puede la carne de Cristo ser unida a nuestras almas, excepto por un vínculo espiritual, no por un vínculo carnal o alianza de sangre, ni por el contacto de su carne con nuestra carne. Él está unido con nosotros por un vínculo espiritual, es decir, por el poder y virtud del Espíritu Santo, y es por eso por lo que el apóstol dice en 1

Corintios 12:13 que todos los hombres y mujeres creyentes fueron bautizados en el cuerpo de Cristo, por medio de su Santo Espíritu; es decir, que fueron unidos y vinculados con un único Cristo por medio de un único Espíritu, no por un vínculo carnal o alguna otra grosera unión, sino sólo por el vínculo del Espíritu Santo.

EL ESPÍRITU OPERA EN EL SACRAMENTO DE LA CENA DEL SEÑOR

El mismo Espíritu Santo que está en Él, está en cada uno de nosotros en alguna medida; y debido a que un único Espíritu está en Él y en nosotros, todos somos considerados un solo cuerpo y miembros de un solo cuerpo místico y espiritual. En el mismo pasaje antes citado, el apóstol dice que «se nos dio a beber de un mismo Espíritu», es decir, que se nos dio a beber de la sangre de Cristo, y esta sangre no es nada más que la virtud vivificadora y el poder que fluye de Cristo y por los méritos de su muerte. Se nos da a beber de la sangre cuando bebemos del poder vivificador y la virtud que fluye de su sangre. Por tanto, el único vínculo que puede unir mi alma a la carne de Cristo es un vínculo espiritual, o una unión espiritual. Por eso, el apóstol dice: «El que se une al Señor, un espíritu es con él» (1 Corintios 6:17), y Juan dice: «Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (Juan 3:6).

Es, entonces, sólo por la participación del Espíritu Santo que somos unidos con el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús. El vínculo carnal, ya sea el vínculo de sangre que corre a través de una descendencia, o el contacto carnal de carne con carne, nunca fue estimado por Cristo. Cuando Él vivió aquí sobre la tierra, no pensaba en ese vínculo, y como leemos en las Escrituras que nos ha dado, no lo respetaba ni lo estimaba en comparación con el vínculo espiritual. En cambio, mientras vivió en la tierra, Él siempre estimó este vínculo espiritual a través del cual estamos unidos a Él por

un solo Espíritu, y nos ha dejado en las Escrituras alabanzas y elogios al respecto.

Para mostrarte en cuán poca estima tenía el vínculo carnal de sangre y parentesco que nosotros consideramos tan altamente, considera este pasaje de Lucas 8:20-21. Cuando algunas personas vinieron a Él y le dijeron: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte», su respuesta mostró cuán poco estimaba el vínculo carnal. En el verso 21, responde de una manera que niega el vínculo, cuando dice: «Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen». Esto es como si hubiera dicho: «No es el vínculo carnal lo que yo estimo y reverencio, sino el vínculo espiritual, por la participación del Espíritu Santo, a través del cual somos movidos a escuchar la Palabra de Dios, reverenciarla y obedecerla». Este vínculo carnal nunca fue beneficioso, como el mismo pasaje en Lucas 8 claramente testifica. Si el contacto con la carne de Cristo hubiese sido beneficioso, las multitudes —mencionadas en el capítulo— que lo empujaban y apretaban, hubieran sido las mejores por causa de dicho contacto carnal. Pero ninguna de ellas fue mejor por el contacto carnal; por tanto, no beneficia nada. Y así, Cristo mismo dice en Juan 6:63, para alejarlos de esa extraña confianza en su carne: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha».

ILUSTRACIÓN DE LA MUJER TOCÓ A CRISTO POR LA FE

En cuanto a la otra clase de contacto, aquel que es por el Espíritu Santo y por la fe en tu alma, siempre ha sido provechoso, y tenemos una clara ilustración de ello en el mismo capítulo (Lucas 8:43-48). La pobre mujer que había estado enferma durante mucho tiempo con problemas de sangre por espacio de 20 años, y había gastado y consumido una gran parte de su sustento buscando una cura para ello, no

encontró ninguna ayuda en los médicos naturales y corporales. Por último, por virtud del Espíritu Santo obrando la fe en su corazón, ella, por la fe, entiende y se da cuenta de que sí puede recuperar su salud física y la salud de su alma por Cristo Jesús, quien vino a salvar tanto el cuerpo como el alma. Con esta persuasión en su corazón, que Cristo podía curar tanto el cuerpo como el alma, ella vino a Él y, como dice el texto, se abrió paso entre la multitud hasta que llegó a Él; y no se dice que tocó su carne con su mano —en caso de que los papistas atribuyeran la virtud que salió de Él a su contacto carnal—sino que se dice que tocó solamente el borde de su manto con su mano, y con la fe, que es la mano del alma, ella tocó a su Salvador, Dios y hombre. Y para mostrarte que lo tocó por la fe, Jesús dice al final: «Vete, tu fe te ha salvado».

Tan pronto como ella lo tocó por fe, inmediatamente salió poder de Él. Ella sintió el poder y virtud por sus efectos en su alma, y nuestro Salvador lo sintió cuando salió de Él. Mientras Él lo sentía, dijo «¿Quién me tocó?», y Pedro —quien siempre fue más impetuoso— dijo «Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado?» Nuestro Salvador respondió nuevamente: «No es ese tocar de lo que hablo, sino otro tipo de tocar: alguien me ha tocado que me ha sacado una virtud y un poder». La pobre mujer, pensando que había hecho mal, y viendo que no podía esconderse, vino temblando y dijo: «Yo lo hice». Él responde al final, y dice: «Vete en paz, tu fe te ha salvado. Tu fe ha extraído de mí una virtud y un poder que te ha sanado, tanto en alma como en cuerpo».

Este contacto con Cristo siempre ha sido beneficioso. Todavía es —y siempre será— provechoso, a diferencia del contacto con Cristo con la mano corporal. ¿Por qué? Cristo no está designado para ser una cabeza carnal —física—, para ser puesto sobre el cuello de nuestros cuerpos, para

proporcionar a nuestros cuerpos sentidos y movimientos naturales. No, las Escrituras no llaman a Cristo una cabeza natural, sino una Cabeza espiritual para ser puesta sobre el cuello de nuestras almas, es decir, para ser unida con nuestra alma; que de Él se destilen en nuestras almas movimientos santos y sentidos celestiales, y que de Él fluya hacia nosotros una vida espiritual y celestial. Es por eso que las Escrituras lo llaman Cabeza espiritual, así como nos llaman Cuerpo espiritual.

Como la vida que obtenemos de Él es espiritual, por tanto, toda nuestra unión con Él es espiritual. Y puesto que Él trabaja la misma función en el alma que la cabeza carnal hace en el cuerpo, se dice que es una Cabeza espiritual. Por tanto, es contado como la Cabeza de su Iglesia, porque le provee mociones y sentidos espirituales, que es la vida de la Iglesia.

Para ser breve, entonces, no hay nada carnal —físico— en esta unión, no hay nada grosero en ella, no hay nada que pueda ser captado por nuestros juicios y entendimientos naturales. Por tanto, quien quiera alcanzar la más mínima percepción de la unión espiritual entre Cristo y nosotros, debe necesariamente humillarse y orar fervientemente por el Espíritu, de otra manera no es posible obtener ningún entendimiento por más leve que sea, o cómo la carne de Cristo y nosotros estamos unidos, a menos que tengamos algo de luz que el Espíritu nos haya dado; es decir, a menos que nuestros corazones sean avivados por la poderosa obra del Espíritu de Cristo, esto quedará como letra muerta y cerrada para nosotros.

EL ESTADO DE ÁNIMO AL VENIR A LA MESA DEL SEÑOR

En primer lugar, debes orar para que el Señor en su misericordia te avive, ilumine tu entendimiento y te dé luz espiritual para discernir las cosas espirituales. En segundo lugar, debes esforzarte por eliminar todas las vanas reflexiones y fantasías terrenales. Cuando vengas a oír de un asunto tan elevado, debes desechar todos los pensamientos sucios, los males y los afanes del mundo, y todo lo que obstruye tu corazón. En tercer lugar, debes venir con la intención de escuchar la Palabra, de prestar oído diligente a la Palabra y de recibirla con un corazón santificado. Debes desear crecer en santidad, tanto en el alma como en el cuerpo, todos los días de tu vida. Y cuando vengas así, incuestionablemente el Espíritu Santo te revelará estas cosas que necesitas. Aunque esta Palabra que estás escuchando pase y no traiga gran beneficio en el momento, después el Espíritu Santo revelará la verdad de lo que ahora has escuchado. Este es, entonces, el punto importante: estén presentes con sus corazones y mentes, y dejen que sus almas se vacíen de todas las preocupaciones del mundo, para que puedan recibir el vino que se ofrece al oír la Palabra.

LA DEFINICIÓN DEL SACRAMENTO DE LA CENA DEL SEÑOR

Pasamos ahora a la definición del sacramento de la Cena del Señor. Llamo sacramento a un sello santo, unido al Pacto de gracia y misericordia en Cristo. Es un sello para ser administrado públicamente, según la santa institución de Cristo Jesús, para que, en su lícita administración, se realice la unión sacramental entre la señal y la cosa señalada. En esta unión Cristo Jesús, que es la cosa señalada, es tan verdaderamente entregado al aumento de nuestro alimento

espiritual como las señales son dadas y entregadas al cuerpo para nuestro alimento temporal.

Ahora examinemos los términos y partes de esta definición.

> **Primero que todo**, llamo al sacramento «sello» porque sirve al mismo propósito para nuestras almas, así como un sello común sirve para cualquier documento. Como un sello que es anexado al documento confirma y sella la verdad contenida en él, así, en el sacramento, el cuerpo y la sangre de Cristo confirman y sellan la verdad de la misericordia y gracia contenida en el Pacto de misericordia y gracia. Por esto es llamado un sello.
>
> **En segundo lugar,** es llamado un sello «santo». ¿Por qué? Porque es tomado del uso común al cual el pan, por ejemplo, fue puesto la noche anterior, y es ahora aplicado para un uso santo. Al pan le es dado un poder para significar el precioso cuerpo de Cristo Jesús, para representar la nutrición y el alimento de nuestras almas. Porque ahora en el sacramento se aplica a tan santo uso, lo llamo sello santo. Esta no es mi palabra, sino la del apóstol, que en Romanos 4:11 le da al sacramento el mismo nombre cuando lo llama un sello.
>
> Si se hubiera seguido la sabiduría de Cristo en su apóstol, y si los hombres no hubieran inventado nuevos nombres propios para el sacramento, sino que se hubieran contentado y satisfecho con los nombres que Dios había dado por medio de su apóstol, y que Cristo mismo había dado a este sacramento, estoy seguro de que no se habrían producido ninguna de estas disensiones, ninguna de las grandes tormentas e interminables debates. Esto nos enseña, por cierto, que la carne

no debe presumir ser más sabia que Dios. Condescendamos más bien en conservar el nombre que Dios ha dado al sacramento.

En tercer lugar, el sacramento está unido al Pacto, anexado y unido al testamento. No puede ser llamado propiamente un sello, a menos que se adjunte a un documento. Por sí mismo, un sello sigue siendo lo que es por naturaleza, y no es más que eso a menos que se adjunte a algún documento. Es sólo su unión a un documento lo que hace que los hombres lo consideren un sello. Por eso, no es considerado del todo si no está anexado a un documento. Lo mismo sucede aquí. Si este sacramento no es administrado en unión con la Palabra predicada, y unido a la predicación del Pacto de misericordia y gracia, no puede ser un sello. No es más de lo que es por naturaleza, solamente una común pieza de pan y nada más, a menos que esté anexada a la predicación de la Palabra y administrada junto a ella, como Cristo ha ordenado.

Por eso digo que el sello debe ser anexado, adjuntado y unido a la evidencia documental, a la predicación de la Palabra, en confirmación de esta, pues de lo contrario no es sello. Sin embargo, no sucede lo mismo con la evidencia documental, que es la Palabra de Dios, ya que, como sabes, cualquier documento dará fe y establecerá un derecho, aunque se suscriba sin sello; pero el sello sin el documento no es del todo válido. Así es con la Palabra de Dios. Aun si el sacramento no es adjunto a la Palabra, sin embargo, la Palabra hará su trabajo: nos capacita para recibir a Cristo, sirve para engendrar y hacer brotar la fe en nosotros, y nos hace crecer en la fe. Pero el sello sin la Palabra no puede servirnos para ningún uso santo. Por tanto, el sello debe estar anexo a la Palabra predicada, al Pacto de misericordia y gracia.

LA COMUNIÓN DEBE SER ADMINISTRADA PÚBLICAMENTE

Ahora bien, se sigue de la definición que el sello debe ser administrado públicamente. ¿Por qué públicamente?

En primer lugar, para excluir toda administración privada del sacramento. Si el sacramento es administrado a cualquiera de forma privada, no es un sacramento, porque el apóstol llama al sacramento una «comunión»; por tanto, si lo administras a una persona solamente, pierdes el sacramento. Este sacramento es una comunión del cuerpo y la sangre de Cristo, y por lo tanto necesariamente debe ser por vía de comunicación, por lo que la acción debe ser administrada públicamente.

En segundo lugar, este sacramento debe ser administrado públicamente porque Cristo Jesús, que es la cosa señalada en el sacramento, no pertenece a un solo hombre. Si esto fuera así, Él fuera privadamente dado y administrado. Pero, puesto que Cristo pertenece a todo creyente, tanto hombre como mujer, por tanto, debe ser dado en común para todos, en una común acción, en una comunión, en la congregación de los fieles.

En tercer lugar, el sacramento es llamado «acción de gracias» a Dios el Padre por sus beneficios. Ahora, no le toca solamente a uno o dos dar gracias a Dios; antes bien todos somos participantes de sus beneficios temporales y espirituales, y, por tanto, todos debemos públicamente darle gracias por ellos. Por eso, cuando hablé de la definición mencioné que este sello debe administrarse públicamente y no en privado, como los papistas hacen en sus misas privadas.

EL SACRAMENTO, UNA DIVINA INSTITUCIÓN Y MANDATO

Este sello debe ser públicamente administrado de acuerdo con la institución de Cristo. ¿Por qué digo la «institución de Cristo», en lugar de la institución de un hombre o un ángel? Porque ni un hombre, ni un ángel, tienen el poder de instituir o hacer un sacramento. Nadie tiene este poder, excepto aquel que tiene el poder de dar a Cristo, que es la cosa señalada en el sacramento; pero nadie tiene el poder de dar a Cristo excepto el Padre o Cristo mismo, por lo que nadie tiene el poder de hacer o instituir un sacramento excepto el Padre o el Hijo. Sólo Dios puede hacer un sacramento.

Además, este sacramento es parte del servicio y adoración de Dios, pero nadie tiene poder para designar parte alguna de su servicio o prescribir parte alguna de su culto excepto Dios mismo, y, por lo tanto, nadie puede hacer un sacramento sino sólo Dios. Ningún príncipe en la tierra estaría contento de ser servido de acuerdo con la fantasía de otro hombre. Él prescribiría sus servicios de acuerdo con su propia voluntad. ¡Cuánto más apropiado es que Dios designe su propio servicio y adoración! Por tanto, ningún hombre o ángel tiene el poder de instituir alguna parte del servicio de Dios.

El título más grande que se le puede dar a cualquier hombre en la tierra en el ministerio de la Palabra y los sacramentos es el título que el apóstol da en 1 Corintios 4:1. Ahí se nos llama «servidores» y «administradores» de las gracias de Dios, ministros de los misterios y las cosas sagradas. De esto se sigue que no somos autores, creadores o hacedores de ellos, sino sólo ministros y administradores de los sacramentos. Es claro, entonces, que ningún hombre o criatura tiene el poder de hacer un sacramento; por tanto, debe ser de acuerdo con la institución de Cristo.

Considera lo que Él dice, lo que Él hizo y lo que Él te manda hacer; todo eso debe ser dicho, hecho y obedecido. Su institución debe mantenerse. Si dejas de hacer una jota de lo que Él te encomendó hacer, perviertes la institución, pues en el registro de la institución no hay más que lo esencial. Por eso, en la celebración de la institución de Cristo, debemos prestar atención a todo lo que Él dijo, hizo u ordenó hacer. Primero, debemos decir lo que Él dijo; luego, hacer lo que Él hizo, porque la administración del sacramento debe seguir a la Palabra. Primero, debes enseñar lo que Cristo te mandó a enseñar; luego, administrar fielmente el sacramento guardando esta institución.

Ahora bien, llamo a la Palabra del sacramento la completa institución de Cristo Jesús, predicada y proclamada, expuesta con precisión, clara y sensiblemente a las personas. Así, si dejamos sin hacer algún punto o ceremonia que en particular le pertenece a esta institución, pervertimos toda la acción. Es admitido y aceptado entre nosotros que celebramos la institución, y también por todas las sectas del mundo que se han separado de esta institución, que dos cosas son necesarias y deben combinarse en la naturaleza y constitución del sacramento, a saber: que debe haber una Palabra y un elemento combinados. No hay secta que no admita que la Palabra debe ser añadida al elemento antes de que pueda haber sacramento.

Aunque generalmente las sectas admiten esto con facilidad, es decir, aquello en lo que estamos de acuerdo con ellos, sin embargo, cuando se trata de detalles en el manejo y tratamiento real de la Palabra, estamos muy distantes. Por mucho que parezcamos estar de acuerdo con ellos en general, somos polos opuestos cuando hablamos y razonamos sobre estos cinco puntos en particular:

1. ¿Qué significa la Palabra?

2. ¿Cómo esta Palabra debe ser tratada?

3. ¿Qué virtud tiene esta Palabra?

4. ¿Hasta dónde se extiende la virtud de esta Palabra?

5. ¿A quiénes deben ser dirigidas y declaradas las palabras?

1. ¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA?

Obviaré a las otras sectas y lidiaré únicamente con los papistas, porque tenemos mucho que ver con ellos. Primero que todo, debemos entender a lo que nos referimos por la Palabra, y a lo que ellos se refieren por la Palabra. Por la Palabra, entendemos la completa institución de Cristo Jesús, todo lo que dijo e hizo o encomendó a hacer, sin adición o sustracción, sin alteración del significado o sentido de la Palabra. A esto nos referimos con la Palabra en el sacramento.

Ahora bien, ¿qué es lo que los papistas entienden por la Palabra? Ellos no predican la institución de Cristo, ni toman toda la institución como Él la dejó, sino que seleccionan y escogen de su institución cuatro o cinco palabras, y hacen que toda la virtud de la institución consista en ellas. Eso no importaría tanto si se contentaran con estas palabras, porque son las palabras de la institución, pero alteran el significado de las palabras, añadiendo o restando palabras a su antojo. Para que puedas entender esto en su misa —como le llaman a la Cena—, te lo explicaré dividiendo la misa en lo sustancial y lo accidental.

Para lo sustancial de la misa, sostienen que son necesarias tres cosas. Primero, es necesario que haya un sacerdote, es decir, uno que asuma el oficio de nuestro Mediador, Cristo Jesús, para interceder entre Dios y los hombres. Segundo, se requiere que el sacerdote ofrezca el cuerpo y la sangre

de Cristo. Venimos a recibir estas cosas, pero el sacerdote las ofrece a Dios el Padre. Tercero, por esta obra —dicen ellos— obtienen todas las bondades; por hacer esta obra, obtienen la remisión de pecados tanto para los muertos como para los vivos, pero especialmente por el sacerdote mismo, quien es el administrador, y para aquel a quien el sacerdote aplica ese sacramento. Y en cuanto al resto de la iglesia que está ausentes, ellos en general obtienen la remisión de sus pecados por esta obra. Estas tres cosas son necesarias para la sustancia de la misa.

En cuanto a los accidentes[5] que concurren en la celebración de una misa, hay de dos tipos: algunos de ellos son siempre necesarios, sin los cuales esa acción no podría darse; por otro lado, algunos no son necesarios y la acción puede darse sin necesidad de ellos, pero no sin incurrir en un pecado capital. Aquellas cosas que son necesarias conciernen en parte al sacerdote, y en parte a la acción misma. Los accidentes necesarios para el sacerdote son de dos clases: la primera comprende a aquellos sin los cuales no puede ser un sacerdote; la segunda, a aquellos sin los cuales no puede estar libre de pecado mortal. Las cosas sin las cuales no puede ser un sacerdote son estas:

1) El poder de consagrar, otorgado por su obispo, que le es dado por la unción y el afeitado de la corona de su cabeza.

2) El poder de hablar, que implica que su paladar esté completo y sano.

Estas dos cosas que se refieren a su persona son siempre necesarias; otras cosas tampoco son tan necesarias. Pero

5 En este contexto, «accidente» significa «una propiedad no esencial para nuestra concepción humana de una sustancia» y, por tanto, puede aplicarse a las cualidades materiales del pan y el vino después de que se considere que se ha producido la transubstanciación.

que el sacerdote esté libre de suspensión, maldición, pecado mortal, y de toda pena y censura eclesiástica, es necesario. Por otro lado, hay dos cosas necesarias a la acción: una, sin la cual la acción no puede darse, como la oración del Padre nuestro o las cinco palabras de la institución; otras cosas tampoco son tan necesarias, como la consagración del lugar donde se dice la misa, la piedra del altar, la bendición del cáliz, el agua, los susurros, los cantos, el asistente de la misa y el resto. Por tanto, ellos y nosotros de ninguna manera estamos de acuerdo en cuanto a la Palabra y lo que significa.

2. ¿CÓMO DEBE SER TRATADA LA PALABRA?

Diferimos mucho con respecto al segundo, a saber: cómo esta Palabra debe ser administrada. Decimos que la Palabra que concierne a toda la institución debe ser tratada de este modo. Primero, debe haber un pastor legítimo, que tenga llamado de Dios para entregarla, y debe hacerlo lícitamente, es decir, debe predicarla, proclamarla y anunciarla públicamente con voz clara. Debe abrirla, exponerla en todas sus partes, declarando cuál es la parte del pueblo, cuál es la suya propia, declarando cómo debe entregar y distribuir el pan y el vino, y cómo el pueblo debe recibir el pan y vino en sus manos. Debe informar su fe en cuanto a cómo van a recibir el cuerpo y la sangre de Cristo representados por el pan y el vino. Además, debe enseñarles cómo deben venir con gran reverencia a la Mesa y comulgar con el precioso cuerpo y sangre de Cristo. Esto debe hacerse con lenguaje familiar para que la gente pueda entenderlo y escucharlo, para que puedan percibir y guardar en sus corazones las cosas que él habla. Porque ¿de qué sirve oír algo susurrado y no hablado? O, si se habla, ¿de qué sirve si no se entiende? A menos que escuches a Cristo en un lenguaje común y familiar, no puedes entender, y a menos que entiendas, no es posible que creas. Si no crees, Cristo no puede ser aplicado,

y a menos que creas y apliques a Cristo a ti mismo, vendrás al sacramento en vano. Por tanto, para que este sacramento se maneje lícitamente, el pastor debe predicar la institución de Cristo de manera que se escuche y en un lenguaje familiar, para que se entienda. Debe predicarlo de tal manera que las personas fieles puedan saber cómo deben recibirlo, y el ministro pueda conocer su propia parte en la entrega y administración del pan y el vino. Esto decimos que debe ser el manejo adecuado de la santa institución del sacramento.

Ahora bien, ¿qué es lo que hacen los papistas? En lugar de un ministro, pastor u obispo —llámalo como quieras— lícitamente llamado por Dios, sustituyen a un sacerdote poniendo en su lugar a un asalariado que no tiene vocación u oficio en la iglesia de Dios. Porque el oficio de sacerdote, en su sentido de sacerdocio, no es otra cosa que el oficio de Cristo Jesús, el oficio de Mediador entre Dios y nosotros. Hacen que sus sacerdotes diariamente ofrezcan a Cristo Jesús al Padre, pero este es el oficio del Mediador, y Cristo lo hizo una vez por todas para todos nosotros, como dice el apóstol, para que así no haya posibilidad de que alguien vuelva a hacer esto.

Por tanto, cuando sus sacerdotes presumen hacer esto de nuevo, lo hacen sin un mandato; no tienen justificación para ello en la Palabra de Dios. Pero incluso si tuvieran una garantía para su vocación en la Palabra de Dios, sin embargo, manejan mal el sacramento, porque donde deberían hablar claramente, susurran y conjuran los elementos por algún tipo de murmullo; donde deberían decirlo en lengua conocida para que el pueblo entienda, lo hablan en lengua desconocida. Pero incluso si lo hablaran en un idioma conocido y familiar, sin embargo, debido a que lo susurran, la gente no puede beneficiarse de ello. ¿Qué debería decir, entonces, cuando ellos manejan la Palabra en este sentido? Aunque se trate de la institución misma, la estropean de tal

manera en su manejo, que no es un sacramento santo. Así, diferimos tanto en este segundo punto acerca de cómo debe ser manejada y administrada la Palabra.

3. LA VIRTUD QUE LA PALABRA DE DIOS TIENE

Pasamos ahora al tercer punto, a saber: qué virtud tiene esta Palabra y hasta dónde se extiende la virtud de esta Palabra. Concedemos y reconocemos que la Palabra tiene una virtud, y en su tarea, como hemos dicho, tiene una obra que hacer, aun con los elementos del pan y el vino. Reconocemos que esos elementos, por virtud de esta Palabra, son cambiados, no en su sustancia, no en su naturaleza, ni en sus propiedades naturales y sustanciales, sino en una cualidad que no tenían antes; de esta manera, los elementos son tomados del uso común al que antes servían y, por la institución de Cristo, ahora se aplican a un uso santo.

Nótese cuánto difiere este uso santo del uso común; hay una gran diferencia entre los elementos en la acción de hoy y lo que eran ayer. Concedo que los elementos son cambiados, pero este cambio no procede de la naturaleza de los elementos, de alguna virtud supuestamente contenida en las palabras, ni por el susurrar de las palabras, sino que procede de la voluntad de Cristo, de su ordenanza y designación, establecido en su propia institución, porque es santo lo que Dios llama santo, y es profano lo que Dios llama profano.

Para entender cómo estas señales son hechos santos, dos cosas deben considerarse. Primero, quién las hace santas: ¿Dios, un ángel o el hombre? Segundo, quien sea que las haga santas: ¿por cuáles medios y en qué sentido las hace santas? A través de la consideración de estas preguntas, llegaremos a una apropiada estimación de la santificación de los elementos.

¿CÓMO LOS ELEMENTOS SON HECHOS SANTOS?

Para responder a esta primera pregunta, decimos que solamente Dios hace que una cosa común sea santa. Por su voluntad y ordenanza, declarada y establecida en la Palabra, Dios, por su designio, ha hecho que las cosas que eran comunes sean santas. En respuesta a la pregunta sobre el modo y los medios por los cuales son santificadas, decimos que es la Palabra de Dios, la institución de Cristo, la voluntad de Cristo declarada en su institución, lo que las hace santas. Esto se debe a que la predicación y exposición de la Palabra y de la institución de Cristo nos muestran que Dios ha hecho santas estas cosas; y no sólo esto, sino que nos hace ver de una manera santa cómo deben usarse, en qué lugar, en qué tiempo, con qué corazón y con qué fin.

Por tanto, es la voluntad de Cristo, declarada en su institución, que hace que los elementos que antes eran comunes sean, ahora hechos santos. Hay también otras dos cosas que hacen santos a los mismos elementos, a saber: la oración y la acción de gracias, las cuales los santifican para nuestro uso. Si recibimos los elementos como bestias ciegas y no le damos gracias por ellas, es señal segura de que no están santificadas para nuestro uso.

Por la oración obtenemos de Dios la gracia y la fuerza para servirnos de las criaturas, y toda esta acción, santa y lícitamente, como debe ser. Y, por tanto, no sólo en esta santa acción debemos iniciar con Dios, y con la invocación de su nombre, sino en todas. Por tanto, es la voluntad de Dios, orar y dar gracias juntamente con los elementos que los hacen santos. Estas tres cosas contenidas en la acción de la Cena hacen que los sellos sean santos, porque aparte de la voluntad de Dios declarada en la institución, en la Cena

usamos una invocación, y en esta invocación usamos una acción de gracias. Por tanto, los elementos no son hechos santos por la Palabra de Dios solamente, sino por el uso de la oración y la acción de gracias. Estos tres son los únicos medios y vías por las cuales estas cosas son santificadas.

«BENDECIR» Y «DAR GRACIAS» SON EQUIVALENTES

Para expresar y declarar la santificación de los elementos, los evangelistas y el apóstol Pablo usan diferentes palabras, como «bendecir» y «dar gracias», las cuales son comúnmente usadas como paralelas: Marcos y Pablo usan las palabras «bendecir», mientras que Mateo y Lucas usan la palabra «dar gracias», pero todas con un mismo significado. Marcos mismo en el capítulo 14 y versículo 22 de su evangelio, usa la palabra «bendecir» cuando habla de la acción de la Cena, y en el versículo 23 usa la palabra «dar gracias», ambas con el mismo significado.

Cristo mismo y los evangelistas usan la palabra «bendecir» y «dar gracias» indistintamente para significar la santificación y consagración de los elementos. A menos que las palabras sean usadas de manera paralela, sería difícil comprender el significado de las palabras del apóstol en 1 Corintios 10:16, cuando dice: «La copa de bendición que bendecimos». ¿Qué significa? Tomo las palabras «que bendecimos» para significar «que santificamos y preparamos por la bendición», de modo que «bendecir» y «dar gracias» en la Cena del Señor no significa otra cosa que «santificar». Si tomamos las palabras en algún otro sentido, caemos en un error. Se dice que Dios bendice, y se dice que el hombre bendice. Se dice que Dios bendice cuando da buenas cosas a sus criaturas, porque su bendición siempre es eficaz, y, por tanto, se dice que bendice cuando da buenas cosas; de nuevo, se dice que el hombre bendice, ya sea privada o públicamente, cuando

pide la bendición de manos de Dios para cualquier hombre, cuando bendice en el nombre y por orden de Dios, a cualquier persona o pueblo.

Ahora bien, si en cualquiera de estos dos significados atribuyes la bendición a la copa, es del todo falso, pues ni pedimos la bendición para elementos insensibles, ni los bendecimos en nombre de Dios. Dios da cosas buenas a los hijos de los hombres, no a criaturas insensibles. Por tanto, estamos obligados a usar la palabra «bendecir» en un tercer sentido; «la copa que bendecimos» significa «la copa que santificamos y preparamos por bendición». Esto es lo que entendemos por la santificación de los elementos.

LAS CINCO PALABRAS: «PORQUE ESTE ES MI CUERPO»

Ahora veamos cómo los papistas santifican sus elementos, y cuál es la forma de su consagración. Según tengo entendido, consiste en estas cinco palabras: hoc est enim corpus meum («Esto es mi cuerpo»). Consiste, pues, en el susurrar de estas palabras, de lo contrario se pierde toda la fórmula de su encanto; porque lo que llamamos santificación, ellos lo llaman susurrar, y el susurrar de estas cinco palabras lo llaman la consagración de los elementos. Cuando las palabras se susurran de esta manera, presuponen una virtud tan oculta y asombrosa encerrada en las sílabas que la virtud o el poder que fluye de las palabras es capaz de cambiar por completo la sustancia del pan, de modo que el pan mismo, junto con su sustancia, es totalmente destruido por este poder.

Además, este poder que brota de estas palabras puede procurar y atraer otra sustancia que puede encerrar en el pan, a saber: la carne y la sangre de Cristo Jesús, que está sentado a la diestra de su padre. ¡Esta es una virtud extraña

y grande que no sólo atrae la sustancia, sino que la encierra dentro del pan! Estas mismas cinco palabras, susurradas de esta manera, tienen una operación tan maravillosa, dicen, que son capaces tanto de eliminar una sustancia como de derribar la otra y ponerla dentro del pan.

Ahora bien, negamos por completo que haya tal virtud en estas palabras. Como dije anteriormente, no negamos que la Palabra tenga una virtud, pero negamos que exista tal virtud en las palabras; negamos la cualidad de la virtud, y la cantidad de la virtud, o que esta fluya de tal fuente. Concedemos que la Palabra tiene una virtud, porque no hay palabra jamás hablada por Dios que no tenga una virtud unida a ella, pero negamos que esta virtud esté encerrada en las sílabas, en el susurro o pronunciación de las palabras. Si hubiera tal virtud y poder en las sílabas, por la misma razón se seguiría que hay una virtud en la figura y forma de las letras que forman las palabras. Ahora, ningún hombre piensa que haya virtud alguna en la figura o la forma de la letra, y que haya una pequeña virtud en las sílabas, o en el pronunciar mismo de las palabras.

Por tanto, negamos que haya alguna virtud contenida en las sílabas, o residente en las palabras; en cambio, decimos que hay un poder unido con la Palabra, y que este poder no habita en las palabras, sino en la Palabra eterna, en la Palabra esencial, de la cual Juan habla en el primer capítulo de su evangelio: «La Palabra que era desde el principio», es decir, el Hijo de Dios, Cristo Jesús. Decimos que no hay ni una pizca de esta virtud y poder residente en ninguna criatura que Dios haya creado, sino que sólo reside en Cristo Jesús. Por tanto, ninguna virtud fluye de las sílabas o de las palabras que se hablan, sino de Cristo y de su Espíritu, que da la virtud a estas palabras. Entonces, esto es en lo que diferimos: decimos que no hay ninguna virtud residente en las sílabas, que las sílabas y su pronunciación, no obran

nada; pero sí decimos que la virtud reside en la persona del Hijo de Dios, y Él obra por su propia Palabra.

Ahora bien, decimos que no puede haber un cambio tan asombroso como que el susurro de tantas palabras cambie la sustancia propia del pan, rebaje la sustancia del cuerpo de Cristo y encierre su cuerpo en un ámbito tan estrecho. Decimos que no puede ser, y esto lo probaré por tres cosas, a saber: por la realidad de la carne de Cristo Jesús, por los artículos de nuestra creencia, y por el verdadero fin de la institución del sacramento. Y así veremos, por la gracia de Dios, los infinitos absurdos que se siguen de las opiniones de los papistas.

EL PRIMER PRINCIPIO: LA REALIDAD DE LA CARNE DE CRISTO

El primer principio que establezco es este: Cristo Jesús, el Hijo de Dios, en el tiempo señalado, tomó verdadera carne del vientre de la virgen y se unió a nuestra naturaleza en una unión personal, a fin de que nuestra la naturaleza, que cayó totalmente de su integridad en el primer Adán, pudiera recobrar la misma en el segundo Adán; sí, no sólo la misma, sino mucho mayor, tanto como nuestro segundo Adán supera en todo al primero.

Por lo tanto, puesto que asumió un cuerpo como el nuestro en todas las cosas —exceptuando el pecado—, debe seguirse necesariamente que la definición de un cuerpo verdadero y sus propiedades inseparables deben pertenecer a Él. Pero estas son las propiedades inseparables, a saber: estar en cierto lugar, estar circunscrito, visible y palpable; porque todos estos pertenecen —quarto modo, como dicen los sofistas— a un cuerpo, de modo que no pueden separarse del sujeto sin su destrucción. Por tanto, razono de esta manera: todo verdadero cuerpo humano está en cierto lugar; el

cuerpo de Cristo Jesús es un verdadero cuerpo y, por tanto, está en cierto lugar.

Llamo «lugar» a una cierta condición de un cuerpo orgánico por la que resulta que dondequiera que esté el cuerpo, está necesariamente limitado dentro de ese lugar, y mientras esté allí no puede estar en otra parte. ¿Necesitas pruebas de mi proposición de parte de los doctores? Lee la epístola de Agustín a Dárdano, donde habla de este mismo cuerpo de Cristo. «Quita una habitación o espacio a los cuerpos, y no estarán en ningún lugar, y si no están en ningún lugar, no son». Agustín mismo en su treintava homilía en el evangelio de Juan dice: «El cuerpo en el que el Señor resucitó necesariamente debe estar en un lugar, pero su eficacia y naturaleza divinas se difunden por todas partes». Y en su tercera epístola dice: «Por grande o pequeño que sea el cuerpo, debe ocupar un lugar definido». Además de estos, la historia de los Hechos prueba más evidentemente que el cuerpo de Cristo estaba en cierto lugar, como en Hechos 3:21: «a quien dé cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo».

Aunque no necesito insistir o probar estas cosas, sin embargo, procedo. Entonces, razono de esta manera: cada cuerpo humano es finito y circunscrito; el cuerpo de Cristo es un cuerpo humano. ¿Qué garantía de los doctores tengo para esto? Omito muchos a propósito y cito sólo de Agustín. Escribiendo a Dárdano, dice: «Cree que Cristo está en todas partes, en cuanto que es Dios, pero que sólo está en el cielo, según la naturaleza de un cuerpo verdadero». Y en su epístola 146 dice: «Creo que el cuerpo de Cristo estaba en el cielo como estaba en la tierra, cuando subió al cielo». Pero puesto que estaba circunscrito en un lugar determinado de la tierra, por tanto, también lo está en el cielo; en consecuencia, no puede estar en el pan de la misa y en el cielo al

mismo tiempo.

La última razón es esta: todo cuerpo humano es visible y palpable, y Cristo, como dices, tiene un cuerpo humano y está corporalmente presente; por tanto, el cuerpo de Cristo es visible y palpable. Pruebo mi proposición por las mismas palabras de Cristo, tomadas de Lucas 24:24, 39. Para persuadir a los apóstoles de la realidad de su cuerpo y para probar claramente que Él no era un fantasma, usa el argumento tomado de estas dos cualidades y ordena a los apóstoles a que sientan y vean, dándoles así a entender que así como estos dos sentidos son los más ciertos de todos, así son los más capaces de discernir si Él era un cuerpo o un espíritu, como si dijera: «Si yo soy visible y palpable, pueden dejar de dudar de que tengo un cuerpo verdadero». Porque como el poeta dice, a quien Tertuliano cita también para este mismo propósito: *Tangere enim et tangi, nisi corpus, nulla protest res* («Porque nada puede tocar o ser tocado excepto un cuerpo»).

Por estos argumentos puede ser claramente visto cómo la transubstanciación de ningún modo es consistente con la realidad del cuerpo de Cristo Jesús.

EL SEGUNDO PRINCIPIO: LOS ARTÍCULOS DE NUESTRA FE

Así como la transubstanciación se opone a la carne de Cristo Jesús, se opone directamente a los artículos[6] de nuestra fe. Porque en nuestra creencia profesamos que Cristo, estando en la tierra subió al cielo, donde se sienta a la diestra del Padre, donde gobierna y dirige todas las cosas en el cielo y en la tierra, desde donde ha de venir en el último día, a juzgar al mundo. Este artículo nos enseña que ha

6 Con esto, el autor se refiere a lo contenido en el Credo de los Apóstoles (NT)

dejado su morada, que tenía entre nosotros en la tierra, y ha subido al cielo, donde está sentado a la diestra del Padre, y permanecerá ahí, de acuerdo con el testimonio de Pedro —el cual ya cité (Hch. 3:21)— hasta el último día. Si está sentado a la diestra de su Padre y permanecerá ahí hasta el último día, no está corporalmente en el pan. Este artículo dice que está sentado a la diestra de su Padre, y Pedro dice que permanecerá en los cielos hasta el último día. Por tanto, esta transubstanciación es directamente opuesta al artículo de nuestra fe y la clara enseñanza de las Escrituras.

EL TERCER PRINCIPIO: EL VERDADERO FIN DEL SACRAMENTO

La transubstanciación es opuesta al fin por el cual el sacramento fue instituido. Esto es más evidente, porque el fin del sacramento es espiritual, así como el efecto que fluye de él es espiritual, y el instrumento por el cual se nos aplica el alimento espiritual también es espiritual. Pero de una presencia natural y corporal nunca puede fluir un efecto espiritual. Por tanto, la presencia corporal y natural del cuerpo y la sangre de Cristo Jesús son directamente opuestas al fin de este sacramento, porque la presencia corporal debe tener un comer corporal, del cual fluye una digestión en el estómago y la cosa que es digerida en el estómago nunca puede alimentar tu alma para la vida eterna. Por ello, la presencia corporal debe implicar un proceso corporal, que es directamente contrario al fin para el cual el sacramento fue instituido.

Además, si el pan fue transubstanciado, se convertiría en la cosa señalada. Si se convierte en la cosa señalada, este sacramento necesitaría una señal, y por tanto no sería sacramento, porque todo sacramento es una señal, como ya han

escuchado. Ahora bien, decir que los accidentes[7] del verdadero pan, como su color y redondez, pueden servir como señales, es más que una locura puesto que entre la señal y la cosa señalada debe haber una concordancia, y no hay conformidad entre los accidentes del pan y el vino, y el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús; porque si así fuera, los accidentes deberían nutrirnos corporalmente, así como el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús están destinados a nutrirnos espiritualmente. Aún más, si el pan se convirtiera en el cuerpo de Cristo Jesús, se seguiría que Él tenía un cuerpo sin sangre, porque Él ha instituido otra señal para representar su sangre. Además, si hubiera habido una cosa tan maravillosa como de la que se habla en el sacramento, habría una clara mención de ella en las Escrituras; porque Dios mismo nunca hace una obra notable sin declararla abierta o privadamente en la Escritura, para que así pueda ser glorificado en sus obras maravillosas. Así, por ejemplo, podemos leer en Juan 2:8 donde el agua es convertida en vino; y en Génesis 2:22, donde la costilla de Adán se convirtió en Eva; y en Éxodo 8:10, donde la vara de Aarón se convirtió en serpiente.

En todas estas instancias el cambio es claramente expresado, y por eso digo que si hubiera habido tal cambio milagroso en estos elementos, como ellos afirman, la Escritura no lo habría ocultado, sino que lo habría expresado. Sin embargo, debido a que no hay mención de este cambio en las Escrituras, por tanto, no hay tal cambio en esta acción. Además, si hubiera tal cambio, del que hablan, sería antes de que se pronuncien las palabras de consagración, o bien después; si el cambio ocurre antes de decir las palabras de consagración, la consagración es superflua y su proposición es falsa; si tiene lugar después de decir las palabras —es decir, «esto es mi cuerpo»—, su proposición es también falsa, porque la palabra «pan» se dice antes de que se pronuncie la

7 Vea la anterior nota al pie (sobre los accidentes).

última sílaba de estas cinco palabras. Esta y otras tonterías se siguen de esta doctrina

A pesar de ello, sin embargo, perseveran obstinadamente y nos instan a la letra de la Escritura, afirmando que las palabras de Cristo son tan claras que no admiten significado figurado. Habrían hablado con más prudencia si hubieran buscado el consejo de Agustín para discernir entre el lenguaje figurado y el correcto. En el tercer libro, capítulo 16 de su Doctrina cristiana dice: «Si el discurso parece ordenar alguna maldad o impiedad, o prohibir cualquier felicidad o bienestar, no es un discurso propio, sino figurativo». Y luego, él añade, como el ejemplo, una cita de Juan 6:53: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en ustedes». A esto, Agustín añade: «Este discurso parece mandar un mal; por lo tanto, es un discurso figurado, por el cual se nos manda a tener comunión con los sufrimientos de Cristo Jesús, y a guardar en perpetua memoria con alegría, que la carne del Señor fue crucificada y herida por nosotros». «Porque de otra manera —como el mismo autor menciona, en su segundo libro Contra los adversarios de la Ley y los Profetas— sería realmente más horrible comer la carne de Cristo Jesús que asesinarlo, y más horrible beber su sangre que derramar su sangre».

Sin embargo, los que enseñan la transubstanciación todavía mantienen la misma sintonía y sostienen que estas Palabras deben tomarse literalmente. Parece que, actuando por pura malicia y con el único fin de contradecir y resistir a la verdad, no reconocerán que se trata de un discurso sacramental. Lo quieran o no, están obligados a reconocer un lenguaje figurado en otros dichos de este tipo, como en Génesis 17:10, donde la circuncisión es llamada «el pacto»; en Éxodo 12:11, donde el cordero es llamado «la pascua»; en Mateo 26:28, donde la copa es llamada «su sangre»; en Lucas 22:20, donde la copa es llamada «el nuevo pacto»; y

en 1 Corintios 10:4, donde la piedra es llamada «Cristo». En todos estos pasajes el discurso es sacramental, y recibe un tipo de interpretación correspondiente; con todo, ellos pretenden maliciosamente negarnos en estas cinco palabras (hoc est enim corpus meum, «esto es mi cuerpo») lo que se ven obligados a conceder en el resto, especialmente donde Pablo llama a la roca «Cristo».

DIOS NUNCA DESEA LO QUE ES CONTRARIO A SU NATURALEZA

Ahora bien, cuando son expulsados de esta fortaleza, pasan rápidamente a una segunda, a saber: que Dios, por su omnipotencia, puede hacer que el cuerpo de Cristo esté al mismo tiempo en el cielo y en el pan; por lo tanto, dicen, es así. Si negara su conclusión, tendrían muchos problemas para probarla; pero el asunto en cuestión aquí no es si Dios puede hacer una cosa o no, sino si Dios la hará o no, o si puede quererla o no. Y decimos con reverencia que Su Majestad no puede quererlo, porque si bien es cierto que Él puede hacer muchas cosas que no quiere, es igualmente cierto que hay muchas cosas que no puede querer. Estas cosas son de dos tipos: primero, no deseará aquellas cosas que son contrarias a su naturaleza, como ser mutable, arrepentirse, etc.; porque si pudiera querer estas cosas, no serían argumentos para ningún poder o fuerza, sino más bien ciertos argumentos para su impotencia y debilidad. Y es por eso, que, aunque no desee estas cosas, no deja de ser omnipotente, sino que su poder constante e invencible es tanto más conocido.

DIOS NO CONTRADICE LO QUE YA HA DECRETADO

Segundo, Dios puede no querer algunas cosas porque ya ha decretado lo contrario. Este es el tipo de cosa que ahora discutiremos, porque puesto que Dios ha decretado que todo cuerpo humano debe consistir de partes orgánicas (y, por tanto, debe ser comprendido y circunscrito dentro de su lugar propio e individual), y puesto que también ha designado a Cristo Jesús para tener tal cuerpo (no sólo por un tiempo, sino eternamente), por tanto, digo que Dios no puede querer ahora lo contrario: ni abolir este cuerpo, que Él ha designado para ser eterno, ni hacerlo al mismo tiempo cuerpo y no cuerpo, con cualidad y sin cualidad, finito e infinito, con ubicación y sin ubicación. No puede querer estas cosas, que son contradicciones en sí mismas, como no puede querer una mentira. Así puede ser visto por todos los hombres que preservamos la omnipotencia de Dios y con reverencia en nuestros corazones reconocemos que sólo Él es omnipotente; y deseamos que todos los hombres tengan por calumniadores a los que abusan de los oídos de los simples, persuadiéndolos de lo contrario de lo que enseñamos.

No se contentan con esto, porque dicen que el Señor puede querer una contradicción y hacer que ambas partes sean verdaderas al mismo tiempo. Para probar esto argumentan a partir de los milagros, porque es como si dijeran: todo milagro implica una contradicción. Por ejemplo, Dios hizo que una virgen tuviera un hijo. Piensan que esta obra envuelve una contradicción; tener un hijo es una parte de la contradicción, y ser virgen es la otra. Esta obra es un milagro, pero no implica alguna contradicción. Es verdad que el milagro de que una virgen tenga un hijo es contrario al curso de la naturaleza, pero ser virgen y sin embargo tener un hijo, no es contradictorio si ella concibió y dio a luz milagrosamente, como lo hizo la santísima virgen; no obstante,

ser virgen y no virgen al mismo tiempo sí es una contradicción. Siguiendo esto, entonces, que el cuerpo de Cristo sea al mismo tiempo visible e invisible, local y no local, es en todo sentido la misma contradicción, y, por tanto, no puede ser verdad.

En otro ejemplo, hablan de la entrada de Cristo cuando las puertas estaban cerradas, pero ¿qué contradicción aparece allí? ¿Pueden probar que entró por las puertas, y si lo hizo, entonces hubo alteración de cualidades, y eso por milagro, ya sea en el cuerpo de Cristo o en las puertas? No hay contradicción en naturaleza a menos que no sepas qué es lo que es una contradicción. El tercer y último ejemplo que ellos dan es con respecto al fuego que había en el horno de Nabucodonosor, el cual consumió a los sirvientes, pero no quemó a los que estaban en medio de él. Esto no parece tener más peso que el ejemplo que ya hemos respondido. Aparentemente imaginan que en cada milagro hay una contradicción implicada, lo cual es absurdo. Si pueden probar que este fuego era a la vez caliente y frío, entonces, tendría algo de sentido, pero que queme a unos y no haga daño a otros, no es ninguna contradicción, porque su fuerza fue milagrosamente reprimida. Así, el segundo argumento se mantiene firme: Dios no puede querer lo que implica una contradicción. Pero la presencia real del cuerpo de Cristo en el sacramento sí implica una contradicción, porque hace al cuerpo de Cristo visible e invisible, limitado y no limitado a la vez. Por tanto, Dios no podría desear tal cosa.

Cuando ya han sido refutados, hacen de su último refugio una obstinada defensa de su propia opinión, porque dicen que el cuerpo de Cristo está exento de las reglas físicas debido a que la teología no está sujeta a reglas físicas. Es una conclusión muy pobre decir que sometemos la teología a la física porque defendemos las propiedades naturales del cuerpo verdadero y natural de Cristo Jesús, primero según

la teología que es la ley de Dios, y luego según la física, que es la ley de la naturaleza.

Supongamos que concedo esto, a saber: que la teología no está sujeta a la física y que, por tanto, el cuerpo de Cristo está exento de las reglas físicas. ¿Qué hay con eso? ¿Cómo se deduce eso? ¿Por qué ley se exime o se puede eximir al cuerpo de Cristo? No puedes hacerlo por la ley de la naturaleza, porque Él fue hecho de la simiente de David, y tomó carne verdadera desde el vientre de la virgen. Mucho menos puedes eximir al cuerpo de Cristo por la ley de Dios, que es la teología, porque sabes que Cristo fue designado desde la eternidad para tomar sobre sí nuestra naturaleza, y hacerse verdadero hombre. De hecho, es cierto que la ley de Dios no puede estar sujeta a la ley de la naturaleza, porque la ley de la naturaleza fluye de la de Dios, como de su propio manantial. Pero es tan cierto que, si exentas al cuerpo de Cristo de la ley de la naturaleza, también lo eximes de la ley de Dios; pues afirmo que las Escrituras concuerdan de tal manera con la ley de la naturaleza, que si niegas una también negarás la otra; y si admites una, también admitirás la otra. Por tanto, si miras bien a tu alrededor, encontrarás la viga en tu propio ojo, porque perviertes tanto la ley de Dios como la de la naturaleza, por una física recién inventada por ti mismo. Porque quienquiera que atribuya a un mismo cuerpo propiedades naturales y antinaturales —que luchan directamente entre sí—, pervierte la teología y la física. Pero a uno y al mismo cuerpo de Cristo Jesús le atribuyen propiedades naturales y antinaturales, por lo que son ellos los que pervierten tanto el uso de la verdadera teología como el orden sentado y establecido en la naturaleza. ¿Sabrías el motivo de mi proposición? Digo, que tanto en la teología como en la física, una de dos declaraciones contradictorias debe ser necesariamente falsa. Pero ahora, para terminar contigo de una vez por todas, pasaremos a responder tu último subterfugio.

EL CUERPO GLORIFICADO DE CRISTO NO ES CONTRANATURAL

Ellos razonan de esta manera: un ser glorificado no está sujeto a las leyes naturales, y el cuerpo de Cristo es glorificado; por tanto, no está sujeto a las leyes naturales. Primero que nada, antes de responder directamente, debemos considerar en qué consiste la glorificación del cuerpo, y luego la respuesta será fácil. En 1 Corintios 15:42, el apóstol Pablo tiene esto para decir: «Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder»[8]. Y un poco después: «Esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad». Por esta manifiesta antítesis, Pablo claramente describe la glorificación del cuerpo, porque contrapone estos dos, el cuerpo no glorificado y el cuerpo glorificado. Al cuerpo no glorificado le atribuye corrupción, ignominia, debilidad, carnalidad y mortalidad; al cuerpo glorificado le atribuye incorrupción, gloria, poder, espiritualidad e inmortalidad. De esta contraposición podemos deducir fácilmente lo que la resurrección y la glorificación aportan al cuerpo brevemente: por ellas vemos que el cuerpo sólo está privado de corrupción, vergüenza, enfermedad, naturalidad y mortalidad; y, en una palabra, sólo pierde todas las debilidades de nuestra naturaleza para que pueda ser revestida de la vestidura más gloriosa de incorrupción, poder, gloria, espiritualidad e inmortalidad. Vemos, entonces, que esta glorificación ciertamente implica un cambio. Pero creo que ningún hombre estaría tan loco como para pensar que este cambio se hace en la sustancia, porque si así fuera, la vieja sustancia menguaría y se originaría una nueva. Pero no escuchamos ninguna cosa como esta en la

8 Aunque el autor dice citar solamente el versículo 42, también, cita todo el versículo 43 (NE).

descripción; en la cualidad se da un pequeño cambio, ya que no oímos ninguna palabra ni de aumento ni de disminución de ninguna sustancia, lo que debería ser el caso si hubiera un cambio en la cualidad. Hasta donde podemos percibir, pues, esta mutación consiste en la cualidad por la cual el cuerpo se despoja de la vieja túnica de debilidad y se viste con la túnica de gloria, porque Cristo, después de resucitar, fue y vino, fue visto y tocado.

De lo ya deducido, claramente se sigue que, puesto que la gloria del cuerpo de Cristo no ha hecho ningún cambio en su naturaleza y sustancia, ni consecuentemente en sus dimensiones naturales, ni en ninguna otra propiedad esencial, por tanto, la glorificación de su cuerpo no está exenta de las leyes de la física. Mientras permanezca la naturaleza del verdadero cuerpo, no hay dones sobrenaturales por los que pueda ser glorificado —por muy exaltados que sean, según se aprende de la divina Escritura— que puedan dañar su naturaleza, ni su propiedad natural, porque no hay don ni cualidad que pueda dañar a la naturaleza excepto el don que es contra la naturaleza.

Pero el don sobrenatural no es antinatural ni contra la naturaleza, por lo que no puede dañar o perjudicar la naturaleza. Y mi razón es esta: estos dones que decoran y embellecen la naturaleza no pueden dañarla o perjudicarla; por tanto, no pueden quitar ni la naturaleza ni la propiedad natural.

Ellos no lo dejan ahí, sino que presentan contra nosotros otra objeción de esta misma doctrina de Pablo respecto a la glorificación del cuerpo. Pablo concede que un cuerpo glorificado es un cuerpo espiritual, pero un cuerpo espiritual es un cuerpo invisible; por tanto, un cuerpo glorificado es invisible, y consecuentemente el cuerpo de Cristo es invisible. Incluso si esto no es un argumento formal, para ser muy breve niego su suposición; porque aun si no hubiera más que

la palabra «cuerpo», esa palabra sería un argumento de que el cuerpo espiritual no es invisible.

Sin embargo, exploremos la cuestión de manera más clara, de acuerdo con la mente del apóstol Pablo en este pasaje, 1 Corintios 15. En el versículo 44 de este capítulo, muestra el cambio que se producirá en las cualidades del cuerpo por la resurrección, pues dice que, de ser un cuerpo natural, pasará a ser un cuerpo espiritual. Luego, en el siguiente versículo expone estas dos cualidades diciendo: «Se llama cuerpo natural al que es sostenido y vivificado por un alma viviente solamente, como lo fue el de Adán. Y, además, se dice que es un cuerpo espiritual al que junto con el alma es vivificado por una virtud mucho más excelente: a saber, por el Espíritu de Dios, enviado a nosotros por Cristo, el segundo Adán»[9]. Luego, en la misma línea, respondo con Agustín en Ad Constantium: «Así como el cuerpo natural no es un alma, sino un cuerpo, tampoco se dice que el cuerpo espiritual es un alma, sino un cuerpo, y por lo tanto es invisible».

Al retomar este punto, sólo les daré un nudo para que lo aflojen, y así terminar de una vez por todas. Razono así: si el cuerpo de Cristo está natural y realmente en la Cena porque está glorificado, se sigue que cuando no estaba glorificado no podía estar realmente presente; pero no estaba glorificado cuando esta Cena fue instituida por primera vez, y, por tanto, no estaba realmente en el pan en la primera Cena de Cristo. Si su cuerpo no estaba naturalmente presente en el pan de la primera Cena, no puede estar naturalmente presente ahora, pues cualquiera que sea el uso que hagan ahora en la administración de la Cena, o de su misa —llámenla como quieran—, según su propia confesión, la usan según la ordenanza, forma y manera que Cristo mismo usó

9 La cita no es literal a como aparece en el pasaje. (NE)

en su primera cena. Porque dicen claramente en su disputa en Poissy —en 1561— y en todo el resto de sus obras, que Cristo Jesús primero observó la forma que ellos usan en su misa, y dejó a sus apóstoles y a sus sucesores que hicieran lo mismo. Por eso, por sus propias palabras se han enredado en su misma red y han crucificado a su misa. ¿Qué pueden responder a esto? Estoy seguro de que no se quedarán mudos, pues deben decir algo para mantener su religión, ya que, si este argumento es válido, están acabados.

Los papistas responden que, aunque el cuerpo de Cristo que estaba presente localmente con el resto de sus discípulos no estaba glorificado, sin embargo, el cuerpo que exhibía en el pan estaba glorificado; bien podrían haberse callado y no haber dicho nada. Considera las palabras del texto tal como están escritas en Lucas 22:17[10]: «Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado"», y las palabras de san Pablo en 1 Corintios 11:24: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido». Este «que» se refiere al cuerpo exhibido en el pan, porque de acuerdo con su propia confesión, estas palabras se pronuncian sobre el pan y se dirigen a él. Pero este mismo cuerpo fue dado y partido por nosotros, es decir, crucificado y humillado con angustia y dolor. Luego, razono así: ser crucificado con angustia y dolor no puede ser de ninguna manera consistente con un cuerpo glorificado, pero los evangelistas dicen que el cuerpo que Cristo exhibió en el pan fue crucificado y partido por nosotros, por tanto, el cuerpo no era glorificado.

Ahora, por último, los papistas se niegan a estar satisfechos y dicen que Cristo puede hacer del pan su cuerpo, y consecuentemente su cuerpo estaría realmente. Concedemos que Cristo puede hacer del pan su cuerpo, porque

10 En nuestras biblias aparece en el versículo 19 (NE)

Cristo, siendo Dios, puede hacer lo que desee; sólo tienen que demostrar que Cristo hará del verdadero pan su verdadera carne, y entonces se pondrá fin a la controversia. Cristo verdaderamente puede hacer del pan su cuerpo, no realmente, sino sacramentalmente, porque Cristo no tiene un cuerpo hecho de pan. Su cuerpo fue hecho una vez por todas de la pura sustancia de su bendita madre. No tiene otro cuerpo que este, o uno hecho más de una vez, de modo que toda doctrina que enseñe que el cuerpo de Cristo está hecho de pan es impía y herética. La doctrina papista de la presencia real enseña que el cuerpo de Cristo en el sacramento está hecho de pan, cambiando el pan en su cuerpo a través del poder de la consagración. Por lo tanto, podemos concluir audaz y verdaderamente que su doctrina de una presencia real es tanto malvada como herética.

Ahora, para concluir esta sección, les ruego, ya que la razón les falla, que no luchen contra Dios para mantener una mentira, por antigua que sea (¡pues el diablo es bastante antiguo, y sin embargo nunca podría cambiar su naturaleza!), sino que glorifiquen más bien a Dios, confesando que estas palabras sean sacramentales.

LAS CINCO PALABRAS DEBEN SER ESPIRITUALMENTE ENTENDIDAS

Entonces, ¿cuál es la razón por la cual los papistas extraen la sustancia del cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo, y hacen que la misma sustancia sea corporal, real y sustancial en el sacramento? La razón es que no pueden ver por su juicio natural, ni comprender por su inteligencia natural, esta verdad, a saber: cómo la carne y la sangre de Cristo pueden estar presentes en el sacramento sin estar presentes en sus manos corporales y en sus bocas y estómagos corporales. Si tuvieran alguna luz que les mostrara que Cristo puede estar presente en la Cena y no en la mano, la boca y

el estómago, nunca se les habría ocurrido que una presencia tan absurda como la que cuentan estuviera allí. Pero siendo destituidos de luz espiritual, siguen su razón natural, y hacen que sea una presencia natural y carnal. Por tanto, tenemos que aprender esta lección aquí: ningún hombre que no tiene el Espíritu de Dios puede entender estas cinco palabras: «Porque este es mi cuerpo». Tal hombre indudablemente hará como el papista, es decir, lo entenderá carnalmente. Puesto que ellos confunden su verdadero significado, no resulta sorprendente que difieran de nosotros en esta cuestión.

Si primero preguntas al papista si el verdadero cuerpo de Cristo está allí, o si la verdadera carne y sangre de Cristo están allí, dirá que sí. Si preguntas: «¿Dónde?», dirá que en y bajo los accidentes del pan y del vino, bajo el color y la redondez del pan. Si le preguntas de nuevo: «¿Por cuál instrumento son recibidos?», te dirá: «Por la boca y el estómago del cuerpo». Tal es su burda comprensión del cuerpo y la sangre de Cristo. Si preguntas sobre la ubicuidad, si el verdadero cuerpo de Cristo está presente, él dirá que lo está. Si preguntas: «¿Está en, con o bajo el pan?», te responderá que está en el pan como su contenido, es decir, el pan lo contiene. Si le preguntas a cuál instrumento es ofrecido, responderá que el cuerpo y la sangre de Cristo son ofrecidas a la boca del cuerpo.

EL CUERPO DE CRISTO ESTÁ PRESENTE POR EL ESPÍRITU SANTO A TRAVÉS DE LA FE

Si nos preguntas, en cambio, cómo están presentes el verdadero cuerpo y la sangre de Cristo Jesús, te diremos que están espiritualmente presentes, realmente presentes, es decir, presentes en la Cena, y no en el pan. No diríamos que su verdadera carne está presente en nuestras manos, o en la boca de nuestro cuerpo, pero está espiritualmente presente, es decir, presente a nuestros espíritus y almas en

fe; sí, incluso tan presente interiormente en nuestras almas, como el pan y el vino están presentes en el cuerpo exteriormente. Si preguntas si el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús están presentes en la Cena, respondemos en una frase: «Están presentes en la Cena, pero no en el pan y el vino, ni en los accidentes o sustancias del pan y el vino». Sostenemos que Cristo está presente en la Cena porque está presente en nuestras almas, espíritus y fe; también sostenemos que Él está presente en la Cena porque lo tenemos en su promesa: «Este es mi cuerpo». Esta promesa está presente en mi fe, y la naturaleza de la fe es hacer presentes las cosas que están ausentes en sí mismas. Y, por tanto, puesto que Él está presente por fe en su promesa y por el poder de su Espíritu Santo, ¿quién puede negar que Él está presente en la Cena?

Sin embargo, debe ser explicado el significado de la palabra «presente»; cómo es que se dice que una cosa está presente y ausente. Al saber esto lo encontraremos bastante fácil. Se dice que las cosas están presentes en la medida en que son percibidas por cualquier sentido externo o interno: entre más son percibidas, más están presentes; y cualquiera sea el sentido que las perciba, para ese sentido están presentes. Si, por tanto, la cosa es externamente percibida por una presencia externa, la cosa está externamente presente. Por ejemplo, si se percibe por la vista exterior del ojo, por la escucha exterior del oído, por el tacto exterior de las manos o por el gusto de la boca, está exteriormente presente; sin embargo, si algo es percibido por la vista interior, por el gusto interior y por el sentir del alma, no puede estar externamente presente, sino que debe estar espiritual e interiormente presente en el alma.

Así pues, todo está presente tal como es percibido, de modo que, si una cosa no la percibes exteriormente, está exteriormente ausente, y si no la percibes interiormente, está interiormente ausente. No es la distancia de lugar lo

que hace a una cosa estar ausente, ni la cercanía de lugar lo que hace estar a una cosa presente; en cambio, es la percepción de algo por alguno de nuestros sentidos lo que hace a una cosa estar presente, y es la ausencia de percepción lo que hace a una cosa estar ausente. Incluso si la cosa misma nunca estuvo tan lejos como ahora, si la percibes con tu sentido externo, está presente para ti. Por ejemplo, mi cuerpo y el sol están muy alejados, así como el cielo de la tierra, y, sin embargo, está distancia no mantiene la presencia del sol alejada de mí. ¿Por qué? Porque percibo al sol por mis ojos y mis otros sentidos, lo siento y percibo por su calor, por su luz y por su brillo. Por tanto, aunque algo esté muy alejado, si tenemos los sentidos para percibirlo, está presente para nosotros.

Entonces, la distancia no hace que una cosa esté ausente de ti, si tienes los sentidos para percibirla. De igual forma, la cercanía no hace que una cosa esté presente, aunque esté muy cerca, si no tienes los sentidos para percibirla. Por ejemplo, si el sol brilla sobre tus ojos y eres ciego, no está presente para ti, porque no puedes percibirlo. Una dulce melodía nunca estará presente para un oído sordo, aunque se cante al oído de este hombre, porque no tiene un sentido para percibirla; y un cuento bien contado nunca estará presente para un necio, porque no puede entenderlo y no tiene juicio para percibirlo. Por tanto, no es la cercanía ni la distancia lo que hace a una cosa presente o ausente, sino la percepción y no percepción que tenemos de ella.

Ahora bien, si preguntas, ¿cómo es que el cuerpo de Cristo está presente? En una frase, como has oído una vez tras otra: Él no está presente a los sentidos externos, sino a los sentidos internos, que es la fe obrada en el alma. Porque esta acción del sacramento y de la Cena es en parte corporal, y en parte espiritual. Digo que esta acción es en parte corporal, no sólo porque los objetos —es decir, el pan y el

vino— son corporales, sino también porque mi boca, a la que estas cosas son ofrecidas, los instrumentos y manera por la cual estas cosas son recibidas son corporales y naturales. De nuevo, afirmo que esta misma acción es en parte espiritual, no sólo por Cristo Jesús, que es la cosa celestial y espiritual del sacramento, sino también porque tanto mi alma —a la que Cristo es ofrecido y dado— como el instrumento y la manera en la cual es recibido, son espirituales; pues no recibo a Cristo corporalmente, sino espiritualmente.

Así que, en estos sentidos, digo que esta acción es en parte corporal y en parte espiritual.

Ahora bien, primero, no confundas estas dos clases de acciones, las señales corporales y naturales, con la cosa espiritual señalada por ellos. De nuevo, no confundas la boca del cuerpo con la boca del alma. No confundas la manera externa de recibir, que es por la mano del cuerpo, con la manera espiritual de recibir, que es por la mano del alma. En este sentido, se puede ver claramente que cada cosa está presente a su propio instrumento; es decir, el cuerpo de Cristo, que es la cosa espiritual señalada, está presente a la boca y mano espiritual, y el pan y el vino, que son las señales corporales, están presentes a la boca y mano corporal. Entonces, ¿cómo un objeto está presente? Un objeto corporal está corporalmente presente, y un objeto interno está internamente presente. ¿Cuál es la naturaleza de la cosa señalada? Es de naturaleza celestial. Entonces, preguntas: «¿Cómo está Cristo presente?». Está presente de un modo celestial y espiritual en tu alma, y en la boca de tu alma, que es la fe.

Sería algo descabellado hacer presente a la cosa señalada en tu estómago, o en tu boca, o en el ojo de tu cuerpo, porque si así fuera, no estaría espiritualmente presente, ya

que todo está presente de acuerdo con su propia naturaleza. Si es una cosa corporal, está presente de manera corporal; si una celestial, de manera espiritual. Por tanto, pienso que nadie puede dudar de cómo el cuerpo de Cristo está presente. No está presente carnalmente, sino espiritualmente en mi alma, y en la fe de mi alma. Hasta aquí lo concerniente con la forma en que está presente.

SE DIRIGE A LOS COMULGANTES, NO A LOS ELEMENTOS

Llegamos al último punto de nuestra discusión. Tenemos que considerar a quiénes deben ser dirigidas y pronunciadas las palabras, porque nosotros y los papistas diferimos en este punto. Decimos que las palabras deben ser dirigidas y pronunciadas a las personas, a los creyentes comulgantes; ellos, por el contrario, dicen que las palabras no deben ser dirigidas o pronunciadas a las personas, sino a los elementos, y que no deben ser claramente pronunciadas, sino susurradas sobre los elementos, de modo que, si se hablan al pueblo, o se hablan claramente, su fórmula no sirve de nada. Ahora digo que, así como esta acción es pervertida por ellos en todas sus otras partes, así también es pervertida en este punto, cuando hablan a los elementos mudos lo que deben hablar al pueblo de Dios.

1. En primer lugar, la promesa de misericordia y gracia debe ser dirigida y pronunciada a aquellos a quienes el Señor las realiza y las hace eficaz. Las promesas de misericordia y gracia, sin embargo, son hechas y efectuadas no en el pan y el vino, sino en los hombres y mujeres creyentes. Por tanto, estas promesas deben ser dirigidas a los hombres y mujeres creyentes. Esta es la promesa de misericordia y gracia: «Este es mi cuerpo, que por vosotros es partido». La promesa no es hecha a alguna cosa, sino a los creyentes, y por eso

debe ser dirigida a ellos solamente.

2. En segundo lugar, tenemos que considerar el hecho de que este sacramento sella un Pacto de gracia y misericordia. ¿Con quién hace Dios este Pacto de gracia y misericordia? ¿Lo haría con un pedazo de pan o con cualquier elemento mudo? No hay hombre que entre en un pacto con su siervo, por no hablar de entrar en un pacto con un elemento mudo. Por tanto, puesto que el sacramento sella un pacto, este pacto debe ser hecho necesariamente con un alma creyente, y no con un elemento mudo, y por eso las palabras no pueden ser dirigidas a los elementos.

3. En tercer lugar, considera el fin por el cual el sacramento fue instituido. ¿No es para conducirnos a Cristo? ¿No es para nutrir nuestra fe en Cristo? ¿No es para nutrirnos en una persuasión constante de la misericordia del Señor en Cristo? ¿Fue acaso designado para volver dioses a los sacramentos? No, porque si te fijas en el propósito de Dios en esta institución, encontrarás que Cristo no la ha establecido para ennoblecer los elementos, para favorecer y honrar los elementos, que ayer eran pan y vino, convirtiéndolos hoy en dioses. Nosotros, por el contrario, decimos claramente que la institución de Cristo no se ocupa de los elementos alterando su naturaleza, sino que está destinada a alterarnos, a cambiarnos y a hacernos cada vez más espirituales, y a santificar los elementos para nuestro uso. Pero el fin especial es este: hacernos santos, y crecer más y más en una fe segura en Cristo, y no para alterar los elementos y volverlos dioses. Por tanto, por estos tres argumentos es evidente que las palabras no deben ser dirigidas a los elementos, sino a las personas y a los fieles comulgantes.

Ahora bien, en conclusión, hay una cosa sin la que no

podemos obtener beneficio alguno, no importa cuánto discutamos sobre el apropiado entendimiento del sacramento. Como ves, lo que se ha dicho sobre el sacramento está basado y depende de la fe. Si un hombre tiene fe, aunque sea muy poca, obtiene algo de Cristo y alguna percepción en la comprensión de este sacramento; pero si no tiene fe, aunque un hombre se tome la molestia de hacer los sacramentos tan claros, no le es posible captar ni comprender a Cristo. Sin fe no podemos ser cristianos, ni podemos ver a Dios o sentir a Dios en Cristo. La fe es la única cosa que traslada nuestras almas de la muerte y condenación en que fuimos concebidos y nacidos, y nos planta en la vida. Así pues, todo el estudio y el esfuerzo de un cristiano deben dirigirse a esto: a pedir que el Señor, en su misericordia, ilumine su mente con el ojo de la fe, y encienda en su corazón el amor a la fe, y obre en su corazón la sed y el deseo del objeto de la fe, y cada vez más la sed y el hambre del alimento de la fe, que nos nutre para la vida eterna.

Sin esta fe, por mucho que el hombre natural se jacte de su entendimiento natural, ciertamente no hay bienaventuranza, sino que toda su vida es nada más que una terrible miseria. Sea lo que sea lo que te halaga y te agrada saber, ya sea un pensamiento o movimiento de la mente, o una acción del cuerpo, sin fe el mismo movimiento, cogitación y acción te atormentarán de aquí en adelante. Por tanto, pide misericordia por cualquier movimiento, pensamiento o acción en la que hayas ofendido a Dios o, de lo contrario, Dios te ofenderá y castigará en esas mismas cosas. No hay manera de evitar ofender a Dios excepto por la fe verdadera; por tanto, el cristiano debe esforzarse por crecer en la fe.

Es por medio de oír la Palabra que obtienes fe, y por medio de recibir el sacramento que creces en fe; y cuando tienes fe, la recepción del sacramento es fructífera, pero sin fe, solo comes tu propia condenación. Por tanto, todo el ob-

jetivo del cristiano es obtener fe, y esta fe no se obtiene en la ociosidad sino en la oración ferviente por esta fe y su crecimiento, en la que podamos ser dignos receptores de este sacramento, por los justos méritos de Cristo Jesús, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria, ahora y siempre. Amén.

3

La preparación para la Cena del Señor Parte 1

Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa

1 Corintios 11:28

Aunque la doctrina de nuestra propia prueba y autoexamen (amados en Cristo Jesús), debe veir antes a la doctrina de nuestro examen y debido escudriñamiento le sigue a la doctrina y recepción del sacramento. Ninguno puede oír la Palabra de Dios provechosamente sin en alguna medida preparar su alma, y preparar el oído de su corazón para escuchar, por lo que la preparación es siempre necesaria tanto para recibir el sacramento visible como para escuchar la Palabra. Por tanto, la doctrina de la preparación y el debido escudriñamiento debe ocupar el lugar que le corresponde, además de que es muy necesaria para cada uno de ustedes.

En las palabras que hemos escuchado, el apóstol ofrece su consejo y da su advertencia, y no solo esto, sino su amonestación y mandato: que no debemos venir a la Mesa del Señor, o venir a escuchar la Palabra precipitadamente, sino que cada uno de nosotros debe venir a esta santa acción con reverencia, que podamos prepararnos y santificarnos en alguna medida. Puesto que vamos a la Mesa del Rey del cielo, conviene ponernos nuestro mejor traje. En una frase, expone toda la doctrina y asunto de tal preparación, cuando dice «que cada hombre y mujer se pruebe y examine a sí mismo»[11]. Es como si dijera: «Que cada uno de ustedes pruebe y examine sus almas; es decir, examina el estado de tu propio corazón, y la condición de tu propia conciencia. Observa cuál es el estado de tu corazón delante de Dios, y cuál es el estado de tu conciencia delante de tu prójimo». No le pide a tu prójimo que te examine, no le pide a tu compañero que pruebe tu corazón; sino que te invita personalmente a probar tu propia conciencia y tu propio corazón, porque nadie sino tú mismo puede estar seguro del estado de tu corazón o de la condición de tu conciencia.

Ahora, él no excluye que otros te prueben, porque es la tarea del pastor probarte, pero nadie puede probarte tan estrictamente como tú mismo lo harías, porque nadie puede conocer tanto de ti a no ser tú mismo. Nadie sino tú mismo puede estar seguro del estado de tu corazón y la condición de tu conciencia. Así como los otros, ellos juzgarán tu corazón y conciencia de acuerdo con tus obras y frutos, y a menos que tus obras y frutos sean impíos y totalmente viciosos, estamos obligados en conciencia a juzgar caritativamente tu corazón y tu conciencia. Así, nadie es tan apto para probar el espíritu de un hombre, para probar el corazón o la conciencia de un hombre, como el hombre mismo.

---

11 Cita no literal (NT).

Para que este examen sea hecho bien, tres cosas deben ser consideradas. Primero, tienes que entender qué es lo que vas a examinar, es decir, lo que llamas «conciencia», la que el apóstol llama a examinar. Segundo, tienes que pesar y considerar las razones y bases por las que debes examinar tu conciencia. Tercero, tienes que ver cuáles son los puntos principales en los que debes tratar de examinar tu conciencia.

I. LA NECESIDAD DE ENTENDER NUESTRAS CONCIENCIAS

En primer lugar, para comenzar con lo que cada uno de ustedes sabe, pues no existe nadie que carezca de conciencia, es necesario entender qué es la conciencia. Así que, mientras Dios me dé la gracia, se los voy a explicar. Llamo «conciencia» a un cierto sentimiento en el corazón, semejante al juicio del Dios viviente, que sigue a una acción hecha por nosotros, que fluye de un conocimiento en la mente, y que va acompañado de un cierto movimiento del corazón, temor o alegría, temblor o regocijo. Ahora examinemos las diferentes partes de esta definición.

> [1] Primeramente la llamo un cierto sentir en el corazón, porque el Señor ha dejado tal estampa en el corazón de cada hombre, que nadie hace nada tan secreta o calladamente sin que su propio corazón le redarguya y le hiera. Dios hace que sienta en su corazón si ha obrado bien o mal. ¿Por qué el Señor ha puesto ese sentimiento en el corazón? Porque la vista de Dios no está tanto en el semblante exterior y el comportamiento externo, sino en lo interior del corazón. Es por eso que le dice a Samuel (1 Samuel 16:7): «Jehová mira el corazón». Asimismo, le dice a Salomón: «Porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos» (1 Crónicas 28:9).

También Jeremías dice: «Jehová (...) que escudriñas la mente y el corazón» (Jeremías 11:20). Y el apóstol dice: «El Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones» (1 Corintios 4:5). Por tanto, puesto que el Señor se preocupa principalmente por el corazón, es en el corazón —la parte principal de la conciencia— que coloca este sentir.

[2] Luego, menciono que este sentir se asemeja al juicio de Dios, pues este sentir fue dejado y puesto en nuestra alma para que tuviéramos un juicio propio y familiar dentro de nosotros, para suscribir y asemejarnos al juicio secreto e invisible del altísimo Dios, un juicio particular que precede al juicio general en ese gran día en que todo hombre será justificado o condenado, según el juicio particular que esté dentro de su propia conciencia. Mientras tanto, esta conciencia queda en nosotros como el medio por el cual el Dios vivo relaciona sus actos en el juicio final con todo el proceso de nuestra vida en la tierra. Porque los libros de nuestra conciencia en el último día serán abiertos, y cada hombre recibirá según el veredicto de su conciencia. Por eso digo que nuestras conciencias se asemejan al juicio de Dios.

[3] Lo tercero que digo es que se sigue de un acto hecho por nosotros. Nuestra conciencia no nos redarguye antes de que se haga la acción; nuestro corazón no nos redarguye antes de que se cometa la mala acción. No, el redargüir de nuestra conciencia y el sentir del corazón no precede, sino que sigue inmediatamente al hecho. Así, tan pronto como el acto se comete, tu conciencia lo aplica a ti mismo y dicta la sentencia en tu contra. Por eso digo que es un sentir que sigue a un acto hecho por nosotros.

[4] Lo cuarto que digo es que es un sentir que fluye de un conocimiento en la mente, porque a menos que la conciencia esté informada y el corazón sepa que la acción hecha es mala, ni el corazón, ni la conciencia la tomarán como mala. El conocimiento debe ir antes del redargüir de la conciencia. Tu corazón nunca podrá sentir lo que es malvado sin que tu mente sepa lo que es malvado. Por tanto, el conocimiento debe ir antes del sentir, y el testimonio y redargüir de tu conciencia funciona de acuerdo con la medida de tu conocimiento. Un ligero, dudoso e incierto conocimiento, hace del redargüir de la conciencia algo ligero y suave, mientras que, por otro lado, un santo y sólido conocimiento que viene de la Palabra de Dios hace del redargüir de la conciencia algo severo. Por eso, la conciencia debe responder al conocimiento. Si no tenemos otro conocimiento que el conocimiento que tenemos por naturaleza, y por la chispa de luz que aún queda en la naturaleza, nuestra conciencia no responderá más que a ese conocimiento. Pero, si aparte de la luz de la naturaleza tenemos un conocimiento de Dios y su Palabra, y un conocimiento de Dios por su Espíritu Santo que obra en nuestros corazones, entonces, nuestra conciencia irá más allá, excusando o acusándonos de acuerdo con la luz que está en su Palabra.

Así, la conciencia no se adquiere, ni se alcanza cuando somos iluminados por el Espíritu Santo y cuando escuchamos la Palabra de Dios, sino que nuestra conciencia nace con nosotros, nos es natural, y queda en el alma de cada hombre y mujer. Así como quedan algunas chispas de luz en la naturaleza, también queda en el alma una conciencia. Y si no hubiera más que eso, esa misma luz que queda en tu naturaleza sería suficiente para condenarte. Por tanto, la conciencia no es adquirida; no nace con escuchar

la Palabra, ni en el momento en que comenzamos a reformarnos con la asistencia y renovación del Espíritu Santo. Cada hombre por naturaleza tiene una conciencia, y el Señor la dejó en nuestra naturaleza. Y aunque esta conciencia natural no esté reformada por la Palabra de Dios, será suficiente para condenarte eternamente. Por eso digo que el sentir del corazón fluye de un conocimiento de la mente.

[5] Por último, digo que está acompañado de un cierto movimiento del corazón; y expresamos esta moción en miedo o alegría, temor o gozo. Será un miedo muy grande si el acto es sumamente atroz y el redargüir de la conciencia es muy severo, de modo que, puesto que la culpa siempre debe implicar pavor, la conciencia nunca está en reposo. Pero si el acto es honesto, piadoso y admirable, pondrá contento al corazón y prorrumpirá de alegría. Por eso, brevemente hablando, en cada conciencia debe haber dos cosas: debe haber un conocimiento y un sentir por el cual, de acuerdo con tu conocimiento, apliques a tu propio corazón la acción que has realizado. Entonces, como la misma palabra lo indica, la conciencia consiste en dos partes: el conocimiento, de acuerdo con el cual es llamado «ciencia»; y el sentir, conforme al cual «con» es añadido, de ahí que se diga «conciencia». La palabra, significa, por tanto, conocimiento con aplicación.

El Señor designó a la conciencia para servir en el alma del hombre para muchos usos, a saber, para actuar como un guardián, un compañero, un asistente cuidadoso en cada acción que haces. Por tanto, ninguna acción puede llevarse a cabo secretamente, sigilosamente, encubiertamente, ya que, quieras o no, tu conciencia dará testimonio de ello. Tu conciencia será una fiel observadora de ello, y día a día una fiel señaladora de la misma acción. Y así,

(1) el Señor ha designado a tu conciencia para este oficio, para que te asista y sirva en todas tus acciones; nada puede escapar de ella. Del mismo modo,

(2) el Señor ha designado a tu conciencia y la ha puesto en tu alma para que sea tu acusadora, para que cuando cometas un hecho malvado tengas un acusador personal en tu propia alma, para encontrar fallas en ella.

3) la ha puesto dentro de tu alma para ser un verdadero y firme testigo contra ti. Sí, el testimonio de la conciencia no solo se asemeja a un testimonio o a un testigo, sino que la conciencia es tan buena como diez mil testigos.

(4) La conciencia queda en tu alma para actuar como un juez en contra de ti, para declarar la sentencia contra ti, para condenarte. Y así es, porque nuestro juicio particular debe preceder al juicio general y universal del Señor en ese gran día. ¿Y qué más?

(5) Ha dejado tu conciencia dentro de ti para ejecutar tu propia sentencia contra ti mismo. ¡Esto es terrible! La ha dejado dentro de ti para que sea un tormento y un azote para ti mismo, y así poner en ejecución tu propia sentencia.

¿No es algo más que maravilloso que una misma conciencia sirva a tantos fines en un alma, tanto para ser un continuo observador y señalador de tus acciones, como para ser un acusador, diez mil testigos, un juez, un verdugo y atormentador, para ejecutar tu propia sentencia contra ti mismo? Por lo tanto, el Señor nunca necesita buscar un miembro de la corte fuera de tu propia alma para llevar a cabo un proceso legal contra ti, porque tienes todo esto dentro de ti.

Toma nota de esto, porque no hay palabra de esto que caiga a tierra sin que lo encuentres para bien, o para tu

eterna aflicción. Este secreto y particular juicio que todos de ustedes llevan consigo permanece tan segura y firmemente incrustado dentro de ustedes que jamás podrán quitarlo de sus almas, aun cuando hicieran lo que fuera para borrarlo. Si te volvieras tan malicioso y perverso como cualquier demonio encarnado sobre la tierra, nunca lograrías que esta conciencia fuera completamente erradicada de tu alma, sino que, quieras o no, siempre quedaría suficiente de ella para hacerte inexcusable en el gran día del juicio universal.

Supongamos que puedes borrar todo conocimiento de tu mente y hacerte tan ciego como un topo; supongamos también que endureces tu corazón hasta el punto de borrar de él todo sentimiento, de modo que tu conciencia no te acuse, ni encuentre faltas en ti, y que te deleitas en hacer el mal sin ningún remordimiento; pero no creo que cualquier grado de maldad en la tierra te lleve al punto en que puedas hacer el mal sin temor. Cuanto más hagas el mal, cuanto más tiempo continúes haciendo el mal, mayor será tu miedo. Sí, a pesar del mal, y a pesar de toda la malicia del corazón del hombre, ese miedo permanecerá. Y aunque ambos conspiraran juntos, no estaría en su poder desterrar ese temor, pues el roer de la conciencia permanecerá siempre para atestiguarte que hay un día de juicio.

Supongamos también que las condiciones cambiarán de vez en cuando, que el miedo no permanecerá siempre, sino que a veces dará paso a la seguridad. Tampoco esa seguridad permanecerá siempre, sino que dará paso de nuevo al miedo, de modo que no será posible conseguir que este miedo sea totalmente erradicado. Cuanto mayor sea la seguridad, mayor será tu miedo cuando despiertes.

Supongamos nuevamente que este miedo será ciego, porque desde el momento en que un hombre, a causa de hacer el mal, ha desterrado el conocimiento de su mente y el sentimiento de su corazón, ¿qué puede quedar, sino un

miedo ciego? Cuando los hombres han apagado toda luz y no han dejado en su naturaleza nada más que tinieblas, no puede quedar nada más que un miedo ciego. Entonces, concedo que este miedo es ciego, porque ni saben de dónde viene el miedo, ni cómo se desarrolla, ni a dónde conduce, ni saben dónde y cuándo acabará. Por lo tanto, los que están de esta manera extraviados en sus almas son los más miserables de todos los hombres en la tierra. Mientras mantengan en su mente una chispa de este conocimiento y luz espiritual, por muy pequeña que fuera, por la cual puedan ver el rostro de Dios en Cristo, por la cual puedan ver un escape en la muerte y pasión de Cristo, y por la cual puedan ver la misericordia compasiva de Dios ofrecida en la sangre de Cristo; si tienen alguna chispa de esta luz para dirigirte, hay suficiente misericordia para ustedes en Cristo. Pero si cierran las ventanas de su corazón y lo llenan de oscuridad, tampoco sabrán de dónde viene este terror, ni ver alguna manera de escapar de él; esto es la miseria de todas las miserias.

Tenemos mucho que lamentar sobre el estado de este país, pues no están presentes aquellos a quienes se aplica especialmente esta predicación. Aun así, no hay ninguno de ustedes que no deba ahora prestar atención a su conciencia, mientras se le conceda tiempo libre, para que no destierre del todo esta luz que todavía se le ofrece, de la que aún quedan algunas chispas. Veo a la mayoría de nuestros grandes hombres en este país corriendo precipitadamente para extinguir la chispa de luz que hay en ellos, y no descansarán hasta que se extinga por completo. Y cuando lo hayan hecho, ¿qué puede seguir sino un miedo ciego y terrible en sus conciencias que nunca erradicarán? Sí, un miedo sin escapatoria, un miedo que crece y no decae, un miedo que los devorará por completo al final. Por lo tanto, diríjase cada uno a esta luz que está dentro de ustedes, y tengan cuidado de que los malos afectos de su corazón no arrastren sus cuerpos tras ellos; mira al menos que estos afectos no desvanezcan esta

luz. Y mientras el Señor les ofrezca esta luz a tiempo, oren para que en su misericordia les dé la gracia de abrazarla, de entrar en un nuevo rumbo y de enmendar sus vidas mientras todavía tienen tiempo.

El cuerpo dejará el alma, y el alma dejará al cuerpo, pero la conciencia nunca dejará al alma. Dondequiera que vaya el alma, al mismo lugar irá la conciencia, y en cualquier estado en que se encuentre tu conciencia, cuando mueras, en el mismo estado te encontrará en ese gran día. Por tanto, si la conciencia es un tormento para ti en el tiempo de tu muerte, si para entonces no la consigues apaciguar, será tu verdugo en el juicio final.

Por tanto, este asunto debe considerarse bien y cada uno de ustedes debe esforzarse por tener una buena conciencia, para que cuando el alma se separe del cuerpo, dejando la conciencia en reposo y paz con Dios, les sea devuelta, y se encuentre de nuevo con la misma gran paz y tranquilidad. Hasta aquí, pues, la conciencia y lo que es.

Oro para que el Dios viviente santifique sus memorias para que puedan recordar estas cosas, y para que cada una de ellas pueda permanecer de tal manera, que, al llegar al final de sus vidas, puedan recordarlas.

II. ¿POR QUÉ DEBEMOS EXAMINARNOS A NOSOTROS MISMOS?

La segunda cuestión de la que tenemos que hablar es esta: debemos intentar considerar el porqué del deber de examinar nuestras conciencias. ¿Cuáles son las razones que deben mover a los hombres o mujeres a examinar sus propias conciencias?

Respondemos brevemente:

[1] Corresponde a cada uno de ustedes probar su conciencia porque el Señor hace su residencia en ella, y en ninguna otra parte del alma. Él ha puesto su morada en el corazón del hombre, en su voluntad y conciencia, y por eso te corresponde limpiar su morada y cuidar tu corazón.

[2] Aunque el Señor de los cielos no fijara allí su residencia, sin embargo, el ojo de Dios todo lo ve, siendo capaz de traspasar la espesura de la carne del hombre, por muy oscura y burda que sea, y de penetrar hasta los rincones secretos de tu conciencia. Para el ojo de Dios, que todo lo ve, hasta la parte más secreta de tu conciencia está a la vista, clara y manifiesta como cualquier cosa externa o corporal que puede ser vista por el ojo del cuerpo. Por lo tanto, debido a que su ojo es tan penetrante y puesto que Él puso su ojo solo en nuestro corazón, nos conviene examinar nuestros corazones.

[3] Él es el Señor de la conciencia. Ningún monarca terrenal tiene alguna soberanía o señoría sobre la conciencia. Sólo el Dios del cielo, sólo Cristo Jesús, Rey del cielo y la tierra, es el Señor de la conciencia. Sólo Él tiene poder para salvar o desamparar. Por tanto, cuando se preparan para venir a la Mesa del Señor, ¿no es conveniente que miren sus conciencias para probar y examinar su estado?

[4] Una de las principales razones por las que te conviene tratar de examinar tu conciencia es que la salud y el bienestar de tu alma dependen de ello. Si la conciencia dentro de tu alma está bien, si tu conciencia está en buen estado, tú mismo debes estar en un buen estado también. Si tu conciencia está saludable, tu alma necesariamente debe estar saludable, porque la buena salud y bienestar de tu alma depende de una buena

> conciencia. Por eso, conviene que cada uno de ustedes examine bien su conciencia. Nunca se estableció ni se ideó ninguna ley que hiciera ilegal que nos cuidáramos a nosotros mismos. Ahora, puesto que la salud de sus almas consiste en la salud de sus conciencias, y en preservarla, por tanto, de acuerdo con toda ley, deben atender sus conciencias. Si mantienes bien tu conciencia, tu alma estará saludable, y si tu alma está saludable, no importa qué tribulaciones vengan sobre tu cuerpo, pues las soportarás todas. Pero si tu alma está enferma, y si esa penosa enfermedad provocada por una mala conciencia se apodera de tu alma, no serás capaz de soportar el menor problema que pueda sobrevenir a tu cuerpo; por el contrario, si tu conciencia está en reposo y goza de buena salud, ningún problema puede sobrevenir a tu cuerpo, sino que la fuerza de una buena conciencia será más que un rival para él. ¿No tienes, pues, razón —y más que razón— para prestar atención a tu conciencia, para examinar y probar su estado y disposición?

Ahora bien, puesto que es una broma de mal gusto decirte que la salud es necesaria y no mostrarte cómo esa salud puede ser adquirida, preservada y mantenida, te daré estas pocas lecciones para mantener tu conciencia en tranquilidad y en buena salud.

(1) Primero que todo, cuida de mantener una firme persuasión de la misericordia de Dios en Cristo Jesús. Cuando te acuestes y cuando te levantes, examina tu relación con Dios, y mira si puedes esperar misericordia de su mano o no. ¿Estás persuadido de su misericordia?

Asegúrate, entonces, de que tu conciencia esté en una buena condición, de que tienes salud en tu alma; porque, como dice el apóstol en 1 Timoteo 1:19, la conciencia es guardada por mantener la fe. Mantén esta persuasión, pre-

sérvala completa y sana; no la lastimes; procura que tu alma no entre en duda; no dejes que nada obstaculice tu persuasión, si quieres conservar la salud de tu alma.

Si dudas o debilitas de algún modo tu persuasión y tu seguridad, es seguro que al mismo tiempo se producirá una pérdida de salud en tu alma.

También es inevitable que tu conciencia sea herida al mismo tiempo, y la fe no morará sino en una conciencia sana. Por eso, cada vez que haces algo contra tu conciencia, debilitas inmediatamente tu persuasión de la misericordia de Dios, y seguirás renegando de su misericordia y faltando a la salud de tu conciencia hasta que caigas a los pies de Cristo, obtengas misericordia por esa mala acción, ganes la paz de su mano y repares tu persuasión. Esta es entonces la primera lección: para preservar la salud de sus almas, asegúrense de que están persuadidos de la misericordia de Dios.

(2) La segunda lección es esta: debes huir, evitar y abstenerte de todo lo que perturbe la salud de tu alma, de todo lo que perturbe la tranquilidad y la paz de tu conciencia. Échalo fuera, rehúsate a tener algo que ver con eso. En general, eso es lo correcto, pero veamos qué es lo que perturba el estado tranquilo de la conciencia: nada en el mundo sino el pecado; nada en la tierra sino una malvada naturaleza. Por tanto, si vamos a mantener nuestras almas saludables, debemos necesariamente evitar todo pecado; debemos huir de él y deshacernos de él. No es posible mantener una buena conciencia y servir a los afectos de tu corazón, y por eso, si vas a mantener paz y salud en tu alma, debes adormecer tus lujurias y renunciar a los afectos de tu corazón.

No debes hacer lo que solías hacer al satisfacer tus propios afectos y apetitos. ¿Qué harás, entonces, cuando tus afectos o lujurias te impulsen a hacer algo? Debes examinar hasta qué punto esto es consistente con la buena voluntad

de Dios, y hasta qué punto el afecto que te impulsa está de acuerdo con la ley de Dios. Si hay tal acuerdo entre el afecto que te manda y la ley y santa voluntad de Dios, es sin duda un afecto santificado, y puedes cumplirlo. Pero si después encuentras que tu afecto se vuelve exorbitante y desmesurado, usurpando la voluntad de Dios y oponiéndose a su ley, guárdate de él. Cuidado, no sea que cedas a él y lo cumplas. Resístelo. Porque si cumplieras la voluntad de ese afecto, aunque fuera por una hora, ¿qué placer podría traer consigo? Puede traer consigo un placer halagador al principio, pero siempre termina con un amargo remordimiento al final.

Entonces, para evitar este amargo remordimiento, ¿no deberían todos examinar sus afectos? Deben examinarlos y probarlos con la medida de la ley de Dios. Deben ver hasta qué punto están de acuerdo con su ley, o hasta qué punto están en desacuerdo con ella; y en la medida en que no estén de acuerdo con ella, que cada uno se niegue a sí mismo y renuncie a sus afectos. Cuando toman este examen para ustedes mismos de esta manera, este santifica sus afectos, hace que Cristo se aloje en sus almas y da descanso a sus conciencias. De esta manera, el Espíritu Santo hace que tanto el cuerpo como el alma estén saludables y con gozo. Por tanto, huyan del pecado. Esta es la segunda lección.

(3) La tercera lección es esta: estudia para hacerlo bien. Si quieres mantener la salud en tu alma, estudia para hacerlo cada vez mejor continuamente; al menos ten un propósito en tu corazón de hacerlo mejor cada día. Esta es la última lección. Puesto que incluso cuando nos esforzamos por hacer lo mejor, caemos —es más, el hombre más íntegro y más santo cae tan a menudo como siete veces al día; setenta veces siete, de hecho— ¿qué has de hacer en estos resbalones y caídas? Si caes, y no puedes evitarlo, no te quedes quieto, no duermas allí donde has caído. Sería una vergüenza dormir, así que levántate de nuevo. ¿Y cómo has

de levantarte? Levantando tu alma y corriendo a la fuente de la gracia y de la misericordia, acudiendo a Cristo Jesús para obtener misericordia para tu alma y para pedirle que envíe de sí mismo la paz necesaria para tranquilizar tu conciencia y devolver la salud a tu alma. Por tanto, no te quedes allí donde te caíste; levántate de una vez y pide por misericordia. Obteniendo misericordia te recuperarás de la caída, enmendarás tu vida por el arrepentimiento, y por el arrepentimiento obtendrás paz; tendrás una conciencia tranquila y obtendrás salud para tu alma.

Mantén esta regla si quiere mantener tu alma saludable: cuida de no dormirte en el pecado, como lo hizo David; no te quedes quieto cuando hayas caído, de modo que caigas de un pecado en otro, como del adulterio al asesinato, y del asesinato al siguiente. Por regla general, si un hombre duerme en el pecado y no se levanta a tiempo, un pecado conducirá a otro, porque ningún pecado está nunca solo. Cuanto mayor y más atroz es un pecado, mayores y peores son los pecados que le siguen. Por tanto, cuando caigas, no tardes en levantarte; en cambio, corre a la fuente de la misericordia, y busca a tiempo la gracia. Corre a la oración, corre a la Iglesia de Dios, dondequiera que esté, ya sea en el campo o en la ciudad. Corre a Cristo Jesús y pide su misericordia para que tengas paz en tu conciencia. Y así, por estos medios, todos conservarán la salud en sus almas. De esta manera, aprenderán las diferencias entre esta Palabra viva de misericordia y gracia, que ha de ser oída en nuestra religión, y la «letra que mata» el alma de todo aquel que la oye, es decir, me refiero a la doctrina idólatra de la misa.

Me refiero a esto porque veo que nuestra juventud, en su mayor parte, está entregada a ello, y el Señor empieza a quitar su gracia y misericordia de este país, por el desprecio a esta Palabra vivificadora que tan claramente ha sonado aquí y que nuestros nobles —la mayoría de los cuales corren

de cabeza al diablo, como en el estupor— se esfuerzan por desterrar por completo.

¿No es esto algo miserable, que ninguno de ustedes tenga ojos para considerar y discernir el tiempo de paz, misericordia y gracia que es tan abundantemente ofrecido? ¡Que el Señor les ayude a ver a tiempo!

Hasta aquí, entonces, sobre las razones por las que deben probar y examinar sus propias conciencias, un examen que debe hacerse no sólo por un día o por un año, sino cada día, cada año, de por vida. Puesto que la conciencia debe vivir siempre con el Dios vivo, y debe contemplar siempre el rostro del Hijo de Dios, no puede ser limpiada demasiado a fondo, ni examinada con demasiado cuidado. Cuanto más ansiosos estemos en escudriñar la conciencia, mejor ocupados estaremos. Hablo de nuestra propia conciencia, no de la de nuestro prójimo.

III. LOS PUNTOS PRINCIPALES EN EL EXAMEN DE LA CONSCIENCIA

En tercer lugar, pasamos ahora al punto donde todos ustedes deben tratar de examinarse. Cada uno debe probar y examinar su conciencia, primero, en cuanto a si estás en paz con Dios, que es el Señor de los cielos, o no; segundo, en cuanto a si estás en amor y amistad con tu prójimo o no.

¿Quieres saber si tu conciencia está en paz con Dios o no? Puedes conocerlo de esta manera: el Dios del cielo no puede tener una comunión o amistad con el alma que siempre está sucia, y totalmente profanada. No, no puede. Ahora bien, con esto no quiero decir que un alma puede estar completamente santificada y perfectamente santa en esta vida; no, en esta vida hay asombrosas iniquidades, groseros pecados y grandes faltas, con las cuales aún los justos son contaminados. Me refiero, en cambio, a lo siguiente: ningún

alma puede estar en paz con Dios o tener alguna comunión con el Señor sin que, en alguna medida, se encuentre santificada y santa. Dios no puede hacer su residencia en un alma que es siempre un estercolero repugnante y que, por tanto, por necesidad debe ser santificada. Uno u otro rincón del alma debe quedar tan limpio que el Señor del cielo, por su Espíritu Santo, pueda hacer su residencia en él.

Procedamos ahora a ver cómo el corazón es santificado. Pedro dice que el alma del hombre es purificada por la fe, que el corazón del hombre es limpiado por fe (Hechos 15:9). Por tanto, la fe en Cristo Jesús abre y purifica el corazón, y bajo el mérito de su sangre tenemos paz con Dios. Como dice el apóstol: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 5:1).

Ahora llegamos a otro punto, y es el siguiente: tienen que probarse a sí mismos, estén o no en la fe, como dice el apóstol (2 Corintios 13:5). Examina tu alma para ver si está sazonada con esta fe, porque si no tienes fe en Cristo, Cristo no está en ti, y si Cristo no está en ti, estás en un mal estado, en el estado de los réprobos y los condenados. Por tanto, cada uno debe observarse cuidadosamente y ver si cree o no en el amor de Cristo, si cree o no que obtiene misericordia por sus méritos y santificación por su sangre. Si no tienes medida de esta fe, no tienes medida de esta paz con Dios, porque la paz con Dios se engendra y crece cada día más y más por la verdadera fe en Cristo. Ahora bien, cuando esta fe es verdadera, cuando es viva y une el corazón con Dios, como ya he dicho, debe manifestarse de palabra y de obra; no es algo que pueda retenerse. Debe manifestarse de palabra, glorificando al Dios del cielo, que ha perdonado nuestros pecados; y también debe manifestarse haciendo una confesión notable de aquellos pecados con los que le hemos ofendido. Debe manifestarse en hechos, en hacer buenas obras,

en testificar al mundo lo que está en el corazón, en testificar al mundo que ustedes que tienen esta fe y que son nuevas personas; que por su buen ejemplo de vida y palabra pueden edificar a sus hermanos y hermanas, los simples de la iglesia de Dios, y que por sus vidas santas puedan encaminar a los pecadores al arrepentimiento; que ellos, viendo su vida, sean animados a glorificar a Dios en ustedes.

[1] El primer punto, en el cual probarse es mirar el corazón, la boca y la mano. Observa si hay armonía entre estas tres, y vela por que todas canten una misma canción. Si el corazón está interiormente unido a Dios, no hay duda de que la boca lo glorificará externamente, y si tu corazón y tu boca se renuevan y son uno, entonces, necesariamente debes expresar esto en tu conversación. Debe haber también un acuerdo entre el corazón y la mano; tu conversación debe ser cambiada junto con el corazón, y ser completamente honesto y piadoso, como él.

Por lo tanto, si tu conversación es buena, es una señal segura de que eres uno con Dios, pero si tu conversación no es buena, digas lo que digas, tu corazón está contaminado y esta fe verdadera y viva no tiene cabida en él. Entonces, ¿quieres saber cuándo eres uno con Dios? Cuando tu conversación, tu corazón y tu boca dicen una sola cosa, incuestionablemente tienes la obra de fe en tu corazón, forjada por el Espíritu Santo, que te hace estar en paz con Dios. Ese es el primer punto en que deben probarse.

[2] El siguiente punto es el amor. Debes examinar si tienen amor y caridad para con su prójimo. Así como no estás unido a Dios sino por el vínculo de la fe, así tampoco estás unido a tu prójimo, ni unido a ningún miembro de Cristo en esta tierra, sino por el vínculo del amor, de la amistad y de la caridad. Quita el amor,

y no eres miembro de su Cuerpo, porque el amor es el vínculo maestro que une a todos estos miembros del cuerpo de Cristo y los hace crecer en una unidad espiritual y mística. El amor es la única marca por la cual los hijos de Cristo y los miembros del cuerpo de Cristo son conocidos en el resto del mundo. El amor es el óleo santo que refresca nuestras almas y nos hace semejantes a Dios. Cuanto más crecemos en el amor, más mora Dios en nosotros por su Espíritu, porque Dios es amor. Por lo tanto, a menos que en alguna medida el amor hacia tu prójimo more en tu corazón, no puedes tener comunión con tu prójimo, y mucho menos con Dios.

Si el comportamiento de los hombres fuera examinado por esta regla, encontraríamos una multitud de personas impías en este país, las cuales tienen corazones furiosos con malicia unos contra otros. Donde mora el diablo y un espíritu maligno, no hay lugar para el Espíritu Santo. Y ahora, aunque el Señor ha hecho todo lo posible para instruirlos, para infundir en ellos este precioso amor y amistad hacia Dios y su prójimo y así alterar su condición, sin embargo, no se permitirán ser despertados hasta que la gran venganza y maldición de Dios caiga sobre ellos.

Este amor, esta conversación honesta y piadosa..., todo fluye de la raíz de la fe, de modo que, si tu corazón tiene fe en alguna medida, aunque sea muy pequeña, en esa misma medida debes tener amor hacia tu prójimo. Y este amor nunca está ocioso, sino que siempre se expresa de un modo u otro, porque la fe es la base de la cual depende todo lo demás. Y puesto que esta fe es una joya tal, pues sin ella es imposible que ninguno de ustedes agrade a Dios, sin ella todas tus obras son una abominación ante Él y sin ella te quedas en una terrible miseria —que es tanto más terrible

cuanto más la ignoras—, ¿no hay una buena razón para que conozcas y comprendas cómo esta fe es forjada y creada en nuestras almas por el Espíritu Santo, y cómo se mantiene y alimenta en nosotros? Así, cuando vean cómo es creada y oigan cómo es producida, podrán examinar sus conciencias, y ver si están en la fe o no.

EL ESPÍRITU SANTO OBRA DENTRO DE NOSOTROS

Tenía la intención de detenerme en esto más de lo que ahora permite el tiempo. Sin embargo, mientras el tiempo lo permita y Dios me dé la gracia, les enseñaré cómo el Espíritu Santo opera en las mentes y corazones de los hombres y mujeres, y cuánto se esfuerza en crear y formar esta preciosa fe en sus almas. Sin embargo, antes de embarcarme en esto es necesario, y más que necesario, que comprendas tu propia miseria y enfermedad, y que sepas cómo el Señor vino a recuperarte de tu estado anterior y a recrearte cuando estabas perdido, por obra de tu antepasado, Adán.

SOMOS HIJOS DEL PRIMER ADÁN

Para considerar esta cuestión a profundidad, te recuerdo este dato, a saber: que el hombre universalmente, y cada hombre en particular, está corrompido y perdido, y esto por el pecado de su primer padre. Incluso si no hubiera más que la primera caída y pecado de Adán, todos estaríamos justamente condenados a una doble muerte, tanto del cuerpo como del alma, para siempre. Puesto que el hombre está así completamente perdido, universal y particularmente, sin que quede en su alma ninguna esperanza de retorno, sin ningún sentido de recuperación de aquel estado anterior o de reparación de la imagen que perdió por el pecado mucho tiempo antes, y queda en esta condición desesperada en sí

mismo, ¿qué hace Dios? El Dios eterno, el único sabio Dios, cuyos caminos son inescrutables, ha encontrado la forma de cómo el hombre, aunque perdido, pueda ser salvado. ¿De quién buscó consejo? De ninguna criatura, sino de sí mismo. Las tres Personas de la Trinidad se aconsejaron entre sí. El único Dios fue movido a buscar el consejo de Sí mismo, movido por sí mismo, porque no tenía ningún principio fuera de sí mismo que lo indujera.

Entonces, ¿qué hizo Dios cuando se movió en sí mismo para actuar según su propio consejo (Efesios 1:9)? Cuando todos los hombres y mujeres deberían haber muerto para siempre, le agradó en su infinita misericordia elegir un cierto número de la raza perdida y podrida de Adán, a quienes quiso santificar, justificar y glorificar. Por tanto, para llevar a cabo su obra de salvación, ¿qué hace Dios? Designa a su propio Hijo —pues no tenía más que un Hijo—, designa a la segunda persona de la Trinidad, Dios en poder, gloria y majestad, tan excelso como Él, igual con Dios el Padre en todas las cosas; lo designa, pues, para llevar a cabo nuestra redención y eterna salvación.

Esto no es más que el misterio revelado en alguna medida. Y por eso, en la plenitud de los tiempos —pues Él dispone todos los tiempos según Su sabiduría—, en el tiempo que Él dispuso, hizo descender a su Hijo para que se posesionara del seno de la virgen, para que tomara nuestra carne, para que tomara la semejanza del pecado. No asumió el pecado en sí, sino la semejanza del pecado. ¿A qué me refiero «con semejanza del pecado»? Nuestra carne es la semejanza del pecado. Fue nuestra carne y naturaleza la que Él asumió, pero fue perfectamente santificada en el mismo momento de su concepción en el vientre de la virgen.

LOS ELEGIDOS SON HECHOS HIJOS DEL SEGUNDO ADÁN

Él tomó esta carne sobre sí mismo para que en esta carne y naturaleza el pecado pudiera ser desterrado y expulsado de nosotros para siempre. Y mientras que todos deberíamos haber seguido un camino —pues no hay excepción de personas por naturaleza—, Cristo Jesús, nuestro Salvador, nos ha elegido, y según nos eligió su Padre en su elección secreta antes del principio del mundo, así Cristo Jesús en su propio tiempo nos llama y nos hace partícipes de esa salvación que Él ha comprado. Él restaura no sólo esta imagen que se perdió en nuestro primer padre, Adán, sino que nos da una mejor y más excelente imagen que la que habíamos perdido. Cristo no nos coloca en un paraíso terrenal, donde Adán fue puesto en un principio —¿y qué más podríamos haber buscado nosotros? —, sino en uno más celestial y excelso que el que perdimos.

Este paraíso que nos da es tanto más celestial como el segundo Adán es más excelente que el primero, y como el Hijo de Dios —y Dios mismo— está muy por encima de cualquier criatura que haya existido, hombre o ángel. Si hubiésemos permanecido en la imagen en que fue creado nuestro primer padre, nos hubiéramos establecido en la tierra para siempre y no hubiésemos deseado un paraíso mejor que uno terrenal para nuestra morada. Pero ahora, por la bondad del segundo Adán, Cristo Jesús nuestro Salvador, el Hijo de Dios, sucede que somos llevados de la tierra al cielo, y a un paraíso celestial. Ahora, ¿qué tenemos que ver con el cielo? ¿Acaso no somos hechos de la tierra y hechos para volver a ella? ¿No es un cuerpo terrenal apto para un paraíso terrenal? Respuesta: el Señor, en su misericordia, envió a su Hijo para llevarnos de la tierra al cielo.

Esto es algo tan elevado que no se puede considerar fácilmente, porque este atraernos a un paraíso celestial es algo que trasciende nuestro pensamiento. ¿Cómo podría el corazón del hombre llegar a pensar que debemos vivir la vida de los ángeles en el cielo? Sin embargo, esto es lo que le ha placido hacer al Dios viviente, en las grandes riquezas y compasión de su misericordia, y en la extraordinaria grandeza de su misericordia para con nosotros —en la epístola a los Efesios, el apóstol no encontró otras palabras para expresar esto; apenas sabe cómo iniciar y cómo terminar cuando habla sobre las riquezas de esta misericordia, en una epístola en la que, examinando cuidadosamente, encontrarás más excelsas y excelentes maneras de hablar de las riquezas de esta misericordia como en ningún otro lugar en las Escrituras—. Le ha placido, digo, no darnos simplemente la imagen que perdimos, no dejarnos en esta tierra, sino darnos una mejor imagen; y aparte de eso, colocarnos en el cielo, donde permaneceremos con Él para siempre.

EL ESPÍRITU NOS ASEGURA DE NUESTRA REDENCIÓN

Ahora bien, ¿acaso esta gracia y misericordia se detiene allí? No. Para que se cumpla íntegramente esta salvación, que Él ya ha procurado y realizado por medio de su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, hace falta que esta misma redención llegue a nuestro conocimiento. Como Él nos ha redimido en su propia persona intencionalmente, nos hace estar seguros de ello en nuestras conciencias. ¿Cómo lo hace? Así como con su muerte compró nuestra plena redención, de la misma forma nos lo comunica y nos lo hace saber mediante nuestro llamado interior, permitiéndonos encontrar y sentir en nuestros corazones lo que hizo por nosotros en su cuerpo. Porque cuando el Señor hace que sus siervos comuniquen y proclamen esta redención a nuestras conciencias, obra en

nuestras almas esta preciosa fe, que nos asegura que el Hijo de Dios ha muerto por nosotros. Porque ¿de qué nos serviría ver de lejos nuestra redención, nuestra salvación y nuestra vida, si no se encontrara el camino y si no se nos dieran manos o medios para aprehender esa salvación y aplicarla a nosotros mismos? ¿De qué le sirve a un enfermo encontrar un medicamento en la botica, a menos que encuentre la manera de aplicarlo a su cuerpo enfermo? Por tanto, para que esta obra de nuestra redención y salvación sea plenamente aprehendida, tan libremente como ha dado a su único Hijo a la muerte en la cruz por nosotros, tan libremente ha encontrado este camino y este medio y nos ha dotado con esta mano, por la cual podemos asirnos de Cristo y aplicarlo a nuestras almas.

Para concluir, entonces, este medio es la fe. No hay manera o instrumento en las Escrituras de Dios por el cual podamos aplicar a Cristo a nuestras almas, excepto la fe. Por lo tanto, la fe no puede ser elogiada lo suficiente. Vuélvete a la fe, y ella te hará volverte a Dios; y así te unirá con Dios, y hará que todas tus acciones le sean agradables.

SOLA FIDE – SOLO POR FE

No hay ninguna acción que hagamos, no importa cuán bien parezca ante el mundo, si no es hecha por la fe, es abominable delante de Dios y aumenta nuestra condena. Si tenemos fe, todas las criaturas de Dios nos sonreirán; todas conspirarán para favorecer la obra de nuestra salvación. Por otro lado, si carecemos de fe, todas las criaturas de Dios serán nuestros enemigos, y conspirarán para nuestra condenación. La fe nos une con el Dios del cielo, y nos hace celestiales. Esta preciosa fe está mezclada con todos los dones y gracias que Dios nos da, todas las riquezas de la tierra no son valiosas a mi alma sin la fe. ¿Y de qué le sirve a un hombre tener toda la ciencia, el conocimiento y la sabiduría

del mundo, si no tiene fe? El diablo tiene este conocimiento, y no es el mejor. ¿De qué me sirve conquistar todas las monarquías y reinos, y poseer todas las riquezas de la tierra? ¿de qué le sirve todo esto a mi alma? De nada, sino para presentar un caso en mi contra, si estoy falto de fe.

Por tanto, todos los beneficios y dones de Dios, sin fe, no sirven sino para aumentar nuestra miseria. Todos los dones y gracias de Dios, sin la fe, son violados. Solamente la fe hace que uses correctamente estos beneficios y gracias de Dios, solamente la fe debe ser buscada, guardada y mantenida en esta vida. Si tienes fe, todo el resto de gracias de Dios son provechosas para ti, porque esta joya las mantiene en orden y las hace fructíferas, mientras que sin ella, todo en la tierra sólo dará testimonio contra ti.

Pasemos ahora a hablar de esta fe, y cómo se crea en nuestras almas. Baso mi argumento en Juan 6:44, donde el Maestro dice: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere». En estas palabras vemos claramente que, a menos que seamos forzados y obligados, y a menos que, de no querer, seamos hechos dispuestos por Dios Padre, no nos es posible venir a su Hijo. ¿Por qué el Espíritu de Dios debe atraernos y hacernos dispuestos antes de que lleguemos a Dios? Porque por naturaleza no sólo estamos heridos y atravesados por el pecado y la iniquidad, sino que, como muestra el apóstol, estamos «muertos en delitos y pecados» (Efesios 2:1).

Además, así como el cuerpo que yace muerto carece de vida natural, así nuestras almas, aunque vivas con la vida natural, carecen de la vida de Dios, de la vida celestial y espiritual que aspiramos en esta vida, hasta el momento en que el Espíritu de Dios nos atrae, es decir, cuando aviva nuestros corazones y mentes. No nos referimos a lo que comúnmente significa «atraer»; es más bien el «avivar» de algo muerto, de lo que está vacío de la vida del Espíritu. Por tanto, a menos

que el Espíritu de Dios nos atraiga —esto es, que nos avive con esa vida espiritual y celestial—, es imposible para nosotros ir al cielo, y a menos que Él alimente esa vida que ha comenzado, es imposible continuar en ella. Y así se dice que el Espíritu de Dios nos atrae, es decir, comienza esta vida en nosotros, y el mismo Espíritu persevera y alimenta esta vida en nosotros. Ahora bien, por el atraer del Espíritu nuestras almas son avivadas, pero por la atracción del Espíritu no entiendo otra cosa que la obra de forjar y crear la fe en nuestras almas, lo cual nos convierte en criaturas nuevas.

EL ORDEN EN QUE EL ESPÍRITU OBRA EN NOSOTROS

[1] Ahora veamos qué orden mantiene el Espíritu de Dios al atraernos, y en obrar y crear esta fe en nuestras almas. Primero que nada, divido al alma en no más de las partes en que comúnmente se divide, es decir, la mente y el corazón. Nuestra mente está entenebrecida, completamente ciega naturalmente, sin nada en ella más que vanidad y error, para así perdernos y no poder continuar mucho tiempo en ningún buen propósito. Entonces, ¿qué es lo que hace el Espíritu de Dios?

> **(1) La primera obra que el Espíritu de Dios hace es traer orden a nuestra mente:** Él dispersa las tinieblas, expulsa la vanidad y ceguera, que naturalmente acechan la mente, y en vez de las tinieblas, coloca dentro una luz divina y celestial, una luz que habita en Cristo Jesús solamente. Así, el Espíritu aleja la nube de niebla y oscuridad y pone luz en la mente. ¿Y qué hace con esta luz?
>
> **(2) En cuanto obtenemos esta luz interior y este entendimiento santificado, inmediatamente Él nos hace ver a Dios:** no sólo como Dios Creador del

mundo, sino también como Dios Redentor, quien nos ha redimido en su Hijo, Cristo Jesús.

Ahora, antes de obtener esta luz, ¿qué están haciendo mi corazón y mi mente? Cada uno de ustedes ha experimentado, así como yo, en qué estado se encuentran la mente y el corazón antes de que esta luz entre. La mente yace ahogada en la ceguera, y el corazón está endurecido, y ambos conspiran juntos en un vicio para erigir un ídolo, en lugar del ídolo invisible interno de Dios. ¿Qué clase de ídolo es este? Sin duda, algún afecto mundano o carnal, u otro, erigido en el trono de tu corazón, y a este ídolo otorgas la devoción de todo tu corazón y mente y alma y cuerpo, de modo que la devoción de tu alma y cuerpo, que debe otorgarse sólo a Dios, se otorga a ese ídolo establecido en tu corazón, que está en lugar de Dios, en lugar del Altísimo. De hecho, hasta que este ídolo sea desterrado, y la ceguera por la cual se sirve sea quitada, no hay uno de ustedes que no sea esclavo de una concupiscencia u otra; y tu alma, que debe estar consagrada al servicio del Dios viviente, es empleada en algún afecto u otro, en alguna lujuria carnal y mundana dentro de ti. Pero ahora, desde el momento en que el Señor comienza a dispersar las nubes de nuestra mente y entendimiento naturales, y comienza a ahuyentar la espesa niebla del alma oscurecida y a colocar en ella alguna chispa de luz celestial que proviene de Cristo; y donde antes éramos hijos de la noche y la oscuridad.

(3) Ahora Él nos hace luz en el Señor, e hijos de luz y del día. Así, vemos que todas las cosas en el mundo aparte del Dios vivo son vanidades, seducciones engañosas, sombras inconstantes, fugaces y que fluyen sin ninguna estabilidad; y así vemos que nuestros corazones y mentes están puestos en el mal continuamente.

Entonces comenzamos a aborrecer ese ídolo, y a buscar servir solamente a Dios.

Ahora bien, a menos que el Señor, en su misericordia y bondad, ponga esa luz en nosotros, y a menos que obtengamos algunos destellos de esta luz, nunca podremos ver nuestra propia vanidad, y mucho menos ver a Dios. Esta es, entonces, la primera obra del Espíritu. Él desaparece las tinieblas y el error, y trae luz a nuestras mentes. Esta obra del Espíritu es comúnmente expresada en las Escrituras bajo el nombre de «fe», porque la mente tiene su propio asentimiento y persuasión, según su propia naturaleza, así como el corazón. Por tanto, cuando la mente es iluminada y sometida por esta luz, su asentimiento y conocimiento es llamado fe. Los apóstoles y evangelistas le dan a este conocimiento el nombre de fe, porque tan pronto como tienes un ojo puesto en Dios y en Cristo Jesús, a quien Él ha enviado, tan pronto como lo ves y accedes a Él, aunque sea sólo en la mente, eso se llama fe.

[2] Pero tenemos prohibido detenernos aquí. Si la fe no va más allá de la mente, no es la fe lo que buscamos, porque la fe que nos justifica y nos hace bien, debe abrir tanto el corazón como la mente; debe desterrar ese ídolo y afecto del corazón, y en su lugar poner un trono para Cristo Jesús. Así, a menos que el buen Espíritu de Dios vaya más allá de la mente y destierre el ídolo del corazón, así como de la mente, no tenemos esa fe que justifica y por la cual buscamos misericordia. *El Espíritu de Dios no sólo debe iluminar la mente, sino que también debe calmar el corazón y cambiar sus afectos.* Y como tus afectos eran malos y perversos, el Espíritu de Dios debe cambiar la voluntad, y Él nunca puede cambiar la voluntad a menos que haga bueno el terreno de tu corazón para que pueda estar puesto en Dios y produzca fruto abundantemente para su dueño.

¿Qué nos enseña esto? Que añoremos un corazón honesto, el cual debemos buscar diligentemente hasta obtenerlo. Porque ¿de qué le sirve al hombre saber lo que es bueno o malo a menos que se le muestre cómo puede evitar el mal y se le proporcionen los medios para ser partícipe del bien? ¿No es un conocimiento inútil y sin provecho para mí ver de lejos y saber que esto es bueno para mí, cuando no encuentro ninguna manera de ser partícipe de ello, de modo que pueda ser de especial beneficio para mí? ¿No es también un conocimiento inútil percibir que esto es malo para mí, que me hará daño si lo hago, y sin embargo hago eso mismo y no otra cosa? Así, el Espíritu de Dios une estos dos en su obra: así como reforma la mente, también reforma el corazón y les hace partícipes del bien que ven, y que se aparten del mal.

Esta es la segunda obra del Espíritu, no sólo presentarte la cosa, sino realmente hacerla tuya; porque aunque la mente haga su parte muy bien y te muestre que Cristo es tuyo, y te lo presente muy a menudo, sin embargo, si tu corazón no se reforma, el afecto malo y torcido que hay en tu corazón se antepondrá a Cristo y te hará considerar todo como locura en comparación con él. Por tanto, sería una cosa inútil y necia para mí ver mi salvación a menos que me sea dada la gracia para participar de ella. ¿De qué te sirve ver al diablo, ver tus propios pecados que te matan, si no se te da la gracia de evitarlos? Y así, la segunda obra del Espíritu es esta: Él penetra en tu corazón, lo somete y lo cambia maravillosamente, y hace a la voluntad obediente; quebranta el afecto que antes era duro, de tal manera que te hace derramar tu afecto en alguna medida sobre el Dios vivo, mientras que antes se derramaba sobre algún ídolo u otro.

Así, a menos que el corazón haga su parte, así como lo hace la mente, el alma entera no estará consagrada a Dios, porque Dios no ha hecho el alma de tal manera que el co-

razón te sirva a ti, sino que la mente sólo le sirva a Él. Tu servicio sólo es aceptable para Dios cuando le consagras tu corazón y tu mente.

(1) Ahora bien, este asunto es tan claro que no necesita ser ilustrado; sin embargo, para hacértelo más claro, te mostraré por medio de una similitud que la aprehensión de la mente no es suficiente sin la aprehensión del corazón también. En las cosas corporales, comer y beber, que son para el uso del cuerpo, hay dos tipos de aprehensión; así también hay dos tipos de aprehensión del cuerpo y la sangre de Cristo Jesús, que son nuestra comida y bebida espiritual. Y esto debido a que en la comida y bebida corporal hay una aprehensión, por el ojo y el gusto, cuando la carne está delante de ti en la mesa: tu ojo las mira, las discierne y las toma, y no sólo el ojo, puesto que el gusto también discierne la comida y la aprueba. Esto es llamado la primera aprehensión.

(2) La segunda aprehensión se sigue de esto. Después de masticar la carne, tragarla y enviarla al estómago, donde es digerida y convertida en tu alimento, entonces, se produce en el estómago la segunda aprehensión. Pero si la carne no te gusta o no la saboreas, no se produce la segunda aprehensión, pues la escupirás de nuevo o la rechazarás prefiriendo otra carne que te guste más. La carne que no te gusta nunca entra a tu estómago, y por eso no puede nutrirte, pues es sólo la segunda aprehensión de la carne la que nutre el cuerpo en nuestro alimento corporal. Por lo tanto, si no masticas esta carne y la tragas, no te alimenta. Es sólo la segunda aprehensión la que nutre nuestros cuerpos.

El caso es similar con las cosas espirituales, en la medida en que pueden compararse de esta manera. Respecto al alimento de Cristo Jesús, quien es la vida y nutrición de nuestras almas y conciencias, debe haber dos tipos de aprehensión. La primera es por el ojo de la mente, es decir, por nuestro conocimiento y entendimiento: así como el ojo del

cuerpo discierne por una luz exterior, así el ojo de la mente discierne por un entendimiento interior y renovado, por el cual obtenemos nuestra primera aprehensión de Cristo. Ahora bien, si esta primera aprehensión de Cristo nos agrada, entonces, sigue la segunda: comenzamos a poner el afecto de nuestros corazones en Él; tenemos buena voluntad hacia Él, porque todos nuestros afectos proceden de nuestra voluntad, y cuando nuestros afectos son renovados y santificados, los ponemos enteramente en Cristo. Lo amamos, y si lo amamos, nos asimos a Él, lo comemos y digerimos, es decir, lo aplicamos a nuestras almas, y así, de nuestro amor y deseo por Él, se sigue nuestra segunda aprehensión. Pero si no tenemos ninguna voluntad hacia Él, si no tenemos amor ni deseo por Él, ¿qué hacemos? Lo rechazamos, y preferimos nuestro propio ídolo y el servicio hacia nuestros propios afectos en vez de Él, de modo que no se sigue la segunda aprehensión, pues no lo podemos digerir; y si no lo podemos digerir, la vida espiritual no crece en nosotros. Esto se debe a que el servicio que tu ojo presta a tu cuerpo es el mismo que tu conocimiento y tu entendimiento prestan a tu alma, y el servicio que tu mano, tu boca, tu gusto y tu estómago prestan a tu cuerpo, es el mismo que tu corazón y los afectos prestan a tu alma.

Por tanto, así como nuestros cuerpos no pueden ser nutridos a menos que nuestras manos tomen y nuestras bocas coman la carne, de lo cual puede seguirse la segunda aprehensión, así también nuestras almas no pueden alimentarse de Cristo a menos que nos aferremos a Él y lo abracemos de corazón con nuestra voluntad y afecto. Porque no venimos a Cristo por algún sentir externo de nuestros cuerpos, sino por un sentir interno y aprehensión de nuestros corazones. Porque Dios, encontrándonos a todos en una condición reprobada, nos lleva a Cristo reformando el afecto de nuestra alma y haciéndonos amarlo. Así, la segunda aprehensión por la cual digerimos a nuestro Salvador no se llevará a cabo en

nuestras almas a menos que le plazca a la vista, y también a la voluntad y al afecto. Ahora bien, si sucede que nuestra voluntad y nuestros afectos están totalmente inclinados hacia Cristo, entonces, sin duda, hemos ganado esta joya de la fe. ¿Tienen tal gusto en sus mentes, y tal amor en sus corazones por Cristo que lo preferirían antes que todas las cosas en el mundo? Entonces, sin duda, la fe está puesta en ustedes.

[3] Ahora bien, cuando se comienza una cosa, se requiere más, porque, aunque esta fe se forme en sus mentes, en sus corazones y en sus almas, eso no es suficiente. Lo que se forma debe ser nutrido. El que es concebido debe ser sustentado y nutrido. Así, a menos que el amor que es iniciado en mí por el Espíritu Santo sea diariamente mantenido y alimentado por medios ordinarios, decaerá. A menos que el Señor continúe acercándome a Él por la obra de su Espíritu Santo, es imposible para mí continuar en la fe.

¿Cómo debemos alimentar y mantener la fe en nuestras almas? De dos maneras. En primer lugar, debemos nutrir la fe en nuestras almas escuchando la Palabra de Dios; no toda palabra, sino la Palabra de Dios predicada, y no de cualquier hombre, sino de aquel que ha sido enviado, pues este es el medio ordinario por el que el Señor se ha comprometido: Él obra la fe mediante la escucha de la Palabra y la recepción de los sacramentos. Entre más escuches la Palabra y entre más seguido participes de los sacramentos, tu fe será nutrida.

Ahora bien, no es sólo por oír la Palabra y recibir los sacramentos que alimentamos nuestra fe. La Palabra y los sacramentos no son capaces por sí mismos de nutrir la fe en nosotros, a menos que la obra del Espíritu esté unida con su ministerio. Pero se dice que la Palabra y los sacramentos nutren la fe en nuestras almas porque nos ofrecen y exhiben a Cristo, quien es la carne, bebida y vida en nuestras almas. Puesto que en la Palabra y sacramentos obtenemos a Cristo,

que es la comida para nuestras almas, se dice que la Palabra y los sacramentos nutren nuestras almas. Por eso, se dice de los discípulos de Cristo que «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» (Hechos 2:42). De este modo mantenían, aumentaban y alimentaban la fe que se había iniciado en ellos. Así, el Espíritu Santo engendra esta fe, la obra y la crea, nutre y mantiene en nuestras almas, a través de escuchar la Palabra y por la participación de los sacramentos. Son medios ordinarios por los cuales el Señor nos alimenta y nos sustenta para darnos la comida espiritual. Por tanto, la vida espiritual es nutrida y sustentada por los mismos medios con que inició, así como nuestra vida temporal es mantenida y alimentada por los medios con que inició.

Viendo, entonces, que por estos medios el Espíritu Santo engendra esta obra de fe en nuestros corazones, es nuestro deber orar para que Él continúe esta obra que ha iniciado, y por eso debemos recurrir a la escucha de la Palabra cuando se predica, y a recibir los sacramentos cuando son ministrados, para que podamos alimentar nuestras almas para la vida eterna. Pero ¡ay!, hemos llegado a tal aborrecimiento, desdén y rechazo de este alimento celestial, en este país, que donde los hombres al principio habrían ido unas veinte o cuarenta millas para oír la Palabra, ahora apenas vienen de sus casas a la iglesia y permanecen una hora para oír la Palabra, pues preferirían quedarse en casa. Pues bien, yo digo que demasiada riqueza revuelve la cabeza, y la abundancia de esta Palabra engendra tal aversión que es cosa rara encontrar quién tenga sed y deseo de oír la Palabra como solía hacerlo al principio. Y en cuanto a nuestros grandes hombres, no la escucharán toda, porque no pueden soportar escuchar lo que los acusa y los condena. Por eso, huyen de ella, pero no deberían hacerlo; no deberían huir de Cristo ni de su Palabra. Al contrario, deberían escuchar la Palabra y

cómo esta los acusa; así deberían acusarse a sí mismos también, para que así lleguen a confesar su pecado y obtengan misericordia.

Por tanto, cuando Cristo te acusa, no deberías huir de Él, sino correr hacia Él; deberías reclamar la filiación y la herencia en Él, y de esta manera, por así decirlo, irrumpir y entrar por la fuerza en su reino. No es el proceder cuando te tocan tus pecados y cuando Cristo te acusa, huir de Él. No, deberías volver a Él. Deberías confesar tu pecado, llorar «peccavi» (he pecado), y buscar misericordia. Y luego de que hayas recibido misericordia, esta Palabra será placentera para ti y encontrarás gran deleite en venir a escucharla, como nunca lo habías sentido antes. Pero ¡ay!, nuestra aversión y nuestro desdén han llegado a tal extremo que en verdad me siento impulsado a creer firmemente que el Señor ha llegado a la conclusión de que no entraremos en su descanso, aunque sólo fuera por este gran desprecio hacia su misericordia y su gracia, que ahora se nos ofrecen tan ricamente. Dios no puede tratar de otra manera con nosotros de lo que trató con nuestros antepasados, los israelitas, porque negaron el evangelio que en sus días era predicado oscuramente (pues por entonces la encarnación de Cristo estaba lejos de suceder, y cuanto más lejos estaba de tal encarnación, más oscuramente se predicaba la Palabra, bajo sombras y tipos oscuros).

No obstante, los padres que oyeron predicar el evangelio y no creyeron, todos perecieron en el desierto menos dos, como ya se ha dicho antes. Si ellos perecieron por despreciar una luz tan oscura, mucho más deben perecer ustedes, que son sus hijos, por despreciar el sol de justicia que se ha levantado y brilla tan claramente ahora en la predicación del evangelio, a menos que el Señor, en su misericordia, se anticipe a ustedes, y a menos que ustedes se anticipen a sus juicios por medio de una búsqueda ferviente, y a menos que busquen un sentimiento y entendimiento internos por

medio de los cuales puedan ver y sentir la gracia que se les ofrece.

De nuevo, oren para que Él santifique sus corazones por el arrepentimiento, que se puedan arrepentir de sus pecados, y llevar una vida honesta y piadosa para siempre, que tanto el cuerpo y el alma sean salvados en el Día del Señor. El Señor obra esto en tu alma, para que puedas buscar su misericordia; y buscando su misericordia puedas obtenerla, y en la misericordia puedan asirse de Cristo, por causa de sus justos méritos, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea el honor, alabanza y gloria, ahora y por siempre. Amén.

5

La preparación para la Cena del Señor Parte 2

Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa

1 Corintios 11:28–29

Amados en Cristo Jesús, en la doctrina de nuestra prueba y debido examen, el apóstol, como han escuchado, nos da una especial orden, a saber: que cada uno de nosotros debe probarse y examinarse estrictamente; es decir, cada hombre debe humildemente examinar su conciencia para ver cómo se encuentra respecto a Dios y el prójimo. Él nos ordena esto, y también que verdaderamente nos esmeremos en el verdadero examen de nuestras conciencias. ¿Por qué? Porque nadie sabe tanto de mí como yo mismo, pues nadie puede estar seguro del estado de mi conciencia, a no ser que sea yo mismo; y porque nadie puede probar mi conciencia tan diligentemente y tan provechosamente como yo mismo.

Por tanto, conviene ante todo que todos los hombres y mujeres, antes de entrar en la escucha de la Palabra, antes de dar su oído a la Palabra, o su boca al sacramento, prueben y examinen su propia conciencia. No es que el apóstol quiera excluir a otros hombres de esta prueba, pues, así como a mí me es lícito probarme a mí mismo, sin duda es lícito a mi pastor probarme a mí. Es lícito para otros hombres que cuidan de mí probarme y examinarme; pero nadie lo puede hacer tan provechosamente como yo mismo. Y aunque tengamos muchos hombres que estén al tanto de nosotros, todo está perdido si no nos probamos a nosotros mismos. Ya sea que haya una o dos personas que estén al pendiente de nosotros, cada uno de ustedes debe ser el primero de ellos. Sin duda, la intención del apóstol fue enseñarnos claramente que aquel que viene a esta Mesa sin ese conocimiento o habilidad de probarse a sí mismo, es un profano comulgante, y se acerca impuramente. Viene solamente a su propia destrucción. Que todos, por tanto, crezcan en conocimiento, entendimiento y en el Espíritu, que cada vez más sean más capaces de probar y examinar sus propias conciencias.

Para poder desarrollarnos en esta tarea con mayor celeridad y obteniendo mejores frutos, establecimos el siguiente orden para este examen.

(1) Primero que nada, les mostré qué es aquello que llamamos conciencia y a qué se refiere.

(2) Luego, les di las razones por las que deberías someter a tu conciencia a esta prueba y estricta examinación.

(3) Y, en tercer lugar, conforme lo permitía el tiempo, entré en los puntos en que cada uno de ustedes debería tratar de examinar su propia conciencia.

Con respecto a la conciencia, permítanme recordarles su definición. Llamamos conciencia a un cierto sentimiento

en el corazón que se asemeja al justo juicio de Dios, que sigue a un acto hecho por nosotros y que fluye de un conocimiento en la mente, un sentimiento acompañado por un movimiento en el corazón, de temor o alegría, de temblor o regocijo. Espero recuerden el desarrollo de estos puntos y pido a Dios que estén bien. A continuación, traté las razones por las que cada uno de ustedes debe tener cuidado en probar y examinar su propia conciencia.

1. En primer lugar, porque el Señor del cielo tiene su mirada continuamente sobre nuestra conciencia, porque el ojo de Dios nunca está fuera de la conciencia y del corazón del hombre, como les probé en varios pasajes diferentes.

2. En segundo lugar, porque este Dios ha elegido su morada y ha sentado su trono y ha hecho su residencia en la conciencia. Por eso, para que Él pueda habitar en la limpieza, debes tener en cuenta su morada.

3. En tercer lugar, Él es el Señor, de hecho, el único Señor de sus conciencias, el único que tiene poder para controlar, salvar o abandonar. Por tanto, para que puedas hacer un buen servicio a tu propio Señor, debes prestar atención a tu conciencia.

4. Y finalmente, puesto que la salud de tu alma depende del estado de tu conciencia, si tu alma goza de buena salud, tu cuerpo no puede ser malvado; por tanto, debido a que el alma y cuerpo dependen del estado de la conciencia, cada uno de ustedes deben cuidadosamente atender sus conciencias. No ampliaré esto, pero dejaré a sus memorias recordar cómo se debe preservar la salud y el bienestar del alma.

A continuación, llegué, en tercer y último lugar, a los puntos en los que cada uno de ustedes debe tratar de hacer un examen de conciencia. Como recordarán, senté dos

puntos en los que deben poner a prueba sus conciencias: primero, si nuestras conciencias estaban en paz con Dios o no; segundo, si tu conciencia estaba en el amor, en la caridad y en la amistad con tu prójimo o no. Es principalmente respecto a estos dos puntos que deben probarse y examinarse a ustedes mismos. Para saber si están en paz con Dios o no, deben primero probar, como dice el apóstol, si están en la fe de Cristo o no; porque si están en la fe, y por tanto justificados, deben, por necesidad, tener paz con Dios. Por eso, la próxima cosa por hacer es probar su fe, ver si están o no en la fe. La fe sólo puede ser probada por sus frutos; solamente puede ser probada y manifestada por sus efectos.

Por tanto, para comprobar si estás o no en la fe, fíjate en los frutos, presta atención a tu boca, a tus manos y a tus obras, pues a menos que glorifiques a Dios con tu boca y confieses tu salvación, y a menos que lo glorifiques también con tus obras, y hagas de tu santa vida un testimonio de tu santa fe, todo es vanidad y mera hipocresía. Así, para conocer la sinceridad de tu fe, debes ver si hay armonía entre tu mano, tu boca y tu corazón, si hay un consentimiento mutuo entre ellos en el que ni tu acción ni tu boca prejuzgan a tu corazón, sino que tu boca y tu mano, juntas, dan testimonio de la sinceridad de tu corazón. Si el corazón, la mano y la boca consienten y acuerdan juntos en armonía, entonces, el corazón está incuestionablemente unido a Dios. Así, la luz de tus actos, el resplandor de tu vida glorificará el nombre de tu Dios.

Es evidente, entonces, que todo el peso de la prueba recae principalmente en este punto, en ver si tenemos fe, en examinar si Cristo habita en nosotros por la fe o no. Porque sin fe no puede haber una unión o vínculo entre Cristo y nosotros, y nuestros corazones no pueden ser santificados y purificados, y no podemos obrar por caridad. Así, todo depende de esto solamente. Por tanto, para que puedan en-

tender mejor si tienen fe o no, fui más a fondo en este asunto y empecé a mostrarles cómo el Espíritu Santo crea la fe en sus almas, corazones y mentes. Comencé a mostrarles en qué orden el Espíritu Santo va formando y creando este notable instrumento en sus corazones y mentes: no sólo cómo engendra y comienza la fe, sino también cómo la sostiene y alimenta; y les mostré también los medios e instrumentos externos que Él usa para este efecto.

Para engendrar la fe en nuestras almas, el Espíritu Santo usa el oír de la Palabra predicada de aquel que es enviado, y el ministerio de los sacramentos, como medios ordinarios e instrumentos. Estos sólo son efectivos cuando el Espíritu Santo concurre internamente en nuestros corazones con la Palabra que golpea externamente nuestros oídos, y con el sacramento externamente recibido. A menos que el Espíritu Santo conceda su concurrencia a la Palabra y el sacramento, estos no producirán fe. Todo depende, entonces, de la operación del Espíritu Santo; toda la regeneración de la humanidad, la renovación del corazón y la conciencia depende del poder del Espíritu Santo. Por ello, nos incumbe emplear cuidadosamente nuestros esfuerzos en pedir a Dios su Espíritu Santo. Es por este medio, y no por otro, que el Espíritu Santo engendra la fe en nosotros, y alimenta y aumenta lo que ya ha engendrado. Y así como obtenemos la fe por el oír de la Palabra, por el oír continuo y diligente tenemos esta fe que se acrecienta y alimenta en nosotros. Y aquí traigo mi exhortación: si quieres tener vida espiritual nutrida en ti, y si quieres tener más seguridad del cielo, debes necesariamente escuchar la bendita Palabra de Dios continua y diligentemente.

APLICACIÓN PERSONAL DE LA DOCTRINA

Resta que ustedes apliquen cuidadosamente esta doctrina a su propia alma y escudriñen su propia conciencia para ver si esta fe ha comenzado, o no, tanto en sus corazones como en sus mentes. Examinemos ahora juntos hasta dónde o hasta qué punto el Espíritu Santo ha procedido en esta obra.

¿HA TENIDO LUGAR UN CAMBIO EN TU MENTE?

El primer efecto del Espíritu Santo de acuerdo con el cual puedes probar tu mente o ver si estás en la fe o no, se discierne así: vuelve sobre tus recuerdos y recuerda si en algún momento ha placido al Señor en su misericordia convertir las tinieblas de tu mente en luz, apartar de ti las tinieblas que te impedían ver a Dios en Cristo o alguna parte de su misericordia. Examina, digo, si estas tinieblas del entendimiento natural se volvieron a la luz por la obra del Espíritu o no. Examina si te conviertes en un hijo de la luz, un hijo del día; si te conviertes, como dice el apóstol, «luz en el Señor»; si un cambio ha tenido lugar en tu mente, que antes estaba encerrada por naturaleza en tinieblas y ceguera y llena de vanidad y errores; si el Señor alguna vez ha iluminado el ojo de tu mente y te ha hecho ver tu propia miseria, la fealdad de tu propia naturaleza, y los pecados atroces que te acosan por naturaleza. Examina si se te ha concedido una visión de ti mismo, si también se te ha concedido un camino de liberación, una visión de la misericordia de Dios en Cristo Jesús. Si has obtenido tal visión de las riquezas de su gracia en Cristo, entonces, sin duda el Espíritu Santo ha comenzado una buena obra en ti, la cual producirá arrepentimiento y la perfeccionará a su tiempo.

¿Está también tu corazón reformado y tu voluntad obediente? Si encuentras una imagen de estos dos en tu

mente, entonces pasa de tu mente a tu corazón, y así como has probado tu mente, prueba también tu corazón. Examina primero tu corazón para ver si está o no tan cambiado y reformado que su voluntad está enmarcada e inclinada a la obediencia de Dios, su afecto convertido en el amor de Dios, y derramado sobre Él como antes lo estaba sobre las vanidades, sobre la inmundicia y sobre el mundo. Prueba tu corazón para ver si está, o no, santificada la base y la fuente de donde tus sentires y afectos proceden. Porque de una fuente santa, fluye agua santa; de una fuente santa, santos sentires, santos pensamientos y consideraciones santificadas deben fluir.

Entonces, trata de examinar tu corazón para ver si el Espíritu de Dios ha obrado tal reforma en él o no. Y para que puedas entender mejor la obra del Espíritu Santo, en tu conciencia y corazón —en los cuales reside principalmente—, te explicaré los primeros frutos que el Espíritu Santo produce en el corazón, al enmarcarlo, apaciguarlo e inclinarlo a la obediencia de Dios. Puedes reconocer la obra del Espíritu Santo a través de este efecto, a saber: si tu mente ve y contempla lo que es bueno, ve y contempla tu propia miseria junto con los pecados que te hundieron en ella, y ve y contempla también las riquezas de la misericordia de Dios en Cristo; si mientras tu mente ve estas dos cosas tu corazón se reforma y se prepara para amar la contemplación de la misericordia de Dios en Cristo, si tienes un corazón que desea la misericordia, una sed y un deseo ferviente de participar de ella, entonces, donde están este deseo y esta sed, allí está el Espíritu Santo, y sin duda ha abierto tu corazón.

Además, si al ver su misericordia ves tu propia miseria, si al igual que tu mente ve tu miseria también ve la fuente de la que brota tu miseria —es decir, de tu propio pecado—, y si tu corazón odia esto, entonces, incuestionablemente el Espíritu Santo está ahí. Y si al odiarlo, también lo lamentas —

pues no basta odiar el pecado si no lamentas cometerlo—, y con una pena piadosa lo detestas, entonces, el Espíritu Santo está allí. Y, además, si con tu lamento eres cuidadoso y ansioso de evitar ese pecado, entonces, el Espíritu Santo está allí —porque, ¿de qué sirve lamentarse si, como perro que vuelve a su vómito, vuelves a caer en el mismo pozo? —. Por tanto, dondequiera que haya odio y dolor por el pecado, cuidado y resolución de evitarlo, indudablemente el Espíritu Santo ha abierto tu corazón, y está trabajando en ese precioso instrumento.

Examina tu corazón, entonces, de acuerdo con toda esta operación del Espíritu Santo, ve y percibe si el Espíritu Santo ha entrado tan profundamente en ti como para producir en tu duro corazón un deseo ferviente y diligente, una continua y cuidadosa preocupación por reconciliarte con el gran Dios, a quien has ofendido. ¿Existe tal cosa como la sed y el deseo de estar en amistad con el Dios del cielo a quien has ofendido con tus múltiples transgresiones? Donde hay en el corazón este ferviente deseo y esta sed de reconciliación, sin duda, el corazón se contenta sinceramente no sólo con renunciar al pecado y a todas las impiedades que te separaron de Dios, sino que, si está dotado de esta sed, renunciará sinceramente a sí mismo y, terco como era antes, se arrojará a los pies de Dios Todopoderoso, y se contentará enteramente con ser gobernado para todo por su santa voluntad. Se negará a seguir su propia lujuria, su propia voluntad y apetito, como lo hizo antes, pero se entregará por completo a las manos del Dios Todopoderoso para ser gobernado por su voluntad y obedecer sus mandatos.

A menos que encuentres en tu corazón esta disposición de abandonarte y renunciar a ti mismo, resulta vano que digas que tienes sed de reconciliarte con Dios. Por tanto, cuanto mayor es mi sed de reconciliación, tanto más crece mi deseo, y cuanto más aumenta en mi alma la aprehensión

de mi miseria, de los profundos abismos e infiernos a que está sujeta mi alma, tanto más ferviente estoy en reconciliarme con Dios. Para reconciliarme, no dudaría en renunciar a los deseos de mi corazón; renunciaría incluso a mi corazón mismo, y a la obediencia a su voluntad y deseo, porque veo que debo morir para siempre, porque veo las grandes profundidades y océanos de toda miseria en los que caeré al final a menos que el Señor en su misericordia se reconcilie conmigo. Para escapar de estos abismos y calamidades, ¿puede haber alguna duda de que el corazón que es consciente de ellos y conmovido por ellos, de buena gana renunciará a sí mismo? Y además, puesto que el Señor se ha esforzado en librarme de aquella profunda miseria en que me había hundido, y ha comprado mi redención a precio tan costoso, no con oro ni con plata, ni con ninguna escoria de la tierra, sino de una forma tan maravillosa, por un precio tan precioso y un rescate tan rico, y así cuando miramos la grandeza de nuestra miseria y la grandeza del precio por el cual Él nos ha redimido, ¿qué corazón hay allí que voluntariamente renunciaría a sí mismo para participar en esa redención y ser librados de ese infierno en el que estamos sumergidos, y en el que estaremos en mayor medida de aquí en adelante a menos que nos reconciliemos con Dios?

Entonces, junto con esta elección, se une una disposición en el corazón en la que el corazón está dispuesto en alguna medida a renunciar a sí mismo. Esta lección nos es a menudo enseñada por Cristo en su evangelio: debemos tomar la cruz y renunciar a nosotros mismos antes de seguirle. Cuanto más crece esta sed en el corazón, más crece también esta renuncia a nosotros mismos. Por otra parte, cuanto más decae y disminuye esta sed en el corazón, y cuanto más nos adherimos al mundo y a la carne, tanto más somos gobernados y guiados por ellos. Así pues, debemos alimentar el hambre de la vida eterna, la sed de la misericordia y el hambre de la justicia que es en Cristo o, de lo

contrario, nos será imposible ser sus discípulos de alguna manera.

PAZ Y UN ANTICIPO DEL CIELO

Ahora, prosigamos: el corazón que está así preparado, es decir, dispuesto a reconciliarse y dispuesto a renunciar a sí mismo, nunca ve frustrada su esperanza, y nunca queda defraudado. Pero, así como el Señor ha impreso en él un ferviente deseo de reconciliarse y de aferrarse a Cristo, así también, de cierta forma, pone a ese corazón en sesión de la misericordia que busca, en posesión del mismo Cristo Jesús. El corazón siente y capta con certeza está aprehensión de Cristo en esa paz que Él da a la conciencia. Así, la conciencia que antes estaba aterrorizada, sumamente atormentada y distraída, se tranquiliza y apacigua de inmediato con la entrada de esta paz y de Cristo con su gracia. La calma y la sanidad vienen al corazón, y todos los problemas y las tormentas se disipan.

A esta paz se une una muestra de los poderes del mundo venidero. El corazón prueba el sabor de la dulzura de Cristo, del gozo de la vida eterna, que no es más que el anticipo de aquel gozo pleno y perfecto en el que entrarán alma y cuerpo en aquella vida. Como ustedes saben, las arras (un depósito pagado por adelantado) deben ser no sólo una parte de la suma total, sino un pago por adelantado del mismo tipo, y, por lo tanto, estas arras de alegría nos aseguran que cuando obtengamos la posesión de la suma total, será una alegría maravillosa. Estas promesas elevan el corazón y evitan que ponga su vista en esta vida. Nos siguen refrescando de vez en cuando, como mediante la frecuente entrega de arras, y nos aseguran la plena consumación de ese gozo por el que, con paciencia, soportaremos todas las tribulaciones. Por tanto, como el Espíritu Santo obra en nosotros una sed de Cristo, de misericordia y reconciliación

con Él, así que el mismo Espíritu Santo no defrauda esa expectativa, sino que pone al alma y al corazón en posesión de Cristo. De esta manera la conciencia es calmada, el corazón regocijado, y probamos un poco de la dulzura y de los poderes de la vida venidera.

¿Qué es lo que hace en mi corazón y en mi conciencia el sentimiento evidente de este placer que sobrepasa todo entendimiento? Este sentir obra una asombrosa seguridad y persuasión de que Dios me ama. El sentir de su misericordia en lo profundo de mi corazón, en el fondo de mi conciencia, obra una cierta seguridad y persuasión de que Él es mi Dios, de que Él me salvará por amor a Cristo, y de que la promesa de misericordia, que antes no me atrevía a aplicar a mi conciencia, ahora, por el sentimiento de su misericordia, me atrevo a aplicar con denuedo y a decir: «¡La misericordia me pertenece! ¡La vida y la salvación me pertenecen!».

LA FE Y SEGURIDAD CRECEN

Cuando la consciencia está tan aterrorizada y no ve nada más que fuego e ira en Dios, no es posible para ella hacer nada sino alejarse de Él. No puede acercarse a un fuego consumidor. Pero desde el momento en que la conciencia obtiene una muestra de esta paz, misericordia y dulzura, tan rápido como alguna vez huyó de Dios antes, ahora, después de esta reconciliación, corre hacia Él y desea poseerlo más y más plenamente. Así, la seguridad y persuasión de misericordia emerge del sentir de misericordia en el corazón y la conciencia. A menos que el corazón la sienta y la pruebe en alguna medida real, ninguna conciencia se atreve a aplicarse a sí misma a Dios y su misericordia. Puedo estar seguro, en general, de que todos mis pecados son remisibles, y de que puedo obtener misericordia antes de sentirla. Pero no me atrevo a aplicar esta misericordia particularmente a mí mismo a menos que sienta una muestra de ella.

Por lo tanto, esta aplicación particular, por la cual reclamamos a Dios y a Cristo como nuestro, como si nadie tuviera derecho a Él sino nosotros, y así lo llamamos mi Dios, mi Cristo y reclamamos sus promesas como si nadie tuviera interés en ellas sino nosotros, todo esto nace de la convicción y sentimiento de misericordia en el corazón. Cuanto más crece este sentimiento, y cuanto más profunda es la experiencia de esta paz y misericordia que tenemos en nuestro propio corazón, más fuertes crecen nuestra fe y seguridad. Nuestra persuasión se vuelve tan fuerte que podemos atrevernos, al menos, a decir con el apóstol: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni los poderes, ni lo presente, ni lo por venir, nos podrán separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús nuestro Señor» (Rom. 8:35, 38).

Esta aplicación particular, que surge sin duda del sentimiento y convicción de la misericordia divina, es la diferencia específica, la principal marca y característica por la que nuestra fe —es decir, para nosotros que estamos justificados en la sangre de Cristo— se distingue de la fe general de los papistas. Por esta aplicación particular nuestra fe no sólo es distinguida de la fe general de los papistas, sino de todas las creencias fingidas de todas las sectas en el mundo. El papista no se atreve a aplicar la promesa de misericordia a su propia alma, por lo que considera una presunción decir: «Soy elegido, soy salvado y justificado». ¿De dónde viene esto? Sólo del hecho de que en sus conciencias nunca han sentido misericordia, nunca han probado del amor, favor y dulzura de Dios. Porque así como la conciencia huye de Dios antes de obtener cualquier sabor de su dulzura, con la misma rapidez corre hacia Él después de haberla probado.

Así que ellos, personas miserables, se contentan con esta fe general, que no es nada más que una fe histórica, es decir, una que descansa solamente en la verdad de Dios, y

por la cual sabemos que las promesas de Dios son verdad. Pero los papistas no se atreven a decir: «Estas promesas son verdaderas en mí». ¿Por qué? Porque no las han sentido, y su corazón no está abierto. Sólo nuestra fe justificadora, como les he dicho, consagra el alma entera a la obediencia de Dios en Cristo. Por tanto, descansa no solamente en la verdad de Dios, o sobre el poder de Dios (aunque estos son de los principales pilares de nuestra fe también), sino especial y principalmente en la promesa de gracia y misericordia en Cristo. El alma del papista, estando desprovista del sentimiento y gusto de la misericordia, no se atreve a participar en esta aplicación particular, por lo que no puede ser justificado. Sin embargo, no cabe duda de que los justificados por la misericordia de Dios, que entre ellos se encuentran, saborean su bondad antes de morir. Hasta aquí los efectos.

Sólo tienes que recordar esto: la apertura del corazón, la calma y aquietamiento de la conciencia, producen una seguridad y fuerte persuasión de la misericordia de Dios en Cristo. Entre más sea abierto el corazón, más es apaciguada la conciencia; cuanto más permanezca y continúe ese gusto de la dulzura, más seguro estás de la misericordia de Dios. Entonces, si quieres saber si tu fe es fuerte o no, si tu persuasión de la misericordia de Dios es segura o no, mira tu conciencia. Si tu conciencia está herida por algún pecado, seguramente dudarás, y si dudas, no puedes tener una persuasión tan fuerte como la que tendrías si tu duda fuera eliminada. No quiero decir que la fe pueda ser tan perfecta en esta vida que nunca haya ninguna duda junto con ella. No pretendo tanta perfección, pero sí digo que una conciencia herida siempre ha de dudar, y cuanto más dudamos, menor es nuestra persuasión. Por tanto, cuanto más hieran sus conciencias, menos fe tendrán, por lo que deben llegar a este punto: preserven una sana conciencia, mantengan paz en ella, y preservarán la fe, y tendrán persuasión en la misma proporción que tengan descanso y paz en sus conciencias.

Cuanto más sus conciencias descansen, mejor será su fe y persuasión.

PRESERVA UNA BUENA CONCIENCIA

Entonces, este argumento es sólido: una fe dudosa causa una fe débil, y entre más duda haya en sus conciencias, más débil será su fe. Así, el apóstol no miente cuando dice que la fe habita, se encierra y se guarda en una buena conciencia. Por tanto, si preservas una buena conciencia, preservarás una fe fuerte, y si hieres —es decir, pecas contra— tu conciencia, herirás tu fe.

Ahora bien, para hacer esto más práctico: ¿cómo puedo ser persuadido de la misericordia del Señor, cuya ira siento encendida contra mí y contra quien mi conciencia me muestra que soy culpable de muchas ofensas? Ciertamente, mientras permanezca en mí un sentir de su ira y de mis ofensas, no puedo tener una fuerte persuasión de que Él será misericordioso conmigo. Pero cuando llego a tener acceso a su rostro y veo que me ha perdonado, entonces comienzo a ser persuadido. Por tanto, mantén una buena conciencia y mantendrás tu fe, y cuanto mejor sea tu conciencia, más fuerte será tu fe.

A LOS ARISTÓCRATAS, JUECES, ABOGADOS Y COMERCIANTES

Toda la exhortación que aprendemos de lo dicho anteriormente depende de esto: que cada uno de ustedes, cualquiera que sea el rango al que pertenezcan, preste atención a su conciencia porque al perderla pierden su fe, y al perder su fe pierden (su dominio sobre) la salvación. ¿Perteneces a las filas de los grandes hombres? Debes prestar atención a tu conciencia, especialmente porque el Señor te ha puesto en un gran llamado. Tienes muchas cosas en las que debes controlar tu conciencia y consultarla antes de echar a andar

cualquier obra, porque estás obligado en múltiples deberes para con Dios y para con tus subordinados.

Sin duda, si algunos de nuestros grandes hombres hubieran tenido el cuidado de consultar sus conciencias, tal degeneración no habría llegado a sus propios cuerpos. Esta opresión de los pobres, estas enemistades mortales con hombres de su mismo rango no habrían estallado con tanta vehemencia. Pero el Señor, al verlos hacer tan poco caso de su conciencia, los priva de la fe y de la esperanza de la misericordia, y su fin será ciertamente miserable. Ustedes, que tienen ojos para contemplar, verán al Dios del cielo hacer que esos hombres, que viven tan disolutamente, se conviertan en espectáculo de sus juicios ante el mundo, pues el Señor no deja impunes a tales hombres. Por su ejemplo, es muy necesario que los hombres de rango inferior presten atención a sus conciencias y, por lo tanto, que cada hombre, según su vocación, se examine a sí mismo por la regla de su conciencia.

Especialmente conviene que los que son jueces, antes de pronunciarse y dictar sentencia, consulten su propia conciencia y su ley, porque al dar un juicio no debes seguir tu inclinación, sino la regla de tu conciencia. De igual manera, ustedes, que son de rango inferior a los jueces, y ustedes que son abogados, deben controlar sus acciones por sus conciencias. No des a los súbditos de este país motivos justos para quejarse de ti; no los atemorices para que no recurran a la justicia con honorarios exorbitantes y formas extraordinarias de comportamiento, sino modera todas tus acciones para que concuerden con la norma de tu conciencia, a fin de que, en la medida en que dependa de ti, la justicia no cese.

A ustedes, la clase comerciante, les digo lo mismo. Cuiden de no prestar tanta atención a esto o aquello como sí deben prestar a sus conciencias, considerando, según la medida del conocimiento que Dios les ha dado, lo que pueden

hacer conforme a sus conciencias, y en todo lo que hagan guárdense de actuar en contra de su conocimiento. Concedo que tu conocimiento no será tan grande como debería ser, y esto explica muchas acciones deformadas. Sin embargo, que ningún hombre actué contra su conocimiento, sino que cada uno actúe de acuerdo con la medida de conocimiento con que Dios lo ha dotado, y aunque no esté bien informado, que no haga nada por conjetura, sino que consulte su conciencia y siga su conocimiento, porque todo lo que se hace con duda es pecado. Por eso, lo que sea que hagan, no dejen que su ojo, su mano o cualquier miembro de su cuerpo, actúe contra su conocimiento, porque eso sería un paso hacia ese gran pecado contra el Espíritu Santo. Esta es una manera segura de poner todo el conocimiento fuera de sus mentes, porque si los hombres actúan en contra del conocimiento, y continúan haciéndolo, se verán envueltos en la oscuridad; el Señor arrancará todo el conocimiento de sus mentes, y todo sentimiento de misericordia de sus corazones. Por lo tanto, que cada uno de ustedes siga su conocimiento, y que se lleven a cabo sus acciones de acuerdo con la medida de su conocimiento.

UN DON PRECIOSO PARA PECADORES QUE NO LO MERECEN

Ha placido al Señor derramar el vino, este ungüento precioso, en nosotros. Aunque somos frágiles vasijas de barro, criaturas miserables, a nuestro Dios misericordioso le ha placido derramar un vino tan precioso en nuestros corazones y mentes, y confiarnos una fe tan preciosa, que es nuestra justicia, sabiduría, santificación y redención. Aunque seamos criaturas miserables, el Señor, en su misericordia, nos tiene en cuenta en Cristo al darnos este don precioso por el cual nuestras almas se preparan —y están preparadas— para la vida eterna. Al derramarlo en nuestros corazones, vemos cla-

ramente que no crece en nuestros corazones, ni se reproduce en nuestra naturaleza. No, este don de la fe no está bajo el mando del hombre, o bajo su arbitrio, como si estuviera en su poder creer o no creer, según le plazca; antes bien es el don de Dios derramado gratuitamente de su gracia inmerecida en las riquezas de su misericordia en Cristo.

¿CÓMO PODEMOS SABER SI TENEMOS EL DON DE LA FE?

Que es un don, lo vemos claramente de las palabras del apóstol: «A otro, fe por el mismo Espíritu» (1 Corintios 12:9). Y de nuevo: «Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Filipenses 1:29). Por eso, la fe es un don del Espíritu Santo, pero este don no es dado a todos, como el apóstol claramente declara: «Porque no es de todos la fe» (2 Tesalonicenses 3:2). Este don no es dado a todos, sino sólo a los elegidos, es decir, a los que Dios ha decretado para la vida eterna. Dondequiera que esté, y en cualquier corazón que se encuentre, este don nunca está ocioso, sino que está perpetuamente obrando, y obra bien por el amor y la caridad, como afirma el apóstol (Gálatas 5:6). Y, como el apóstol Santiago testifica en su segundo capítulo, dondequiera que este don sea encontrado, no está muerto, sino viviente y vibrante. No hay mejor manera de saber si está viva y funciona, o no, que observar los frutos y efectos que de ella se derivan; por tanto, para que estén más seguros de la bondad de su fe por sus efectos en ustedes, les daré tres efectos especiales para observar, de acuerdo con los cuales pueden juzgarla.

[1] Primero que nada, mira tu corazón y escudríñalo. Si tienes el deseo de pedir la misericordia de Dios por tus pecados, de invocar su santo nombre para obtener mise-

ricordia y gracia, si existe en tu corazón el deseo de orar, si tu corazón —o alguna parte de él, está inclinado o tiene sed de misericordia y gracia..., ciertamente ese deseo de orar que tienes en alguna medida es el verdadero efecto de la fe genuina, aunque, en ocasiones, la mayor parte de tu corazón se inquiete y te pueda alejar de la oración. Si tienes un corazón para orar a Dios, aunque este deseo sea escaso, asegúrate de que tu alma tiene vida, porque la oración es la vida de tu alma y hace que tu fe esté viva. ¿Por qué? La oración es un don de Dios mismo; no es don nuestro, porque si fuera nuestro, sería malo. Pero la oración es el mejor don que el Dios le ha dado al hombre, y por eso debe ser el don de su propio Espíritu Santo, y siendo su don, hace vibrar nuestra fe. Sin esto, no son capaces y no se atreven a invocar a aquel en quien no creen, como dice el apóstol (Romanos 10:14); porque si le suplico con oración, debo confiar en Él. Por eso, la oración es una evidencia segura de la fe justificante y creencia en Dios, ya que no puedo hablarle, y mucho menos orarle, a alguien en quien no confío. Porque aunque el corazón no esté completamente resuelto o bien dispuesto, si hay alguna parte de él que se inclina a la oración, quédate con ella; es una prenda segura de que, en esa parte de tu corazón, crees.

[2] La segunda forma de saber si la fe está en ti o no, es esta: mira dentro de ti y observa si tu corazón puede contentarse con renunciar a tu rencor, a perdonar tus resentimientos, y a hacerlo libremente por amor de Dios. ¿Puedes hacer esto? ¿Perdonarías a tu prójimo tan libremente como Dios te ha perdonado? Seguramente, este es un efecto genuino del Espíritu Santo, porque la naturaleza nunca podría dártelo. No hay nada a lo que la naturaleza se incline más que al rencor y la envidia, y no hay nada en lo que la naturaleza ponga su honor con más avidez que en la venganza privada. Ahora bien, si tu corazón es tan manso y humilde, que voluntariamente perdonaría el daño por causa

de Dios, entonces, ese es un efecto genuino del Espíritu. Esto no lo digo yo, sino Cristo mismo en el evangelio: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:14-15).

Así, en efecto, Cristo dice: «Al que perdona las ofensas, sus ofensas le serán perdonadas; pero el que se venga de sus propios agravios, se le vengará el agravio». Por tanto, si quieren ser perdonados de sus males contra el Dios Todopoderoso, perdonen a su prójimo. No insistiré más. Examina si estás en la fe o no; examínalo por tu deseo de orar, por la forma en que descargas tus propios rencores. Si careces de estas cosas, recuerda que un corazón vacío de oración y lleno de rencor es un corazón infiel y apto para el infierno.

[3] El tercer efecto de la fe es la compasión. Debes inclinar tu corazón y ser compasivo con los pobres miembros del cuerpo de Cristo, y no permitir que les falte si tienes mucho, porque si no tienes esta compasión, no tienes fe.

Examínense a ustedes mismos mediante estos tres efectos, y si los encuentran, aunque sea en una pequeña medida, entonces tienen fe genuina en sus corazones, una fe verdadera y viviente. Seguramente, la misericordia de Dios será con ustedes.

LA GRAN NECESIDAD DE ALIMENTAR LA FE DEBILITADA

Aunque esta fe nuestra es viva, no es perfecta en este mundo: requiere un aumento continuo, cada día y cada hora; requiere ser nutrida constantemente. Los apóstoles mismos oraban por este aumento y decían: «Señor, auméntanos la fe» (Lucas 17:5). Y nuestro Maestro mismo nos encomienda orar por ello. «Señor, aumenta nuestra fe. Yo creo, Señor,

ayúdame a creer». El mismo mandato de Cristo nos enseña claramente que esta fe necesita ser alimentada y ayudada continuamente. No puede ser ayuda, sino por la oración, y, por tanto, continuamente debemos perseverar en la oración. La terrible duda, los extraños fosos de la desesperación, en los que son arrojados los más queridos siervos de Dios, enseñan claramente que la fe necesita ser ayudada, y que debemos estar perpetuamente buscando aumentarla con temor y temblor. Sí, en verdad, los mejores siervos de Dios se ejercitan con temporadas de terrible duda en sus almas, con extrañas vacilaciones, y se les lleva, a veces, según les parece, al borde mismo de la desesperación.

Estas dudas y vacilaciones nos muestran que nuestra fe requiere ser alimentada para siempre, y que continuamente debemos orar por su aumento. Le place al Señor, a veces, dejar que sus siervos se vean a sí mismos, humillarlos y mostrarles cuán feo es el pecado. Le agrada dejarlos caer en la amargura del pecado, pero no porque quiera consumirlos o dejar que sean tragados por la desesperación. Aunque Ezequías clama: «Como un león molió todos mis huesos; de la mañana a la noche me acabarás» (Is 38:13), sin embargo, el Señor no permite que se desespere. Aunque David llora: «¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Estarás airado para siempre? ¿Arderá como fuego tu celo?» (Sal 79:5), sin embargo, no se desespera. El Señor abate grandemente a sus siervos para que sientan en su corazón y en su conciencia lo que Cristo sufrió por ellos en el huerto y en la cruz, en alma y cuerpo. En efecto, podríamos sentir la tentación de pensar que ha habido pura complicidad entre el Padre y el Hijo, y que su sufrimiento no era sufrimiento, a no ser que nosotros también sintiéramos en nuestras almas algo del infierno que Él soportó en toda su extensión por nosotros.

Entonces, para que podamos entender claramente la amargura del pecado, para que sepamos hasta qué punto

estamos en deuda con Cristo, que sufrió tales tormentos por nuestros pecados, y para que seamos más capaces de darle gracias y alabar su santo nombre, Él nos permite a nosotros, sus propios siervos, dudar, pero no desesperar. Él perdona nuestras dudas, perdona nuestras vacilaciones y, a su tiempo, nos sostiene y nos lleva a las aguas de la vida.

Estas dudas, como muchas veces he dicho, pueden alojarse en un alma con fe, porque la duda y la fe no se oponen directamente. Solo la fe y la desesperación se oponen directamente y, por tanto, la fe y la desesperación no pueden alojarse en la misma alma. La desesperación destruye los pilares de la esperanza, y donde no hay esperanza no puede haber fe; pero en cuanto a la duda, esta puede alojarse —se alojará, y se ha alojado— en el alma de los mejores siervos que Dios ha tenido jamás. Recuerden las palabras del apóstol: «en apuros, mas no desesperados» (2 Corintios 4:8)[12].

Entonces, la duda y la fe pueden estar juntas en una sola alma. ¿Pero de dónde viene el dudar? Sabemos que en el hombre regenerado hay un remanente de corrupción, porque no tenemos nuestro cielo en esta tierra. Aunque empezamos nuestro cielo aquí, no estamos en él completamente. Si toda la corrupción fuese quitada, ¿qué quedaría sino un cielo completo aquí? Así que en esta vida sólo se empieza, y no se perfecciona, y así queda en el alma una gran corrupción que nunca está ociosa, sino que está continuamente ocupada. Esta corrupción está siempre dando a luz al pecado, unas veces más que otras.

Todo pecado hiere la conciencia: una conciencia herida perjudica la persuasión, y es así como entra la duda. No hay pecado que cometamos que no desvanezca la luz y arroje lodo sobre el ojo de nuestra fe, impidiendo nuestra visión, de modo que dudemos y tropecemos. Y si no fuera

12 En la Biblia de Ginebra, se lee «en dudas» en lugar de «en apuros».

porque el Señor en su misericordia nos toma y nos da el don del arrepentimiento, y nos hace cada día clamar misericordia tantas veces como pecamos, y así remediar la pérdida de nuestra fe y de nuestro sentimiento de misericordia, continuaríamos en el pecado y apagaríamos del todo la luz. Pero le place al Señor, aunque pequemos todos los días, darnos el don del arrepentimiento, y a través del arrepentimiento remediar nuestra fe, remediar el sentido y sentimiento de misericordia en nosotros, y así restaurarnos al mismo estado de persuasión en que estábamos antes. Por tanto, si Dios no comienza, continúa y termina con misericordia, decaemos en el mismo momento en que nos retira su misericordia, y por eso debemos ser diligentes en invocar su misericordia. Debemos continuamente persistir en buscar cómo tener un sentimiento de misericordia. Hasta aquí, entonces, el problema de la duda.

AUNQUE PODAMOS DUDAR, EL DON DE LA FE NUNCA SERÁ REMOVIDO

Ahora bien, aunque sea tan cierto y tan seguro que la fe del mejor hijo de Dios está sujeta a la duda, sin embargo, es de igual manera cierto y seguro que la duda nunca se extingue por completo. Incluso si es muy débil, nunca se descompondrá y desaparecerá del corazón por completo una vez que haga su residencia en él. Para sostener el corazón atribulado, el Espíritu de Dios ha establecido este consuelo y consolación en su Palabra: que por débil que sea la fe, sigue siendo fe, y dondequiera que esté la fe, debe haber misericordia.

En Romanos 11:29 leemos: «Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios». Pero entre todos los dones de este tipo, la fe es uno de los más grandes; por tanto, nunca puede ser removida. En el versículo tres de Judas, leemos: «La fe que ha sido una vez dada a los santos». «Una

vez dada», es decir, permanentemente dada, nunca puede cambiar, ni puede completamente ser quitada de ellos. El Señor no se arrepentirá de este don, porque el alma que una vez amó, la amará perpetuamente.

Es tan cierto y verdadero que las chispas de fe que son encendidas en el corazón por el Espíritu de Dios pueden ser apagadas por mucho tiempo, o cubiertas por las cenizas de nuestra propia corrupción, y por nuestras propias malas obras y maldad en que caemos. Es verdad que los efectos de una fe viva pueden ser interrumpidos, y que las concupiscencias y malos afectos pueden prevalecer por mucho tiempo, de modo que cuando el hombre se mira a sí mismo a la luz de los juicios de Dios que pesan sobre el alma y el cuerpo, y cuando mira su vida disoluta y la ira de Dios contra ella, a menudo surgirá, en la mente, el corazón y la conciencia de un hombre así —un hombre que tanto ha sofocado y oprimido su fe— la convicción de que es un réprobo, un desterrado, y de que nunca podrá recuperar la misericordia de Dios. Cuando esta corrupción irrumpe en gran manera luego de que el Señor te ha llamado, ten cuidado; tan pronto como el Señor comience a despertarte de nuevo, es decir, tan pronto como vuelvas a fijar tus ojos en tu propia vida, considera muy seriamente tanto la gravedad de tu pecado como el peso de la ira de Dios que ves caer sobre él. Pero si te quedas fijo en estas consideraciones y te resistes a permitir que tus pensamientos se detengan en la profundidad de la misericordia de Dios, inevitablemente llegarás a sentir en tu propio juicio que eres un desterrado. Sin embargo, Dios quiera que no sea así, porque, aunque estas chispas del Espíritu estén cubiertas por la corrupción dentro de tu alma, no están apagadas por completo.

Ahora bien, permíteme mostrarte que no se han extinguido. Estas chispas, aunque no se manifiesten exteriormente para que el mundo vuelva a conocer que eres un hombre

fiel como hasta ahora, sin embargo, no están quietas, y descubrirás que no están quietas en ti. Para confirmar mi argumento de que no están quietas, aunque nuestros cuerpos se entreguen a los excesos después de nuestro eficaz llamamiento interior, pensemos en un fuego cubierto de cenizas, el cual sigue siendo fuego. Nadie dirá que el fuego está apagado, aunque esté cubierto. Tampoco se apaga la fe en el alma, aunque esté tan cubierta que no muestre luz exteriormente. Tenemos un claro ejemplo de esto en David. Después de su lamentación en ese salmo de arrepentimiento, ora a Dios con estas palabras: «No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu» (51:11). ¿Acaso perdió al Espíritu por causa de su adulterio y asesinato? No, porque entonces no hubiera dicho «no quites de mí», sino «devuélvemelo». Es verdad que usa un lenguaje similar en el siguiente versículo: «Vuélveme el gozo de tu salvación». No es que le faltara el Espíritu por completo, sino que el Espíritu carecía de fuerza en él, y necesitaba fortalecimiento y consolidación; necesitaba ser avivado para que apareciera su llama. Por eso digo que el hecho de que David lo dice tan claramente después de su adulterio y asesinato es un certero argumento de que a los fieles nunca se les quita el Espíritu de Dios, ni siquiera en sus mayores excesos.

El segundo punto es este: ¿Cómo pruebo que estas chispas no están quietas, aunque se interrumpan los efectos exteriores? Así como David sintió esto en su conciencia, cada uno de ustedes puede sentirlo en su propia conciencia. El Espíritu de Dios en el hombre no puede estar quieto, porque durante todo el tiempo que el cuerpo está entregado a la perversidad, estas chispas del Espíritu no dejan de acusarla y de encontrar faltas en tu conducta; no te permitirán gozar los placeres del cuerpo sin gran amargura y continuo remordimiento. Y habitando donde lo hacen, en el alma, le harán resonar su grito de vez en cuando, al menos una vez cada veinticuatro horas: «¡Ay! ¡Hago el mal que no haría! ¡Si

tan sólo tuviera poder y fuerza para resistir mi lujuria! ¡Si tan sólo pudiera ser dueño de mi deseo, no haría el mal que hago por nada del mundo! ¡Si tuviera poder para hacer el bien que podría hacer, no lo dejaría de hacer por todo el mundo!» Así, aunque estas chispas no tengan suficiente fuerza y fortaleza en el momento para resistir la lujuria e impedir las malas acciones, sin embargo, están perpetuamente trabajando en el corazón, encontrando fallas en tu corrupción y no permitiéndote tomar tu placer sin dolor; en cambio, al final, te obligan a pronunciar palabras como estas: «Si tuviera fuerza para resistir, no haría el mal que hago». Un llanto como este es incuestionablemente el llanto de un alma que el Señor ha empezado a santificar. Y una vez santificada, a pesar del diablo y de la corrupción interna, su fe nunca perecerá.

Sin embargo, si el alma entera, sin contrición alguna sino con un apetito y un placer codiciosos, se deja llevar hacia el mal sin ningún arrepentimiento, entonces, esa alma se encuentra en un estado maligno. Nada puedo esperar para tal alma sino la muerte, a menos que el Señor lo impida. Pero donde hay remordimiento y pena, y tal clamor en el alma, recobrará fuerza en el tiempo que Dios ha señalado. El Señor nunca permitirá que estas chispas sean quitadas del todo, sino que a su tiempo las encenderá y las hará brotar ante el mundo en buenas obras; a su tiempo, el Señor las santificará. Él esparcirá las cenizas de la corrupción, avivará las chispas y las hará brotar en una vida mejor que nunca. Así, como puedes ver, claramente el arrepentimiento de David ha hecho más bien a la Iglesia de Dios de lo que hubiera sido si nunca hubiera caído.

Aunque se interrumpan los frutos del arrepentimiento, sin embargo, las chispas no se extinguen. Nadie piensa que el fuego que está cubierto de cenizas se ha extinguido, porque cuando se agite por la mañana, arderá tan intensamente como lo hizo la noche anterior. Nadie pensaría que los árboles

están muertos cuando en invierno están sin hojas, sin frutos y sin belleza exterior. Nadie pensaría que el sol se ha ido del cielo, aunque se eclipse por una nube de oscuridad y niebla. Hay una gran diferencia entre una enfermedad del sueño y la muerte, porque los hombres no están muertos si están durmiendo y, sin embargo, no hay nada más parecido a la muerte que el sueño. Así como hay una gran diferencia entre un borracho y un muerto, también hay una gran diferencia entre la fe que permanece escondida por un tiempo, pero no se expresa, y la luz que se apaga por completo. Cuando no manifestamos nuestros actos, Dios nos libre de pensar que estas chispas se han extinguido por completo. De hecho, el alma que llega a desviarse horriblemente de su llamado y peca en contra de su conocimiento, antes de que recupere su antigua belleza, está en gran peligro. Porque si el Señor permite que tu corrupción se salga con la suya, de modo que te lleve a donde quiera, y hace todo lo posible para que apagues las chispas de la regeneración, entonces, cuando el Señor comience a probarte, o te haga rendir cuenta de tu vida pasada, tu alma estará en gran peligro.

Por lo tanto, cuando el Señor comienza a acusarte de tu vida desordenada, del desprecio y abuso de tu vocación, ciertamente tu alma está tan al borde de la desesperación como podría estarlo. Porque, si miras a Dios, no verás nada más que su ira encendida como un fuego contra ti. Si te miras a ti mismo, no verás nada más que pecado provocando su ira; verás el desprecio y abuso de tu llamado aumentando su ira; no verás más que materia para la desesperación.

NUESTRO REFUGIO EN LAS PRUEBAS MÁS SEVERAS DE LA VIDA

¿Cuál es el mejor pilar y el refugio más seguro en el que puede confiar un alma que está tan cerca del borde de la desesperación? Les mostraré un lugar de ayuda en el que

pueden encontrar reposo cuando las pruebas más severas los asalten. Cuando no haya nada ante ti que no sea la muerte, cuando veas que el diablo te acusa, que tu propia conciencia da testimonio contra ti, que tu vida te acusa y que el abuso de tu vocación te acusa, ¿adónde irás? En primer lugar, voltea hacia tus experiencias pasadas, rebobina tu memoria, y recuerda si Dios te ha amado en algún momento, si alguna vez has sentido el amor y el favor de Dios en tu corazón y conciencia. Recuerda, si alguna vez el Señor ha dispuesto de tal manera tu corazón, que, así como Él te amó, tú lo amaste a Él, y tuviste el deseo de alcanzarlo. Recuerda esto, y descansa en el hecho que, como Él te amó una vez, te amará siempre, y seguramente te restaurará hacia ese amor antes que mueras. El corazón que una vez sintió este amor de Dios, lo volverá a sentir. El Señor restaurará a sus criaturas antes de que partan de esta vida el mismo don —o gracia o gusto— de los poderes del mundo venidero que ya les había dado en esta vida.

Por tanto, el alma que se ve sacudida por severos asaltos y grandes peligros donde la experiencia presente no ayudará, debe recurrir al pasado y tener en la memoria la experiencia anterior de misericordia que el Señor le ha mostrado gratuitamente. Este mismo recuerdo será tan agradable para el alma que la mantendrá alejada de la desesperación en el presente, y la sostendrá hasta el momento en que el Señor apacigüe el corazón y dé consuelo al alma; entonces el alma se dará cuenta de que por muy enfadado que estuviera Dios, sólo lo estaba por poco tiempo.

No hablo de estas cosas porque piense que cada uno de ustedes las ha probado, y, sin embargo, en cierta medida, los siervos de Dios deben probarlas, mientras que ustedes, que no las han probado, aún pueden probarlas antes de morir. Así pues, las hayan probado o no, no puede sino serles provechoso guardar esta lección en sus corazones y recordarla

fielmente para que si el Señor, en algún momento, llamara a sus corazones, puedan recordarla y decirse a sí mismos: «Aprendí como mirar a mis experiencias pasada y encontrar descanso». Y aunque ustedes mismos no sean puestos a ello ahora, sin embargo, cuando visiten a los que están atribulados en conciencia, presenten estas cosas ante ellos como consuelos y úsenlas como medicinas, apropiadas para aplicar al dolor de la conciencia interior, y así cosecharán el fruto de esta doctrina y tendrán sus almas en un buen estado. Ese es, entonces, el primer punto en el que cada uno de ustedes debe tratar de examinar su propia conciencia.

[2] El segundo punto es este: mira si tienes amor para con tu prójimo o no. Porque, así como tenemos unión con Dios por la fe, del mismo modo tenemos unión con nuestro prójimo por el vínculo del amor; porque el amor es la marca principal que brota de la raíz de la fe. El amor es el pegamento celestial que une a todos los miembros fieles en la unidad del cuerpo místico. La religión fue instituida por Dios para que sirviera como un camino que nos guiara hacia nuestra felicidad última, por lo que no podemos ser felices a menos que seamos como nuestro Dios; pero si no tenemos amor, no podemos ser como Él. Como dice Juan: «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Por tanto, puesto que Dios es amor, el que se le asemeja debe tener amor derramado en él. Este solo argumento nos atestigua que el amor es un fin principal al que deben dirigirse todas las cosas ordenadas en religión.

No es necesario pasar mucho tiempo en la alabanza del amor, ya que la Sagrada Escritura resuena en exaltarlo; sin embargo, para que no hablemos ambiguamente, les explicaré cómo se usa y entiende esta palabra en las Escrituras.

LA ENSEÑANZA DE LAS ESCRITURAS SOBRE EL AMOR

El amor es considerado el manantial y la fuente de donde procede todo lo demás, es decir, el amor por el cual amamos a Dios. Y como el amor viene primeramente de Dios, y es derramado por su Espíritu Santo en nuestros corazones, así, primero se dirige hacia arriba y vuelve a dirigirse a Dios mismo, porque el amor de Dios precede siempre al amor de la criatura. Luego, usamos esta palabra para el amor por el cual amamos a las criaturas de Dios — es decir, a nuestro prójimo— y especialmente a aquellos que son de la familia de la fe. En tercer lugar, es usada para las acciones que corresponden a la segunda tabla de la ley de Dios, que fluye de este amor.

Ahora bien, cuando hablo de amor, lo uso en el segundo sentido, a saber, del amor hacia nuestro prójimo. Y a este amor lo llamo «el don de Dios» derramado en los corazones de los hombres y mujeres. Es por este don que, primero, amamos a Dios en Cristo nuestro Salvador; y luego, en Dios, y por amor a Dios, amamos a sus criaturas, pero principalmente a nuestros hermanos, que son de la familia de la fe, los hijos que tienen un Padre en común con nosotros.

Examinemos ahora esta definición. Afirmo, en primer lugar, que el amor de Dios viene de Dios y vuelve a Dios; como baja de Él, vuelve nuevamente hacia Él. ¿Hay alguna razón para decir eso? Que tu corazón fije su amor en las criaturas como tú quieras, pero nunca estarás satisfecho, ni tu afecto estará contento, a menos que te aferres a Dios. Ahora, una vez que amas a Dios en tu corazón y depositas tu afecto en Él, y una vez te aferras a Él, cuanto más tiempo le ames, mayor satisfacción y contentamiento tendrás. No tendrás sed de ningún otro. En cuanto a las criaturas que Dios ha creado, cada una de ellas lleva su propio sello, y cada criatura lleva su imagen. Cuando contemplas la imagen de Dios en la criatura, ¿no debería atraerte hacia Él, de modo que no fijes tu corazón en la criatura misma? La propia imagen de

Dios en su criatura debe conducirte a sí mismo, por lo que cuanto más conozcas a las criaturas de Dios, cuanto mayor sea la variedad de tu conocimiento de ellas, tanto más cada detalle en tu conocimiento de ellas debe conducirte a Dios, y tanto más debes adorar a tu Dios y conocer tu deber hacia Él.

Además, puesto que el deleite fluye del conocimiento, y cada conocimiento tiene su propio deleite, así como la variedad de conocimiento que surge de las criaturas de Dios debe hacer que la mente se eleve hasta el conocimiento de Dios, así también la variedad de deleites que surge de la diversidad de este conocimiento debe hacer que el corazón se eleve hasta el amor de Dios. Cuando el corazón se aferra a Dios y está poseído por el amor de Dios, y la mente está ocupada con el verdadero conocimiento de Dios, entonces, tan pronto como el corazón y la mente están llenos de Dios, el corazón se aquieta y la mente se satisface. Por tanto, cuanto más crece este conocimiento en la mente, mayor es el contentamiento que tienes; y cuanto más crece el amor de Dios en tu corazón, mayor es la alegría y el regocijo que tienes en tu alma. ¿Por qué? En Dios no sólo tienes a todas las criaturas, sino que, además, lo tienes a Él mismo, que es el Creador. Y, por tanto, en Dios tienes todo el conocimiento y deleite que puede derivarse de las criaturas.

Y así, digo que la mente del hombre nunca podrá contentarse con el conocimiento —ni el corazón podrá jamás establecerse en el amor— de las meras criaturas, porque son fugaces y vanas, como las llama Salomón; pero la mente encontrará completo descanso, y el corazón tendrá perfecto gozo, en el Dios infinito, debidamente conocido y sinceramente amado.

El segundo argumento que uso es el siguiente: sólo hay un precepto dejado por nuestro Maestro que se nos manda obedecer, a saber: que debemos amarnos unos a otros. Com-

prendiendo bien que donde había amor no había necesidad de más leyes, y que sólo por el amor la vida del hombre debía ser más feliz, nuestro sabio Maestro nos dejó este mandamiento principal, que resume toda la ley y el evangelio en una sola palabra: «Amor».

Si el corazón del hombre está lleno de amor, su vida será de lo más feliz y dichosa, pues no hay nada que haga feliz esta vida excepto la semejanza y similitud que tenemos con Dios. Cuanto más nos acercamos a Dios, más bendita es nuestra vida, porque no puede haber una vida tan feliz como la vida de Dios. Ahora bien, dice San Juan: «Dios es amor» (1 Juan 4:8); por lo tanto, cuanto más nos acercamos al amor, más cerca estamos de esa vida feliz, porque entonces estamos en Dios y somos partícipes de la vida de Dios.

Cuando hablo así, no debes pensar que el amor en Dios y el amor en nosotros es lo mismo, porque el amor no es más que una cualidad en nosotros, pero no es una cualidad en Dios. No hay nada en Dios sino lo que Dios mismo es, y el amor es su propia esencia. Por tanto, cuanto más crezcas en el amor, más te acercarás a Dios y a esa vida feliz y bienaventurada. No hay nada más provechoso, agradable y congruente con la naturaleza que amar, y, sobre todas las cosas, amar a Dios. Por eso, Dios y sus ángeles son los más felices y bienaventurados, porque aman todas las cosas y desean siempre hacer el bien. En cambio, no hay nada más infeliz, nada más perjudicial, más dañino y que destruya más la naturaleza, que arder en envidia y odio. De ahí que sean más miserables los demonios, que se atormentan con continua malicia y odio, ardiendo en vehemente apetito de ser dañinos a todas las criaturas. Así como la vida del diablo es de lo más infeliz, puesto que está lleno de envidia y malicia, así nuestra vida, si estamos llenos de amor, debe ser de lo más feliz. No hablaré más de ello, excepto para decir lo siguiente: si tienes amor, fíjate en los frutos del amor tal como

se exponen en 1 Corintios 13:4-7. Si no los tienes en alguna medida, entonces, no tienes verdadero amor.

Aquí termino. Ya ven en qué puntos deben estar preparados: deben estar dotados de este amor y de la fe; si los tienen en algún grado, avancen audazmente para escuchar la Palabra y recibir el sacramento. Esta es la preparación que permitimos. Concedo que los papistas tienen una preparación muy diferente de esta, pero no pueden justificarla con la Palabra de Dios. En primer lugar, puesto que se nos ordena examinarnos a nosotros mismos, quien carece de conocimiento no puede examinarse a sí mismo: un loco no puede examinarse a sí mismo, y un niño tampoco puede; por lo tanto, no deben venir a la Mesa del Señor.

Cuando se han tomado en cuenta todas estas cosas, el que tiene fe y amor en alguna medida, debe venir a la Mesa. Y esto se aplica igualmente a la escucha de la Palabra y a la recepción del sacramento. Por tanto, que el Señor, en su misericordia, ilumine sus mentes y obre en sus corazones alguna medida de fe y amor para que sean partícipes de esa vida celestial ofrecida en la Palabra y los sacramentos, para que comiencen su cielo aquí y obtengan la plenitud de los frutos en la vida venidera, por los justos méritos de Cristo Jesús, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor, alabanza y gloria, ahora y por siempre. Amén.

Finis

Christian Focus Publications

Publicando libros para todas las edades

Nuestra misión:

Mantenerse fiel: En dependencia de Dios buscamos ayudar a hacer relevante Su infalible Palabra, la Biblia. Nuestro objetivo es asegurar que el Señor Jesucristo esté presente como la única esperanza para obtener el perdón de los pecados, vivir una vida provechosa y esperar el cielo con Él.

Alcanzar a los demás: El último mandamiento de Cristo exige que lleguemos al mundo con su Evangelio. Intentamos ayudar a cumplirlo publicando libros que dirijan a las personas hacia Jesús y les ayuden a desarrollar una madurez semejante a la de Cristo. Nuestro objetivo es equipar a todos los niveles de lectores para la vida, el trabajo, el ministerio y la misión.

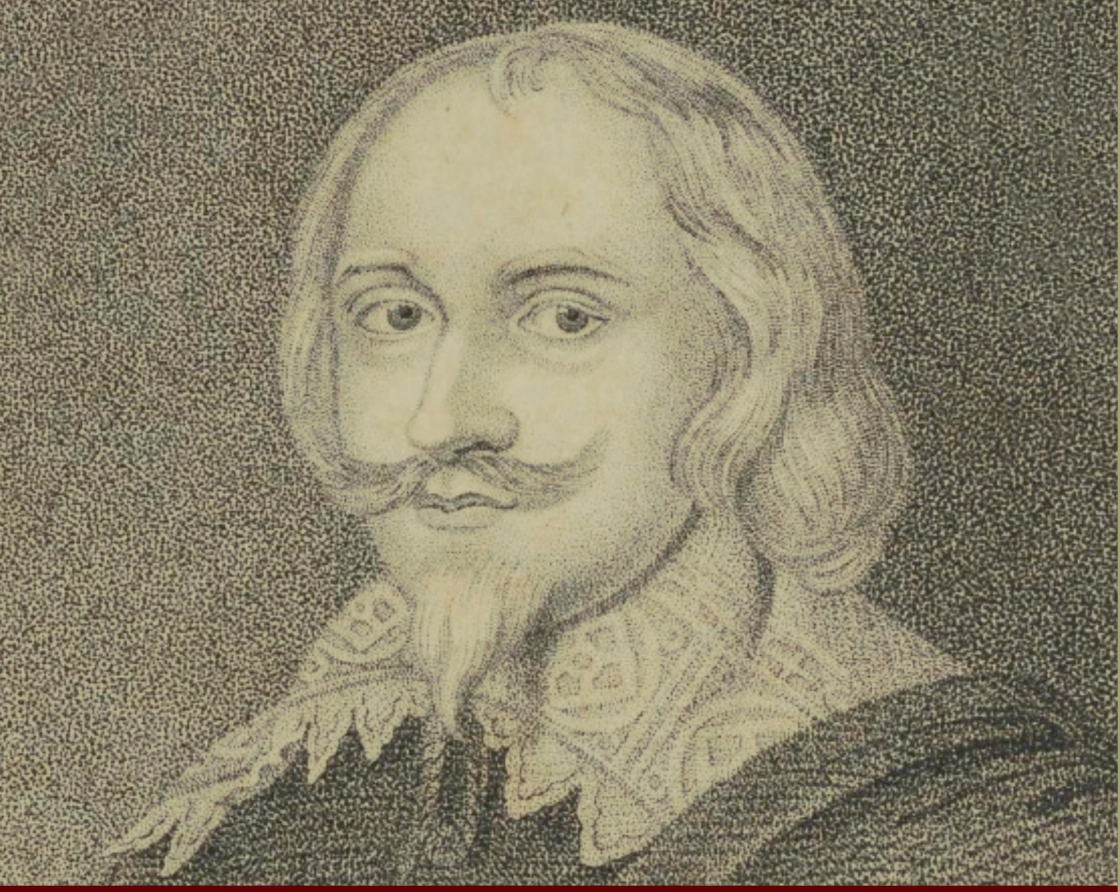
Los libros de nuestra gama para adultos se publican en tres sellos.

Christian Focus contiene obras populares incluyendo biografías, comentarios, doctrina básica y vida cristiana. Nuestros libros para niños son también publicados en este sello.

Mentor se centra en libros escritos a un nivel adecuado para estudiantes de institutos bíblicos y seminarios, pastores y otros lectores serios. El sello incluye comentarios, estudios doctrinales, examen de temas de actualidad e historia de la Iglesia. Christian Heritage contiene escritos clásicos del pasado.

Chistian Focus Publications, Ltd.
Geanies House, Fearn,
Rosshire, IV20 1TW, Escocia, Reino Unido
info@christianfocus.com

www.christianfocus.com



Pocos hombres en la historia de la iglesia pueden compararse a Bruce en términos de piedad y fidelidad absoluta a sus convicciones. La audaz rectitud, la justa tenacidad con que vivió su vida de principio a fin, fue en sí misma una gran contribución a la nación. Su ejemplo como verdadero ministro de la Palabra y los sacramentos, y como pastor fiel y tierno con su rebaño en todo momento y a pesar de todas las dificultades y pesares, enseñó e inspiró no solo a los que le siguieron inmediatamente en el ministerio, sino a miles de otros que desde entonces han sido llamados al santo oficio del Evangelio en Escocia. Aún mayor ha sido el impacto de su enseñanza en la que Bruce aplicó las eminentes doctrinas de la Iglesia Reformada directamente a la conciencia personal.

LA PALABRA DE DIOS... ...NO ESTA PRESA
RTF-USA

CREDO PRESS
"POR EL PACTO Y LA CORONA DE CRISTO"